



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXVII

Octubre 2004

n.º 10

SUMARIO

La Voz del Prelado

- Domund 2004: Hora do teu compromiso misionero 1048
 Actividades del Sr. Obispo 1052

IGLESIA DIOCESANA

- SECRETARÍA GENERAL. Defunciones 1055
 Inauguración del curso en el Seminario Mayor. Lección inaugural 1056

IGLESIA EN ESPAÑA

- Comunicado final del IV Encuentro General de Acción Católica 1072
 Ante la aprobación del anteproyecto de ley que equipararía las uniones homosexuales al matrimonio . 1073
 Ante la aprobación del decreto ley que aplica la ley de reproducción asistida 1074
 Mons. Carmelo Borobia Isasa y el sacerdote Ángel Rubio Castro, obispos auxiliares de Toledo 1076
 Mons. Joaquín M.a López de Andújar, nombrado obispo de Getafe 1077

SANTA SEDE

- SANTO PADRE.Ángelus. 1079
 Audiencias Generales 1082
 Carta apostólica «Mane Nobiscum Domine» del Sumo Pontífice Juan Pablo II 1090
 Discurso del Papa en conexión televisiva por satélite a los sacerdotes reunidos en Malta 1103
 Celebración de la Santa Misa, Adoración y Bendición eucarística
 con ocasión del comienzo del Año de la Eucaristía 1104
 Discurso del Papa Juan Pablo II a los miembros de la Comisión Teológica Internacional 1107
 Misa de beatificación de cinco Siervos de Dios 1108
 Discurso del Santo Padre a los Peregrinos que participaron en la celebración 1109

IGLESIA UNIVERSAL

- Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos 1111
 La identidad católica de Europa 1143

CRONICA DIOCESANA

- Octubre 1148

A VOZ DO PRELADO

DOMUND 2004

«É a hora «do teu» compromiso misionero»

Ó achegarse un ano máis a Xornada do Domund o primeiro sentimento que agroma no meu interior é o de gratitude. Gratitude, ante todo a Deus que nos dá a vida e chámamos constantemente a unha Vida Plena de amizade e comunión con El. Gratitude especial a tódolos misioneros, pero moi particularmente a tantos misioneros da nosa diocese que deixando terra, casa e familia dedican ou dedicaron algúns anos da súa vida á entrega máis absoluta ós irmáns aínda de lonxe. Gratitude, en fin, a tódolos que dunha ou doutra forma, coa oración, con xestos de amor ou con diñeiro, colaborades co empeño misionero da Igrexa. Sóde-la concreción do amor de Deus a tódolos homes. Sóde-las mans e os pés de Deus que quere saír ó encontro de cada home, de tódolos homes de tódalas culturas. Sen a vosa doazón a Misión sería unha palabra baleira. Sendo unha diocese sen demasiada poboación nin recursos, vos manifestastes sempre sumamente xenerosos á hora do compartir.

Pero «a misión de Cristo Redentor, confiada á Igrexa, está aínda lonxe de cumprirse... a misión achase aínda nos comezos e debemos comprometernos con tódalas nosas enerxías no seu servizo» (*Redemptoris Missio*, 1) Se nalgún momento tivémo-la sensación de que o empeño misionero era tarefa só duns poucos, os nosos misioneros, hoxe podemos dicir co lema do Domund deste ano que chegou «**a hora do teu compromiso misionero**» porque o compromiso é de todos e cada un dos cristiáns. A tarefa misionera consiste en ser testemuñas do amor de Deus ata os extremos da terra (*Mensaxe do Domund 2004*, 4) e aí todos estamos implicados. Cristián que non é misionero, non é cristián. Trátase de ser testemuña do amor de Cristo en medio dos meus, dos meus amigos, do meu traballo, en todo lugar, onde mo pida Deus, sexa no meu mundo, sexa lonxe dos meus. Trátase, en definitiva, de comparti-lo que teño: a miña fe, os meus bens, a miña persoa. A nosa Diocese que soubo compartir sempre, seguirá compartindo persoal e medios aínda en período de escaseza.

Tal vez creamos que esta tarefa supera as nosas forzas, que non estamos capacitados para ela. Quizais por iso o Papa nos lembra que precisamos alimentarnos para elo continuamente na Eucaristía, porque «Eucaristía e Misión» son un binomio inseparable (*Mensaxe do Domund 2004*, 1), anunciámo-lo que vivimos, compartímo-lo que experimentamos. O cristián, o misionero, todo seguidor de Xesus Cristo, ten que vivir intensamente esta comunión con Deus que se fai plena na Eucaristía, do contrario será portavoz de palabras e non de vida. É por tanto esta unha chamada a vivir máis e máis a Eucaristía, adorando e alimentándonos dun Deus que se fai Pan de Vida para saciar tódalas nosas fames. Así, a Eucaristía vivida plenamente,

LA VOZ DEL PRELADO

DOMUND 2004

«Es la hora de tu compromiso misionero»

Al acercarse una año más la Jornada de Domund el primer sentimiento que brota en mi interior es el de gratitud. Gratitud, ante todo a Dios que nos da la vida y nos llama constantemente a una Vida Plena de amistad y comunión con Él. Gratitud especial a todos los misioneros, pero muy particularmente a tantos misioneros de nuestra diócesis que dejando tierra, casa y familia dedican o dedicaron algunos años de su vida a la entrega más absoluta a los hermanos aún de lejos. Gratitud, en fin, a todos los que de una u otra forma, con la oración, con gestos de amor o con dinero, colaboráis con el empeño misionero de la Iglesia. Sois la concreción del amor de Dios a todos los hombres. Sois las manos y los pies de Dios que quiere salir al encuentro de cada hombre, de todos los hombres de todas las culturas. Sin vuestra donación la Misión sería una palabra vacía. Siendo una diócesis sin demasiada población ni recursos, os habéis manifestado siempre sumamente generosos a la hora del compartir.

Pero «la misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse... la misión se halla todavía en los comienzos y debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio» (*Redemptoris Missio*, 1) Si en algún momento tuvimos la sensación de que el empeño misionero era tarea sólo de unos pocos, nuestros misioneros, hoy podemos decir con el lema del Domund de este año que llegó «**la hora de tu compromiso misionero**» porque el compromiso es de todos y cada uno de los cristianos. La tarea misionera consiste en ser testigos del amor de Dios hasta los extremos confines de la tierra (*Mensaje del Domund 2004*, 4) y ahí todos estamos implicados. Cristiano que no es misionero, no es cristiano. Se trata de ser testigo del amor de Cristo en medio de los míos, de mis amigos, de mi trabajo, en todo lugar, donde Dios me lo pida, sea mi mundo, sea lejos de los míos. Se trata, en definitiva, de compartir lo que tengo: mi fe, mis bienes, mi persona. Nuestra Diócesis que ha sabido compartir siempre, seguirá compartiendo personal y medios aún en período de escasez.

Tal vez creamos que esta tarea supera nuestras fuerzas, que no estamos capacitados para ella. Quizás por eso el Papa nos recuerda que necesitamos alimentarnos para ello continuamente en la Eucaristía, porque «Eucaristía y Misión» son un binomio inseparable (*Mensaje del Domund 2004*, 1), anunciamos lo que vivimos, compartimos lo que hemos experimentado. El cristiano, el misionero, todo seguidor de Jesucristo, ha de vivir intensamente esta comunión con Dios que se hace plena en la Eucaristía, de lo contrario será portavoz de palabras y no de vida. Es por tanto ésta una llamada a vivir más y más la Eucaristía, adorando y alimentándonos de un Dios que se hace Pan de Vida para saciar todas nuestras hambres. Así, la Eucaristía vivida

empuxaranos a saír dos nosos egoísmos, de nós mesmos, ó encontro dos irmáns, especialmente dos máis precisados. «Quen encontra a Cristo na Eucaristía non pode non proclamar coa vida o amor misericordioso do Redentor» (*Mensaxe do Domund 2004, 2*)

Que Santa María Nai «o primeiro Tabernáculo da historia» (*Ecclesia de Eucharistia, 55*), alente o empeño misionero da nosa Igrexa de Ourense que quere renovarse e rexuvenecerse co compromiso de tódolos bautizados (*Programación Diocesana de Pastoral, Obxectivo Xeral do curso 2004-2005*). Da súa man sairemos ó encontro de tódolos que a intentan busca-lo sexan da nación que sexan.

plenamente, nos empujará a salir de nuestros egoísmos, de nosotros mismos, al encuentro de los hermanos, especialmente de los más necesitados. «Quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso de Redentor» (*Mensaje del Domund 2004, 2*)

Que Santa María Madre «el primer Tabernáculo de la historia» (*Ecclesia de Eucharistia, 55*), aliente el empeño misionero de nuestra Iglesia de Ourense que quiere renovarse y rejuvenecerse con el compromiso de todos los bautizados (*Programación Diocesana de Pastoral, Objetivo General del curso 2004-2005*). De su mano saldremos al encuentro de todos los que a tientas lo buscan sean de la nación que sean.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

SEPTIEMBRE

- Día 28:** Concelebración Eucarística Exequias por el E.D. del Emmo. Sr. Cardenal D. Marcelo González Martín, Arzobispo Emérito de Toledo, en la Catedral de Toledo.
- Día 27-28:** Reunión de la Provincia Eclesiástica de Galicia en Poio.
Reunión con los Superiores de Religiosos en Poio.
- Día 29:** Celebración Eucarística en Progo en la fiesta de S. Miguel, Patrono de la Parroquia.
Asiste a la Presentación de un libro en el Centro Cultural de la Diputación.

OCTUBRE

- Día 1:** Celebración Eucarística en la Iglesia de Santa María Madre en la fiesta de la Policía Nacional que celebró a sus Patronos, los Santos Ángeles Custodios.
Preside las Bodas de Oro de Consagración Perpetua al Señor de dos hermanas del Convento de las Carmelitas Descalzas.
Celebración de Envío de los Catequistas en la Iglesia de Santa María Madre.
- Día 3:** Preside la Celebración Eucarística en la Iglesia Parroquial de Castro Caldelas con motivo de las Bodas de Oro Sacerdotales del párroco D. José.
- Día 4:** Inauguración del Curso 2004 – 2005 de los Seminarios Mayor y Menor y del Instituto Teológico «Divino Maestro».
Reunión del Consejo Episcopal.
Celebración Eucarística en la Iglesia de los Franciscanos en la fiesta de S. Francisco de Asís.
- Día 5:** Presentación de la Programación Pastoral en el Asilo de Verín a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Verín – Riós – Monterrey.
- Día 6:** Asiste a la Inauguración del Congreso Xacobeo «Reliquias e vida no Camiño de Santiago dende a época mozarabe» no Centro Cultural de la Diputación.
Presentación de la Programación Pastoral en la Casa Parroquial de Xinzo de Limia a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Xinzo – Cualedro – Rairiz de Veiga.

Presentación de la Programación Pastoral en el Santuario del Cristal de Vilanova dos Infantes a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Celanova – Bande – A Merca – Ramirás.

- Día 7:** Presentación de la Programación Pastoral en el Santuario de los Milagros a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Maceda – Castro Caldelas – Allariz – Rabeda.
- Día 8:** Conferencia de Clausura del Congreso Xacobeo en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 9:** Preside la Celebración Eucarística en la Capilla de Montealegre en la que Sor M^a Begoña Antolinez Cardeñoso emite su Profesión Perpetua en la Congregación de las Hermanas Misioneras del Divino Maestro. Visita al Grupo de jóvenes S. Miguel Arcángel en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 10:** Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Teresita del Veintiuno en el Aniversario de la Visita de las Reliquias de Santa Teresita del Niño Jesús a nuestra Diócesis.
- Día 11:** Celebración Eucarística en el Cuartel de Santa Mariña en la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, Patrona de la Benemérita Guardia Civil. Preside la Misa del Peregrino en la Catedral de Santiago de Compostela acompañando en este día a los miembros de la Coral Ruada que participaban como Oferentes.
- Día 13:** Presentación de la Programación Pastoral en Santo Domingo de Ribadavia a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Ribadavia – Cortegada – Castrelo – Avión – Leiro.
Presentación de la Programación Pastoral la Casa Parroquial de Carballiño a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Carballiño – Maside – Cea.
- Día 14:** Presentación de la Programación Pastoral en el Seminario Mayor a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Terras de Aguiar – Chaos de Amoeiro – Toén.
- Día 15:** Celebración Eucarística en el Convento de las Carmelitas Descalzas en la fiesta de Santa Teresa de Jesús.
- Día 16:** Inauguración y Bendición del Parque Empresarial de Villamarín. Preside la Misa del Peregrino en la Catedral de Santiago de Compostela acompañando en este día a los socios del Liceo Recreo Ourenseño que participaban como Oferentes.
- Día 17:** Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de la Santísima Trinidad con motivo del 60º Aniversario de enlace matrimonial de D. Julio Francisco Ogando y Juliana Otero del Palacio y la entrega del Breve Pontificio de concesión del Título de Caballero de la Gran Cruz de la Orden de San Silvestre al Excmo. D. Julio Francisco Ogando Vázquez.
- Día 19:** Preside la Reunión de la Asociación Cultural Galega de Formación

Permanente de Adultos de las Aulas de la Tercera Edad en el Liceo Recreo Ourenseano.

- Día 20:** Presentación de la Programación Pastoral en el Seminario Mayor a los sacerdotes de los Arciprestazgos de Ourense Norte – Sur – Este – Oeste.
- Día 21:** Reunión del Consejo Episcopal.
Asiste a la Rehabilitación del Centro Social Caixanova en Ourense y a la Inauguración del Curso Académico 2004 – 2005 de la Escuela de Negocios.
- Día 22:** Visita la Parroquia de la Asunción.
- Día 23:** Preside la Celebración Eucarística en la Capilla del Monasterio de San José en Vilar de Astrés en la que Sor M^a Juanita de la Cruz y Sor Yolanda de Nuestra Señora de los Ángeles emitieron su Profesión Perpetua en la Congregación de las Religiosas Clarisas Reparadoras.
Preside la Vigilia de Oración del Domund en la Iglesia Parroquial de Santo Domingo.
- Día 24:** Visita la Parroquia de Cristo Rey.
- Día 25:** Firma de un Convenio en el Seminario Mayor entre la Consellería de Política Territorial, Cáritas Diocesana y el Obispado.
- Día 28:** Reunión con los responsables de las Cofradías Religiosas de la Ciudad.
- Día 29:** Visita la Parroquia de Santo Domingo.
- Día 30:** Preside la Misa de Apertura de la Celebración de los setenta y cinco años de la Refundación de Oseira en la Iglesia del Monasterio.
Visita la Parroquia de María Auxiliadora.
- Día 31:** Visita la Parroquia de Bon Xesús en Ceboliño.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL.

NOMBRAMIENTOS.

El Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo de la Diócesis ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos

Con fecha uno de octubre de 2004:

Rvdo. P. D. Francisco Gutiérrez Franco, C.M.

VICARIO PARROQUIAL de: Cruz Alta, *La Milagrosa*.

Con fecha veintidós de octubre de 2004

Rvdo. D. Ángel Domínguez López

ADMINISTRADOR de: Berredo, *Santa Eulalia*.

DEFUNCIONES.

«Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte».

(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo). Oficio de difuntos.

Rvdo. D. Manuel Pulido Vázquez; Fallecido el 2 de octubre de 2004. Había nacido en San Esteban de Cambeo el 11 de julio de 1909; y después de cursar estudios en el Seminario de Ourense fue ordenado sacerdote el 26 de mayo 1934. Durante tres años, entre 1935 y 1938, fue coadjutor de la parroquia de Santa Marina de Xinzo de Limia. El 11 de agosto de 1938 fue nombrado Ecónomo San Santiago de Calvos de Randín, hasta el 11 de septiembre de 1939, fecha en la que fue nombrado párroco de San Salvador de Baños de Molías, parroquia que rigió hasta su jubilación el año 1989; en 1956 se había hecho cargo como administrador de la parroquia de San Martín de Presqueira.

Descanse en Paz.

INAUGURACIÓN DEL CURSO EN EL SEMINARIO MAYOR

Lección Inaugural

«EL ESTABLECIMIENTO DE LAS ESCUELAS PÍAS EN SAN SALVADOR DE CELANOVA»

Rvdo. Dr. D. José Ramón Hernández Figueiredo

Profesor de Latín e Historia Eclesiástica Moderna y Contemporánea

Toda conferencia termina siendo, o empieza por ser, una palabra. Es decir, un vehículo de comunicación entre el que habla y el que escucha. Palabra halada que, una vez dicha, no precisaría de glosas posteriores para llegar a posarse en ese nido natural que le ofrece el auditorio que la recibe. Pues bien, desde el marco especialísimo de una conferencia me dirijo a Ustedes con la intención de descubrirles la memoria histórica de un centro educativo relevante de nuestra Diócesis, hoy desaparecido.

Considerándome a mí mismo más bien como un estudioso de la contemporaneidad, inmediatamente me llamó la atención el dato de la presencia de las Escuelas Pías en Celanova durante seis décadas, tiempo suficiente para la siembra y recogida de la cosecha. Tal establecimiento sirvió para salvar de la ruina el estado material del vetusto edificio que había servido de cenobio benedictino, así como para incrementar el patrimonio cultural de esta villa milenaria que realmente es un océano de bellezas, un acervo inmenso que ha llegado a nuestras manos merced a la inspiración y a la custodia, sostenidas en el tiempo por la fe de sus hijos. Es, a la vez, criatura de la fe y aportación preciosa a la cultura.

Este acontecimiento se sitúa en el curso temporal de los siglos XIX y XX, período en el que se ha comprobado cómo la llamada «aceleración histórica» genera cambios constantes y coyunturales en la educación y la cultura, en la vida social y política de nuestra patria con repercusiones notables en el propio devenir de instituciones tan pesadas de movimiento como el mismo Estado y la Iglesia. Si el Estado en España, ya desde los comienzos del siglo XIX, pretende asumir la responsabilidad total sobre la educación, arbitrando los medios necesarios para cumplir con ella, la respuesta de la Iglesia, hasta este momento histórico gestora de toda educación y creadora o acumuladora de casi toda la cultura anterior, es la de colaboración abierta y generosa hasta los ámbitos a los que el propio Estado no podía llegar.

Lo que fue el establecimiento y consolidación de nuestras instituciones educativas decimonónicas en la Provincia de Ourense, es una realidad que nos parece ya estudiada en un grado suficiente, y en la que, sin embargo, seguimos encontrando cosas nuevas e incluso sorprendentes. Al menos, su conocimiento debiera ser una realidad. Tanto el Seminario Conciliar de San Fernando (1804) como el Instituto de Segunda Enseñanza (1845) ya tienen sus propias monografías, así como las Escuelas Pías de Celanova (1869-1929) cuentan con un artículo del P. Anselmo del Álamo¹. A mi entender, éstos son los tres grandes centros educativos que sostienen la formación integral de las generaciones más jóvenes de nuestra Provincia a lo largo del siglo XIX. Mientras tanto, a finales de siglo, irán apareciendo otros institutos,

religiosos o no, que se solidaricen con ellos en la tarea imprescindible de una buena formación².

La finalidad última de la presente conferencia es ofrecer un conocimiento más exhaustivo sobre las coordenadas históricas e ideológicas que dieron contexto a la fundación y desarrollo de la actividad docente de las Escuelas Pías en el monasterio benedictino de San Salvador de Celanova. Y, dejar constancia del interés máximo mostrado por esta milenaria villa y el prelado auriense, monseñor José de la Cuesta y Maroto (1866-1871), en urgir tal establecimiento en espera de los buenos frutos que se auguraban de una institución con tanta enjundia y experiencia en la tarea educativa como lo era la Orden de los PP. Escolapios.

1. Contexto histórico

En la España contemporánea lo religioso y lo temporal se han fundido de manera inseparable. El esquema político-religioso resulta imprescindible para entender nuestra historia eclesiástica, por la coincidencia que ésta guarda con los ciclos, períodos y fases de la historia civil. Tan imbricadas están la una en la otra, que no puede entenderse ninguna de ellas por separado. Los criterios políticos dominantes en los sucesivos períodos históricos incluyen idearios y programas de política religiosa. La trama de la historia civil marca también las etapas e itinerarios de la historia de la Iglesia, porque los programas políticos de cada grupo que lucha por el poder incluyen siempre un programa de política religiosa, que afecta a la Iglesia como institución y repercute de alguna manera en los fieles. Con estos presupuestos, resulta siempre esclarecedor un encuadre de la política religiosa, basada en las relaciones Iglesia-Estado.

La evolución de nuestra historia política, con la alternancia de liberales y absolutistas durante el reinado de Fernando VII (1808-1833) y la escalada del liberalismo progresista durante la minoría de Isabel II (1833-1843), explican el hacer y deshacer de las reformas religiosas hasta su implantación definitiva. Tales reformas liberales, tímidas en un principio, resultaron ser importantes y audaces tras la muerte del Rey, viéndose favorecidas por la crispación de la guerra carlista y el avance de la revolución. En 1835 y 1836 la Iglesia perdió todo su clero regular: 30.000 religiosos exclaustros y 15.000 monjas de clausura jurídicamente disueltas, aunque toleradas en sus conventos a la espera de su extinción natural. Simultáneamente comenzaba la desamortización de los bienes del clero regular, a la que se añadió la del clero secular, decidida en las cortes de 1837 y ejecutada a partir de 1841. En 1847, cuando se restablecieron las relaciones con la Santa Sede, había aproximadamente cuarenta sedes vacantes, de manera que bien podía hablarse de la orfandad de la Iglesia de España.

Probablemente al pueblo español le conmovió más en aquellos años el ataque a sus frailes que el acoso a sus obispos. La erradicación de las comunidades religiosas, con el consiguiente abandono de muchos lugares de culto y el desmantelamiento de las instituciones de piedad ligadas a ellos, fue el acontecimiento más lamentado. Los

daños provocados por el vendaval liberal eran ciertos, pero la religión seguía teniendo aún considerable arraigo. Afortunadamente no faltaron espíritus animosos que captaron la pervivencia de los valores espirituales en aquellos tiempos de prueba y mostraron esperanzas en un futuro que buscaba soluciones nuevas. Jaime Balmes y Donoso Cortés, adalides del pensamiento católico español del momento, proponían soluciones constructivas. El acercamiento fue posible gracias al Concordato de 1851 que abría una nueva era en la historia eclesiástica española contemporánea. La nueva Iglesia concordataria había quedado, en verdad, despojada de riquezas exteriores, pero había salido fortalecida en la esfera del influjo interior que domina las creencias, la educación y las ideas, mediante el reconocimiento exclusivo de la religión católica. En el sexenio revolucionario (1868-1874) se quiebra la piedra angular del Concordato, la unidad católica, y se establece la libertad de cultos.

2. Secularización docente

Estos avatares de la historia político-religiosa condicionan lógicamente las grandes o pequeñas historias de las iniciativas cristianas. En este marco se sitúa el renacimiento de las órdenes y congregaciones religiosas, un hecho de sobra conocido y ponderado. La erradicación de la vida religiosa que siguió a las grandes exclaustraciones de los años treinta del siglo XIX quedó remediada con ventaja en las últimas décadas, cuando se impuso en todas partes la restauración de las congregaciones religiosas antiguas y nuevas. Fue el gran desquite de la Iglesia. Sorprendía el activismo de los nuevos frailes. La acción de los religiosos produjo efectos en cadena: predicación, misiones populares, ejercicios espirituales, impulso a movimientos de espiritualidad y apostolado, captación de seglares para las obras católicas, organización de centros de cultura y educación, etc.

Precisamente, este último efecto será el campo de acción más eficaz. Y por eso no es extraño que fuera también el más combatido. El ministerio de la enseñanza no era novedad en la Iglesia, pero en el XIX queda sometido a nuevos avatares, por el intervencionismo estatal y por el desafío de la enseñanza laica. De todos modos, la Iglesia retoma la enseñanza por imperativos sociales y religiosos conjuntamente. El hambre de escuelas explica la buena acogida de los pueblos a cualquier iniciativa que tendiera a llenar con garantías este vacío.

El estado liberal tardó bastante en organizar la enseñanza. Éste, que se proclamaba hacia fuera como neutral en materia religiosa, en realidad no podía esconder su hostilidad hacia la Iglesia, como demostró favoreciendo la Institución Libre de Enseñanza, cuyo influjo social fue considerado nocivo, años más tarde, por los metropolitanos reunidos en Madrid, del 4 al 7 de febrero de 1923. La mencionada Institución utilizaba métodos de la educación cristiana tradicional secularizados: el fundador, D. Francisco Giner de los Ríos era un padre espiritual, un director espiritual, pero secularizado. Las acciones no se realizaban por Dios, por amor de caridad, sino por solidaridad. Globalmente hablando, la Institución fue un bien desde el punto de vista de la renovación y de la reforma de la enseñanza y desde el punto

de vista de imponer una libertad de conciencia y de pensar inexistentes. Pero olvidó al hombre posible, participe de lo sobrenatural y dejó de lado a la Iglesia y lo que ella es y representa.

El partido liberal entiende que el control de la enseñanza es necesario para disminuir el número de religiosos docentes así como la forma anticuada de enseñar la religión, lo que impedía, según ellos, el progreso y la libertad. Proteger la enseñanza pública entrañaba un control ideológico que la jerarquía y los católicos consideraban como un ataque a la Iglesia. Se le acusa a ésta de tener secuestrada la educación pública. El punto de mira de tales críticas es la enseñanza que imparten las órdenes religiosas, que es numéricamente mayor y cualitativamente influyente y poderosa. Se la ataca continuamente desde los medios de comunicación como atrasada, oscurantista, de miedo al progreso, de falta de libertad al estar condicionada por el dogmatismo católico, demasiado sometida a la jerarquía, falta de miras. Muchas veces se ridiculizan las formas educativas que se oponen al espíritu liberal. Pero los ataques no se detienen en puntos concretos, sino que van al fondo: impedir que la Iglesia influya como lo hacía en aquel entonces en las escuelas del Estado y en la educación.

Frente al deprimente subdesarrollo español, con graves problemas de analfabetismo en más de la mitad de la población, se alzan voces que claman por una regeneración de la enseñanza, y la propuesta de soluciones es amplia y variada. Tanto educadores como políticos quieren una reforma que ayude a superar las dificultades. Existen realizaciones aisladas que van desde la ya referida Institución Libre de Enseñanza, los ensayos de pedagogía racionalista en la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia, hasta las magníficas creaciones católicas del padre Manjón en las «Escuelas del Ave María» de Granada, la renovación pedagógica del padre Poveda, o las realizaciones de carácter social y educativo del padre Vicent y los esfuerzos de las diferentes Congregaciones religiosas docentes.

3. Escuelas Pías

La política española del siglo XIX en relación con las instituciones religiosas masculinas dedicadas tradicionalmente a la enseñanza ha sido un juego entre la nada y el ser. La preocupación durante casi todo el siglo se centró en la mera existencia. Los PP. Escolapios fueron los únicos religiosos varones que se libraron de las desamortizaciones, extrañaciones y desapariciones. El Estado nunca los expulsó, ni los maltrató a los niveles de cómo lo hizo con todas las demás Órdenes y Congregaciones de varones enseñantes a lo largo del siglo XIX.

El trato recibido tiene su origen en dos supuestos, acreditados por la praxis de más de dos siglos: en primer lugar, lo que realmente importaba a la obra calasancia era poder educar, aunque fuera a veces con limitaciones coyunturales y por tanto, sufriendo restricciones legales, políticas o económicas; y, en segundo lugar, digna de mención es su inquebrantable atención a los pobres, enseñando gratuitamente a las nuevas generaciones.

Sin embargo, padecieron las presiones estatales de la secularización y, sobre todo, del Estado. En concreto, desde 1835 a 1845, el Estado los quiso maestros «no religiosos». El Gobierno no considera a la Orden religiosa; sin embargo, sí requiere su carisma, la enseñanza. No podía deshacerse de ellos porque no tenía recambio ni en maestros ni en centros educativos organizados o que pudieran fácilmente organizarse. Ello significaba la imposibilidad de sustitución en caso de desaparecer las Escuelas Pías. El Estado se avergonzaba de que su propia educación era inferior a la de los escolapios. Les consultaba, e insertaba en sus leyes lo que ellos decían sobre todo acerca de las escuelas básicas. Durante este decenio, las Escuelas Pías sólo son reconocidas por el Estado como una institución o grupo de individuos que se dedicaban a enseñar sin conexión con el estado religioso, sujeta al obispo de la diócesis y abocada a la muerte natural o vegetativa al no ingresar nuevos miembros. El 27 de febrero de 1845 las Cortes decretaron la restauración de los Escolapios como orden religiosa, lo que confirmaba el reconocimiento de sus colegios, y permitía la admisión de novicios y la reorganización de sus provincias. Pero, a cambio del reconocimiento de su condición como religiosos, se les arrancó lo que más quiere un educador cristiano: la libertad. Desde entonces, se someterán a las disposiciones generales de la Instrucción Pública y del Gobierno.

Quedaban entonces veintidós colegios abiertos, de los treinta que había en 1834, base suficiente para emprender la plena restauración de la Orden, que seguía manteniendo sus mejores recursos en Aragón y Cataluña. Siendo los Escolapios, antes incluso del Concordato, los únicos religiosos reconocidos en España, no es de extrañar que sus fundaciones no se vean interrumpidas durante los años difíciles del sexenio revolucionario, como sucede con la del Colegio de Celanova, y que continúen a buen ritmo durante la restauración alfonsina.

4. Celanova, tras la desamortización

Como si fuéramos a emprender un viaje hasta Celanova, quiero recoger aquí la ágil y cuidada prosa de nuestra literata Emilia Pardo Bazán, para que dejándonos llevar por la imaginación, nos sumemos como un expedicionario más, a la visita que tan culta mujer realizó de esta hermosa población y su monasterio. Escribe así en su obra *De mi tierra*:

Como á las gentes modernas nos resulta mucho más fácil trasnochar que madrugar, se convino en que no era posible emprender la jornada de Celanova antes de las ocho de la mañana, lo más temprano. Y, aquí, si se cita para las ocho, es cosa averiguada que no se sale hasta las ocho y media, pues siempre algún expedicionario se retrasa ó excusa en el momento crítico. Así sucedió, y ya picaba el sol regularmente cuando los cinco vehículos que representaban todo el material de transporte disponible en Orense se pusieron en camino. Y como, mal que le pese al autor de la España Sagrada, de Orense á Celanova no hay tres ó cuatro leguas, sino cinco, y de muy agria subida; y como hicimos alto dos veces, uno para

reparar con Jerez y viandas frías los desfallecimientos del estómago, otra en el pueblecillo de la Merca, donde nos recibieron aldeanos á un lado, aldeanas á otro y la música en medio, ni más ni menos que en las operetas, resultó que hasta las dos de la tarde no echamos pie á tierra en la plaza de Celanova, ante el convento que me tenía reservadas tantas y tan gratísimas sorpresas.

La alegre villa de Celanova vive ligada al recuerdo de su monasterio benedictino, que es sin duda uno de los más interesantes de Galicia. Su emplazamiento en la soledad de un valle estrecho y hundido, con gran desnivel y rápidas pendientes, que por sí solo constituye una comarca natural con una altitud media de 500 m., está bañado por los ríos Arnoia, Orille y Tuño, además de numerosos regatos. Tal enclave responde a los criterios monásticos más exigentes de la época en que fue erigido. Su historia discurre al menos durante nueve centurias, desde el año 936 hasta 1835, y en sus anales se ven reflejados todos los acontecimientos menudos e importantes de su entorno. Sus restos arquitectónicos cautivan por su belleza y armonía y recogen los gustos artísticos más dispares. Se puede decir que la vida de este cenobio benedictino llegó a condensar la mayor parte de la vida religiosa de la diócesis.

La exclaustación por Real Orden de 25 de julio de 1835, se hace efectiva el 4 de noviembre del mismo año. Estando así las cosas, los monjes tuvieron que abandonar el edificio y se desperdigaron por las parroquias cercanas ocupándose de la cura de almas unos, y detentando otros cargos eclesiásticos en diversas diócesis, sobre todo en las gallegas y limítrofes. Al desaparecer los monjes benedictinos de Celanova, la historia de la fundación monacal llegó a su fin. Con ellos se fue la última hoja de una serie de hechos que se fueron engarzando al origen, al desarrollo y a la vida del pueblo de Celanova, que nace y se desenvuelve a la sombra de la fundación de San Rosendo.

Con la desamortización, la villa de Celanova comenzó a poner en práctica un proceso socializante en relación con aquel monumental fortín benedictino que no había sido capaz de sustraerse de aquella decisión gubernamental. Desde el primer momento, la iglesia, como todas las monacales, continuó en pleno funcionamiento al ser constituida parroquial con la advocación de San Verísimo de Celanova que tenía la feligresía de la villa. Sin embargo, la Junta Superior de Ventas de Bienes Nacionales no había podido enajenar ni una parte de aquel increíble edificio, aunque sí su inmensa finca del Cercado y demás diestrales, adquiridos por un potentado comerciante ourensano llamado Santiago Sanz. Más adelante, en el año 1841, y ante el estado de abandono total en que se encuentra este cenobio, el Ayuntamiento decide solicitar para aquella municipalidad la cesión del edificio con el fin de poder acoger en él los servicios públicos que las nuevas costumbres empezaban a demandar de tales instituciones: Escuelas, Cátedra de Latinidad, Casa Consistorial, Cárcel, Casa de Reclusión y Cuartel de la Milicia Nacional³ (AMC). Esta cesión se hace efectiva el 19 de octubre de 1842.

Gracias a esta providencia, el edificio del monasterio se salvó de otra ruina que la del tiempo y los agentes naturales, al estar en villa transitada, y a que se buscó

aplicación a la mayoría de sus dependencias. La parte anterior de la fachada que da a la Plaza fue destinada a Ayuntamiento, que sigue allí, con otros organismos municipales. Otras partes del edificio cubrieron las funciones mencionadas en la fórmula de la cesión arriba expresada, además de arrendar algunas habitaciones para la vivienda de señores particulares en connivencia con la corporación municipal.

No obstante, tales aplicaciones no fueron lo prontas y pacíficas que se esperaba. Al respecto, resulta interesante el contraste entre dos textos escritos por el literato Manuel Curros Enríquez. En el primero, llegará a afirmar que la desamortización «es acaso el hecho más glorioso de la historia del liberalismo español»⁴, mientras que en el segundo se muestra muy crítico con el resultado final de este proceso y describe con pena el estado del monasterio. Al respecto, dice el poeta:

No hay espectáculo que tanto aflija el ánimo como la contemplación de estas profanaciones a que han podido asistir impasibles nuestros padres, más celosos que nosotros de la religión y de sus cosas. Cornisas destrozadas; quimeras y gorgonas faltas de los tubos vocales, por donde arrojaban en torrentes, con rumor que convidaba al sueño y al estudio en las tardes invernales las aguas llovedizas; ángeles mutilados; ricos artesonados resquebrajados y ennegrecidos; fustes truncados, volutas rotas, cresterías interrumpidas por grandes desmoronamientos, balconajes hundidos y en cada sillar inscripciones escritas con tinta en cuya composición parecen haber entrado el cieno, el vino y la pólvora, hé ahí lo que por todas partes ofrece a los ojos del que visite el interior del monasterio de Celanova.

Sigamos prestando atención a la palabra enjundiosa de nuestro poeta y literato Curros:

Pero no han sido sólo las tropas allí de guarnición desde 1834, las que han hecho todo lo posible por privar á nuestra patria de este monumento arquitectónico. También contribuyeron con no menos ahinco á la obra de destrucción las categorías civiles y eclesiásticas, como si la falta de amor al arte hubiese sido una epidemia entre nosotros, de la cual no haya podido librarse nadie hasta la fecha. En el convento había una rica biblioteca. Pues se cogió y se vendió en pública subasta, excepción hecha de algunos volúmenes impresos y manuscritos que posee el Estado ó se hallan en poder de particulares, que no los niegan, como pudieran hacerlo sin remordimiento, al que quiere consultarlos. En el jardín del monasterio había una hermosa fuente. Pues á un municipio se le antoja, y la traslada á la plaza de la villa para abreviar en ella la sed de las bestias de carga y hacerla blanco de las pedreas de los escolares. Había en la torre unos soberbios y antiquísimos tintinábulos, aquellas campanas que tanto hemos amado nosotros, aquellas campanas que sólo tocaban al alba, y cuyos dulces sonos constituyeron toda la alegría de nuestra infancia. Pues debió sentir celos de ellas la catedral de Orense, y se las colgó en sus torres (...). Había en el convento algunas buenas pinturas, algunos cuadros de mérito, originales

y copias. Pues hoy adornan los salones del gobierno civil y las habitaciones de algunos caballeros muy católicos. ¡Qué más! El último abad del monasterio de Celanova sentábase en su cámara bajo dosel de damasco y en silla de madera tallada con respaldo de seda recamado de oro. Pues la silla del último abad de Celanova, que por sí sola constituye un precioso recuerdo artístico, sirve en la actualidad, desvencijada y rota de asiento, bien incómodo por cierto, al oficial encargado del archivo de la diputación provincial.

La manifiesta situación que no escapa ni a los ojos ni al juicio de un librepensador como Curros Enríquez, lleva incluso a la Junta de Venta de Bienes Nacionales a reclamar la devolución del monasterio sino se le da el uso adecuado que se acordó de instalar en él escuelas y cátedra de latinidad. Preciso es reconocer que entre los legisladores que autorizaron la ley de Mendizábal, faltó el sabio jurista que al discutirla y sancionarla hubiese previsto y evitado, por lo que a los conventos se refiere, la antinomia que iba a resultar entre hacer que revertisen a la nación monumentos de cuya conservación se encargaba, y abandonarlos miserablemente a la acción destructora del tiempo.

5. Tentativa inicial

La primera noticia documental referida a la erección de este centro educativo se remonta al Acta Municipal del 13 de marzo de 1850. Allí se expone la intención del Ayuntamiento de Celanova de informar al Gobernador Civil y al Obispo de la Diócesis sobre la decisión de llevar a término el soñado proyecto de establecer un Colegio de las Escuelas Pías en el vetusto cenobio de esta villa. Las ventajas que se derivan de un centro de tales características son evidentes, puesto que impartíendose desde la más tierna infancia una educación moral y literaria fundada en los más sanos principios tanto religiosos como sociales, se constituye un plantel de hombres eminentes en virtud y letras. Loable resulta para el prelado auriense el designio del Ayuntamiento de Celanova de destinar la mejor y más hermosa parte del magnífico monasterio para este objeto, que con algunas reparaciones, podrá proporcionar cómoda habitación a los maestros y muchas espaciosas aulas a los alumnos. Platicando con el Gobernador Civil, coinciden en afirmar que «su establecimiento sería el mas útil no solamente para esa Villa, mas tambien para toda la Provincia». El mentor de esta feliz idea es don Pedro Ventura de Fuente Fiz, quien lamentablemente, a pesar de su laudable celo, no pudo vencer el insalvable obstáculo que suponía la falta de recursos.

Poco después, con el apoyo de las primeras autoridades de la provincia, el Obispo de la Diócesis de Ourense, monseñor Luis de la Lastra y Cuesta, y el Gobernador Civil de esta Provincia, don Agustín de Torres Valderrama, que visitan Celanova entre los días 3 y 9 de diciembre de 1853, dan comienzo a las gestiones para lograr la instalación de un colegio de los PP. Escolapios. Para lograr el establecimiento de tan importante centro educativo, se ve necesario desde el principio aunar las fuerzas

de los diferentes ayuntamientos de la zona, tal como precisa nuestra fuente: «se acordó igualmente se elebe una reverente exposicion al Sr. Gobernador de esta Provincia a fin de que se digne invitar al resto de Ayuntamientos de este Partido, Ginzo, Allariz y Bande a que contribuyan a la plantacion del Colegio de Padres Escolapios de que se trata y su subsistencia». La satisfacción es plena dentro de la Corporación Municipal, pero todavía tendrían que pasar trece años antes de la llegada de los nuevos inquilinos que sucedieran a los benedictinos en el edificio.

Mientras tanto, tiene lugar el bienio progresista, cuyo embate político no llega a hacer mella en el monasterio, volviéndose pronto al letargo del que de vez en cuando despertaba este pueblo que dormía y respiraba. Por otra parte, Celanova seguía modernizándose al ritmo de los tiempos, y así en esta década se remataba el alumbrado de la villa con el encendido de veinte faroles. También se establecía un nuevo impuesto a los carros que transitaban por la población, así como se acometía la construcción de las siempre indispensables alcantarillas. El cincel del cantero y el martillo del carpintero se hacían sentir con cierto compás dentro el armonioso bullicio de una población que recorría las contadas calles de esta incipiente villa. Tales sonoridades procedían del milenario monasterio donde la Corporación Municipal ajustaba todas sus estancias en pro de un buen funcionamiento y servicio social.

Desde entonces, las relaciones Iglesia-Estado pasan por una etapa dulce. Prueba de ello, es que en abril del 61 el cenobio benedictino estuvo a punto de acoger por un tiempo al Obispo y Cabildo de la Catedral de Ourense, por peligro de derrumbe de la torre de la catedral, tal como hicieron constar probados arquitectos de Pontevedra y Ourense. No fraguó tal posibilidad por la pronta ejecución de las obras de restauración. Entre los días 21 y 31 de abril de 1862, los Padres Jesuitas dirigen una Santa Misión al pueblo de Celanova, la cual recibe el firme apoyo del alcalde. Con tal objeto, acuerdan dietar las siguientes disposiciones: por una parte, el cierre de circos y tabernas, artes y oficios, a fin de favorecer el recogimiento y la meditación, «vajo la multa de uno á cuatro duros y de uno á cuatro días de carcel»; por otra, se encarece a las personas de ambas sexos y edades, la puntual asistencia a dichos autos religiosos. Y, por último, se decide la habilitación de una habitación en el monasterio para que el cura párroco cambie la residencia de San Verísimo por un lugar más próximo a la nueva iglesia parroquial.

Ciertamente, este acopio de retazos descriptivos del ambiente religioso y social que compone el discurrir diario de la villa celanovense no resulta gratuito, sino que nos permite atisbar el *humus* natural sobre el que se asentará tan importante institución educativa.

6. Pasos previos

El primer paso efectivo corresponde a mons. Cuesta y Maroto, prelado auriense que sobresale por su particular interés en el establecimiento ya propuesto de los PP. Escolapios en el exclaustro monasterio benedictino. Quizá por ello buscara Celanova como lugar de su enterramiento. Al respecto, he encontrado en el ASV un

fondo inédito que recoge abundante correspondencia entre el prelado auriense y el nuncio de Su Santidad, documentación en la que se revelan matices de cierto interés que enriquecen los conocimientos existentes hasta ahora de tal establecimiento⁵.

Así, en la primera de estas cartas, el obispo de Ourense informa al nuncio de la pronta fundación de un Colegio de PP. Escolapios en su diócesis, proyecto asumido seriamente desde su llegada a esta Iglesia. Apenas enterado del anuncio de la subasta de parte de dicho convento, dispone una comunicación al Gobernador Civil de la Provincia, D. Lucas García Quiñones, para que suspenda tal acción. Al empeño del referido obispo, hay que unir las gestiones del celanovense don Cesáreo Fernández Losada⁶, Diputado a Cortes por el distrito de Celanova y concededor del Instituto de las Escuelas Pías, que es el responsable último de abortar la subasta anunciada de parte del edificio, además de conseguir la autorización de la propia Reina Isabel II para instalar en ese lugar el ansiado colegio de los PP. Escolapios.

La Corporación Municipal, con su Alcalde a la cabeza D. Manuel Valcárcel, manifestará su satisfacción por esta providencia, recordándole a monseñor Cuesta y Maroto los planes que «se tuvieron en tiempos del actual Sr. Cardenal de Sevilla, para fundar un Colegio sostenido por el Municipio». Con un claro espíritu de colaboración, se concitaron al unísono las buenas voluntades de algunos ilustres patricios y de las jerarquías del Municipio, del Estado y de la Iglesia.

Como se procedía con lentitud a nivel provincial en tan gravoso asunto, poco antes de su primer viaje a Roma y en connivencia con el Concejo, el prelado de Ourense creyó oportuno dirigirse directamente al Ministerio de Gracia y Justicia para que en la hacienda incautada del mismo que todavía estaba libre se instalase el ansiado colegio de los PP. Escolapios. Así lo hizo en virtud de los párrafos 1º y 2º del artículo sexto del Concordato de 1851, según los cuales «deben exceptuarse de la desamortización, las casas religiosas destinadas a la enseñanza y habitación del clero regular, así como las que en adelante la destinen á este objeto». El resultado fue la comunicación por parte del Gobierno Civil de una Real Orden del Ministro de Hacienda, por la que se exceptuaba la venta de la parte del edificio que no estaba adjudicada antes del Concordato del 51, «dejándola á mi disposicion en los terminos que propuse, y para Colegio de Escolapios».

El día 11 de octubre se celebró en la Casa Consistorial de Celanova una sesión extraordinaria, constituida por el Sr. Alcalde, concejales y mayores contribuyentes de este Ayuntamiento. Allí se dio lectura al proyecto de las estipulaciones y prolijas cláusulas, que en número de dieciocho, se consignaron para la fundación. Se acordó, por unanimidad, archivar dicho proyecto y copiar literalmente en el Libro de Actas las referidas bases, con las observaciones o aclaraciones que se han creído necesarias. Según estas bases o capitulaciones acordadas entre municipio y religiosos, el Ayuntamiento les cedería toda la parte que ocupa del que fue monasterio de benedictinos con la huerta que posee y el Sr. Obispo cedería asimismo la otra parte que por la real orden de 3 de septiembre le fue concedida con tal objeto: «el Templo, la Parroquia y el resto del edificio, claustros, salas, habitaciones de los antiguos

monjes y demás dependencias». Pero esta cesión total, si bien se admite en principio, su entrega a los PP. Escolapios empezará por la que el Ayuntamiento tiene como mejor conservada y más a propósito para tal institución, trasladándose la Corporación Municipal a la parte más deteriorada, que corría a cargo de la Hacienda pública y que ahora dependía del Ordinario del lugar, parte que sucesivamente se les irá entregando según lo exijan las necesidades del Colegio y el número de alumnos que concurran sea mayor.

Por lo que se refiere al obispo auriense, D. José de la Cuesta, aprueba de buena gana las mencionadas bases del nuevo Colegio, a causa de «las ventajas de moralidad e instrucción que ha de proporcionar á la Diócesis y aun á todas las de Galicia». Por otra parte, resulta interesante ver cómo D. José de la Cuesta pretende sacar algunas compensaciones de esta gestión para el bien de la diócesis. Si no es por escrito, al menos de palabra, quería que este establecimiento sirviera de casa de ejercicios espirituales para ordenandos y clérigos, que estos religiosos atendieran el confesionario e impartieran alguna misión en la diócesis, recibieran a los clérigos penitenciados, enviasen algún profesor para el Seminario e incluso que algún sector del edificio fuera constituido como Seminario Menor.

La elaboración de un plan de estudios y un reglamento disciplinar, la habilitación y reparación del edificio, su dotación de muebles y utensilios, la formación de gabinetes de Matemáticas, Física, Química e Historia Natural, la adquisición de una rica y útil biblioteca, se harán paulatinamente según lo vayan necesitando las Escuelas Pías. También se ajustará entre las dos partes la cantidad anual y moderada que haya de satisfacer los reparos y la conservación del edificio. La aportación anual del Concejo para el adecuado funcionamiento del centro se tasa en 1.600 escudos, «una cantidad realmente importante si lo comparamos con el presupuesto municipal aprobado para el mismo ejercicio, que ascendía exactamente a 6.194,133 escudos».

Pronto comenzaron las obras de remodelación del edificio que en buena parte subvencionó la Diputación Provincial con una importante inversión de 4.000 escudos, a fin de dar principio en el próximo curso a la tarea educativa de las Escuelas Pías. Eran tantas las esperanzas puestas en este proyecto, que los PP. Escolapios consideraron muy seriamente el hacer de este establecimiento la Casa Madre del Instituto, porque «acaso sea el mejor edificio que tienen en España».

Grande es el entusiasmo que causa la nueva fundación. Ya están en marcha las obras de restauración. Hasta los carpinteros y canteros de Celanova ofrecen días de trabajo, ya que no pueden ofrecer dinero. Esto prueba la religiosidad del país. La principal dificultad procede de las muchas obras que se precisan, si se quiere disponer del edificio tal como estaba en tiempos de la excomunión. Pero esto es fruto del tiempo. Henchido de satisfacción recuerda monseñor Cuesta y Maroto cómo su llegada fue providencial para sacarla de las garras de la Hacienda Pública: «precisamente llegué, cuando se publicó el día señalado para la subasta». Y con él, se congratula el nuncio apostólico de Su Santidad en España que también celebra con entusiasmo esta próxima fundación.

Entre tanto, llegan a Ourense dos PP. Escolapios que venían a responsabilizarse de la dirección de las obras interiores del nuevo colegio. Se hospedaron en el Palacio Episcopal como les tenía prevenido el prelado auriense. Les esperaba una numerosa comisión de Celanova presidida por el Alcalde. Después de descansar del viaje y visitar los principales monumentos de la ciudad de As Burgas, marcharon muy acompañados a Celanova, no sin manifestar antes sus proyectos al obispo de Ourense, que eran:

1º hacer á este Colegio Casa Matriz de su Instituto, o sea traer á el sus novicios porque apenas tienen desahogo en las otras casas; 2º establecer la primera enseñanza de niños con Seminario de internos; 3º establecer la 2ª Enseñanza completa con Seminario también para internos; 4º establecer Cátedras de Agricultura en los grandes terrenos que rodean al Monasterio.

Se muestran asombrados por la magnificencia del edificio, y sueñan con el tiempo y si Dios les favorece hacer de este colegio el mejor de España. Para lograrlo piensan restaurar todo el edificio, y comprar las huertas que fueron del monasterio. Únicamente retrasa su proyecto el malogrado estado de algunas dependencias en las que sólo quedan las paredes. A su llegada a Celanova fueron recibidos con una ovación completa. Músicas, fuegos, regocijos de toda clase y un concurso entusiasmado compuesto de población de la villa y sus contornos que les esperaban desde una legua antes de llegar. Del entusiasmo de los fieles celanovenses a la llegada de los religiosos escolapios y de los planes de éstos para incrementar todavía más el patrimonio cultural de esta villa se esperan abundantes frutos y grandes bienes que harán memorable su paso por esta población.

7. El nuevo Colegio Escolapio de Celanova

Después de grandes esfuerzos económicos públicos y privados, las Escuelas Pías se implantarían definitivamente en Celanova con el inicio del curso 68 / 69, para impartir la instrucción primaria y los estudios generales de segunda enseñanza completa. De esta manera, se abría un colegio e internado que alcanzó alto reconocimiento, funcionando durante sesenta años, y al que tenían a gala enviar sus hijos las familias acomodadas de toda la provincia, del resto de Galicia y aun del norte de Portugal. La existencia del colegio fue la causa principal de que el edificio se conservase mientras se consumaba la ruina de los demás monasterios, al mismo tiempo que proporcionaba una utilidad pública de la que se beneficiaría todo el pueblo de Celanova al recibir de este Instituto religioso instrucción y progreso espiritual y material.

La piedad y unción que rezuman estas históricas piedras y venerables reliquias deleitaron el espíritu de muchos religiosos calasancios que durante sesenta años vivieron bajo los mismos techos y pasearon por sus vetustos claustros o se extasiaron en aquellas capillas y altares que levantó la piedad y religiosidad de los hijos de San Benito, bajo la protección y bendición de San Rosendo y San Torcuato, el discípulo de Santiago que allí yace esperando la resurrección. Junto a lo dicho, y para

coadyuvar a la formación de la idea que motivó esta creación en la villa de Celanova, del antiguo Reino de Galicia, basta una mirada al proemio del reglamento del centro, que dice así:

el excelente clima de la villa de Celanova; sus inmejorables condiciones higiénicas, a las cuales se debe su buen estado sanitario, y el no haber sufrido nunca el azote de ninguna epidemia, aun habiéndolas habido en puntos próximos; el hallarse situada en el centro de uno de los más fértiles y hermosos valles de Galicia, y el ofrecer toda clase de recursos para el bienestar de la vida, hacen de este punto uno de los más convenientes para el establecimiento de nuestro Colegio.

Ante el hecho de encontrarse con aquel vetusto edificio, bastante parecido a El Escorial, y capaz de contener unos 200 internos, los superiores pensaron en la posibilidad de enviar allá un director de internos experto y entusiasta; de ahí que el 3 de agosto de 1868 se firmaran obediencias diversas: una de ellas era para el P. Faustino a fin de que se trasladara del colegio de Getafe, que tanto había prestigiado, al de Celanova, vecino a su pueblo natal. Con 37 años de edad y la experiencia de su estancia en Cuba, originario de Acebedo del Río, podía haber sido, quizá, el rector más apropiado; pero sus escasos años, entonces considerados como insuficientes para llevar sobre sus hombros la dirección de una Comunidad y su enfrentamiento con el rector de San Fernando en Madrid, desaconsejaron tomar tal iniciativa por ahora.

No había tiempo que perder: el 15 de agosto era la data escogida para la solemne inauguración, de la que nos dejó acta manuscrita el propio P. Faustino, nombrado secretario de la casa. El acta original la poseía un sobrino del Beato, quien la entregó al P. Juan Otal, entonces vicepostulador de la Causa. Nótese bien en ella que el discurso inaugural lo tuvo el rector P. Pedro Álvarez. En cambio el P. Míguez habría pronunciado un magnífico sermón en la misa pontifical que coronó el acto, según afirma el P. Anselmo del Álamo. Sobre tres puntos centró el entramado de su disertación: *la misión de las Escuela Pías, la educación de la niñez y su repercusión en la vida del individuo, y la regeneración de la sociedad humana por medio de ella.* Aquel discurso está lleno de entusiasmo por su vocación, de fácil dicción y escogido léxico, de ideas elevadas y razones enaltecidas de la misión calasancia. Es muy raro que no se hiciera constar en el Acta inaugural, la cual sólo dice que habló el prelado celebrante. Acaso tenía preparado el P. Faustino el sermón, que tal vez no pudo predicar, dada la alocución del Sr. Obispo. Permítaseme reproducir un pequeño fragmento que recoge el sentir del beato Míguez en aquellos momentos y el objeto último de las Escuelas Pías, según su sentir:

¡Qué situación la mía en estos instantes solemnes en que todo un auditorio eminentemente ilustrado y religioso tienen sus miradas pendientes de mis labios por el contraste del asunto y la insuficiencia de mis fuerzas! ¡Cuántos recuerdos de mi infancia, pasada en parte bajo estas bóvedas sagradas, se agolpan a mi imaginación y excitan en mi pecho las

más fuertes emociones! (...) Poblar la tierra de ciudadanos probos e ilustrados y el cielo de ángeles humanos; renovar la sociedad desde su misma base y hacer la felicidad humana, mediante una educación sincera a la par que gratuita, es la divina misión de las Escuelas Pías. Para bien desempeñarla toma a su cargo la educación del niño, que encierra en sus pocos años el porvenir de la familia y la sociedad entera, representa al género humano que renace, a la patria que se perpetúa y a la flor de la humanidad que se renueva. A sus ojos el niño es todo el linaje humano, es toda la Humanidad (...). Para él fueron instituidos los príncipes y los sacerdotes, los padres y los maestros; para él el magistrado y la familia, la sociedad y la Iglesia; la disciplina y la moral, la enseñanza y las letras, las ciencias y las artes, la Religión y los cuidados de la Providencia, todos los premios del trabajo y todos los galardones de la virtud son del niño y para el niño; porque él lo es de Dios y para Dios, de cuyo poder es hijo e imagen de su gloria.

En tan memorable jornada estuvieron presentes la principales autoridades de la comarca y provincia: el Obispo de Ourense, D. José de la Cuesta y Maroto; el Gobernador Civil, D. Lucas G. Quiñónez; la Corporación Municipal en pleno, presidida por el Alcalde D. Manuel Valcárcel; el Diputado a Cortes D. Cesáreo Fernández Losada; el Vicario General de las Escuelas Pías de España, el P. Ramón Valle del Corazón de Jesús; el P. Vicerrector *in capite* Pedro Álvarez del Espíritu Santo, y toda la comunidad.

Aquel mismo día 15 de agosto, D. Cesáreo Fernández Losada y su esposa D^a. Carmen Taboada, regalaron a los Padres Escolapios la hermosa custodia dorada que se usa en las grandes solemnidades, con la obligación de devolverla a ellos o a sus herederos, si los Escolapios dejan este Colegio. El acta de inauguración dice así:

El Sr. Gobernador Civil, en nombre de S. M. la Reina (q. D. g.) declaró legalmente instalado el Colegio referido y abiertas las aulas de Instrucción Primaria y las Cátedras del Primer Período de la Segunda Enseñanza, para el Curso Académico de mil ochocientos sesenta y ocho a mil ochocientos sesenta y nueve, y bosquejó a diestras pinceladas los beneficios que las Comunidades Religiosas prestaron en todos los tiempos a las Letras, a las Ciencias, a las Artes y a la Sociedad entera, y lo que Celanova y toda la provincia se prometen del primer Colegio Escolapio que se establece en el Reino de Galicia, terminando con un entusiasta ¡viva! a nuestra Augusta Soberana Doña Isabel II, repetido por todos los presentes (...). Después, el R. P. Rector, enumerando rápidamente las ventajas de una buena educación y manifestando que la base de esta es la moralidad, objeto principal del Instituto Calasancio, dio las gracias en su nombre y en el de la Comunidad, á todas las Autoridades, Corporaciones e individuos que habian contribuido al planteamiento del Colegio en esta villa, y prometió consagrarse, con sus demás individuos, al fomento de los caros intereses que se le confiaban

(...). *Luego, todos los concurrentes pasaron á la iglesia con S. E. Ilustrísima, que celebró de Pontifical con Manifiesto, entonó un solemne Te Deum en accion de gracias al Todopoderoso, y encomió al pueblo, en un sentido paralelo, su reconocimiento a San Rosendo, ya como fundador del monasterio que le dio su nombre, ya como protector del Colegio que lo lleva ahora.*

Parece que estamos asistiendo a la ceremonia bautismal de estas Escuelas Pías, y no podemos menos de evocar estas solemnidades con profunda emoción. Se había tratado varias veces de su erección, nunca se había conseguido el efecto deseado, siendo cada vez mayor el tiempo transcurrido desde aquel primer intento de monseñor Pedro Zarandía. Aquella inauguración se hizo con la mayor pompa, júbilo y celebridad. Celanova estaba penetrada de los más vivos y sinceros sentimientos de gratitud por una fundación tan plausible. El aplauso era general y las esperanzas puestas en este centro educativo muchas.

Llegados al final, creo que ha merecido la pena sacar a la luz el legado cultural y educativo que todavía hoy pervive en esta villa de Celanova, entre las generaciones más ancianas, que recuerdan con añoranza el buen hacer de los Padres Escolapios. Estoy convencido de que el acervo cultural de fe y de enseñanza que el cristianismo ha ido generando con el correr de los siglos es un tesoro, mitad humano y mitad divino. Un legado inefable que no hay que ocultar bajo el celémín, sino que más bien hay que plantarlo sobre el monte para que alumbre y conmueva a cuantos alcancen a contemplarlo.

Y bien, después de haber escuchado los ponderados testimonios del poeta Curros Enríquez y del beato Faustino Míguez, insignes personajes de la milenaria villa de Celanova, permítaseme volver a nuestra ilustre y reconocida literata Emilia Pardo Bazán, para que con su gracejo pongamos fin a esta conferencia. Dice ella:

Mientras nos extasiábamos con el arte, la naturaleza implacable hacía su oficio, y entre los expedicionarios había quien estaba dispuesto, según confesión propia, á comerse hasta las venerables reliquias si no se le daba presto otro manjar más jugoso. Á escape vimos la ancha cocina y la fresquísima bodega conventual, y en volandas nos llevaron á la robleda de los monjes, en cuyo centro, bajo una pintoresca marquesina, nos esperaba la mesa (...). Era digno de una edad artística y tenía sus lejos y perfiles de banquete ateniense, el espectáculo de nuestra comida en la robleda. El cielo sin una nube; el toldo y la mesa inundados de ramaje y flores; los comensales, todos pertenecientes á la inteliguentia, como dicen los paisanos, y más penetrados de espiritual y animación que de epicúreo placer, más sedientos de alma que de cuerpo, á pesar de los manjares exquisitos y los vinos auténticos, servidos largamente, comenzaron aquella improvisada fiesta campestre que se alargaría hasta el lucero vespertino.

NOTAS

- ¹ Anselmo DEL ÁLAMO, Sch. P., *Seis décadas de apostolado y actividad educacional de las Escuelas Pías en la villa de Celanova (Orense)*, I, en «Analecta Calasanciana» XXI, 42 (1979), pp. 497-553; *Ibíd.*, XXII, 43 (1980), pp. 207-272.
- ² Entre ellos, quiero destacar el Colegio de Carmelitas, que cumplía y celebraba en el 2004, el 125 aniversario de su fundación, así como la Escuela Provincial de Artes y Oficios. Entre otros muchos son claros ejemplos del esfuerzo tanto diocesano como civil por abrir el abanico de ofertas educativas.
- ³ Sigo principalmente el estudio de Antonio PINEIRO FEIJOO, *Tras la desamortización*, en *San Salvador de Celanova, o.c.*, pp. 200-221. Cfr. Alfredo CID RUMBAO, *Guía de Celanova, o.c.*, pp. 151-165 (apartado titulado *La Celanova de Madoz*); pp. 167-173 (cuyo título es *El monasterio en la actualidad*).
- ⁴ Manuel CURROS ENRÍQUEZ, *La Ilustración Cantábrica*, Madrid, n. 23, 18 agosto 1882, en Elisardo LÓPEZ VARELA, *A poesía galega de Manuel Curros Enríquez*. Estudio, edición, notas e apéndice, A Coruña: Editorial Deputación Provincial de A Coruña, 1998, t. II, pp. 1276-1283.
- ⁵ ASV, *Arch. Nunz. Madrid*, Caja 441, Sezione XLII-B, Regolari, Tit. 7, Scuoli Pie.
- ⁶ Nació en Celanova el 30 de junio de 1831. Durante su vida, ejerció como médico de la reina Isabel II, profesión que desarrollaría igualmente en la guerra de África. También sería inspector general de Sanidad en la Isla de Cuba, llegando a escribir varias obras de Anatomía y Oftalmología. Murió en Barcelona en el año 1910.

IGLESIA EN ESPAÑA

Comisión Episcopal de Apostolado Seglar

COMUNICADO FINAL DEL IV ENCUENTRO GENERAL DE ACCIÓN CATÓLICA

«ABIERTOS AL FUTURO CON ESPERANZA»

Los días 25 y 26 de Septiembre se ha celebrado en Madrid, el IV Encuentro General de Acción Católica, convocado por la Federación de Movimientos de Acción Católica.

En este Encuentro hemos participado más de 80 responsables de los Consejos Diocesanos de Acción Católica de 30 diócesis de la Iglesia española. Contamos con la presencia de Don Braulio Rodríguez, Arzobispo de Valladolid y Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, de Don Atilano Rodríguez, Obispo de Ciudad Rodrigo y Consiliario de la Acción Católica Española y de Don Antonio Cartagena, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar.

Durante este día y medio de reflexión hemos compartido y celebrado el caminar de la Acción Católica en los últimos diez años y ahondado la conciencia de que la Acción Católica es un don precioso del Espíritu para la Iglesia y para el mundo. Constatamos que, pese a las dificultades, continuamos en el camino emprendido de renovación desarrollando el Proyecto Común de la Acción Católica, afianzando los Consejos Diocesanos de AC, preparando el *Itinerario de Formación Cristiana para Laicos Adultos* y compartiendo la experiencia del reciente Congreso Internacional de Acción Católica celebrado en Roma.

Seguimos trabajando esperanzadamente por la promoción integral del laicado y la presencia evangelizadora en la sociedad. Somos laicos comprometidos en la vida de la Iglesia y en la totalidad de su misión; al servicio de la comunión eclesial, vivida en cada Iglesia particular. Cristianos laicos, que aman la vida y comparten con toda la humanidad, el compromiso de trabajar para que sea reconocida la dignidad de cada persona.

Estamos en una cultura materialista que quiere negar la dimensión trascendente, religiosa de las personas. En este sistema muchos derechos se ven amenazados: el derecho a un trabajo digno y en condiciones como el que está en juego para los trabajadores de los astilleros de IZAR y de las empresas auxiliares del sector, el derecho de los inmigrantes a ser reconocidos como ciudadanos mientras el sistema económico los necesita y utiliza a su antojo como mano de obra barata, y tantos otros derechos que, al ser negados, minan la dignidad de las personas.

Nosotros, conscientes de nuestra vocación bautismal asumimos los desafíos señalados por SS Juan Pablo II en su reciente mensaje a la Acción Católica y queremos seguir siendo: "...escuela de formación de los fieles que, iluminados por la Doctrina Social de la Iglesia, se empeñan decididamente en la defensa del don sagrado de la vida, en la salvaguarda de la dignidad de la persona humana, en la realización de la libertad educativa, en la promoción del verdadero significado del matrimonio y la familia, en el ejercicio de la caridad hacia los más pobres, en la búsqueda de la paz y de la justicia y en la aplicación de los principios de subsidiariedad y de solidaridad en la diversa realidad social".

ANTE LA APROBACIÓN DEL ANTEPROYECTO DE LEY QUE EQUIPARARÍA LAS UNIONES HOMOSEXUALES AL MATRIMONIO

Madrid, 1 de octubre de 2004

El Consejo de Ministros ha aprobado hoy un anteproyecto de Ley que pretende equiparar al matrimonio la unión de personas del mismo sexo. Se trata de una propuesta errónea e injusta. Porque "el matrimonio, engendrando y educando a sus hijos, contribuye de manera insustituible al crecimiento y estabilidad de la sociedad. Por eso le es debido el reconocimiento y el apoyo legal del Estado. En cambio, a la convivencia de homosexuales, que no puede tener nunca esas características, no se le puede reconocer una dimensión social semejante a la del matrimonio y a la de familia" (Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, *Matrimonio, familia y "uniones homosexuales"*, n° 13).

Las personas homosexuales no deben ser discriminadas en sus derechos ciudadanos. Pero las instituciones sociales deben ser tuteladas y promovidas por las leyes. El matrimonio es una institución esencialmente heterosexual, es decir que "no puede ser contraído más que por personas de diverso sexo: una mujer y un varón. A dos personas del mismo sexo no les asiste ningún derecho a contraer matrimonio entre ellas. El Estado, por su parte, no puede reconocer este derecho inexistente, a no ser actuando de un modo arbitrario que excede sus capacidades y que dañará, sin duda muy seriamente, el bien común. Las razones que avalan estas proposiciones son de orden antropológico, social y jurídico" (Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, *En favor del verdadero matrimonio*, n° 3).

La medida propuesta tendrá consecuencias negativas que afectarán a toda la sociedad. No se trata de reconocer un pretendido derecho a algunas personas que en nada perjudicaría a los demás. "Si el Estado procede a dar curso legal a un supuesto matrimonio entre personas del mismo sexo, la institución matrimonial quedará

seriamente afectada. Fabricar moneda falsa es devaluar la moneda verdadera y poner en peligro todo el sistema económico. De igual manera, equiparar las uniones homosexuales a los verdaderos matrimonios, es introducir un peligroso factor de disolución de la institución matrimonial y, con ella, del justo orden social”. “¿Será posible seguir sosteniendo la verdad del matrimonio, y educando a los hijos de acuerdo con ella, sin que padres y educadores vean conculcado su derecho a hacerlo así por un nuevo sistema legal contrario a la razón? ¿No se acabará tratando de imponer a todos por la pura fuerza de la ley una visión de las cosas contraria a la verdad del matrimonio?” (*En favor del verdadero matrimonio*, nº 4 b y c).

La adopción ha de mirar siempre al bien de los niños, no a supuestos derechos de quienes los desean adoptar. Dos personas del mismo sexo, que pretenden suplantar a un matrimonio, no constituyen un referente adecuado para la adopción. “La figura del padre y de la madre es fundamental para la neta identificación sexual de la persona. Ningún estudio ha puesto fehacientemente en cuestión estas evidencias” (*En favor del verdadero matrimonio*, nº 4 a).

Si esta legislación se llevara adelante, abandonaríamos la sabiduría humana y jurídica de toda la Humanidad. “La historia universal lo confirma: ninguna sociedad ha dado a las relaciones homosexuales el reconocimiento jurídico de la institución matrimonial” (*En favor del verdadero matrimonio*, nº 4 b).

ANTE LA APROBACIÓN DEL DECRETO LEY QUE APLICA LA LEY DE REPRODUCCIÓN ASISTIDA

Madrid, 29 de octubre de 2004

El Consejo de Ministros ha aprobado hoy un Real Decreto Ley que desvirtúa las mejoras de la reforma de Noviembre de 2003 (45/2003) de la Ley de Reproducción Asistida. Este Decreto permite «producir» embriones prácticamente sin restricción alguna, y abre la puerta a la investigación con seres humanos en estado embrionario. Ante esta nueva medida que contradice la dignidad del hombre y su derecho a la vida recordamos algunas consideraciones precedentes sobre este tema:

1. La producción de seres humanos en laboratorio, independientemente de su fin, contradice la dignidad de la persona y es éticamente inadmisibles. «La Conferencia Episcopal Española ha denunciado en varias ocasiones la Ley de Reproducción de 1988 como una ley injusta. A su amparo se viola el derecho de los hijos a ser engendrados en el acto fecundo de donación interpersonal de los padres» (*Una reforma para mejor, pero muy insuficiente* (25-Julio-2003), nº 1).

2. La experimentación con estos seres humanos “sobrantes” de los procesos de fecundación es un más contra su dignidad personal: «El embrión humano merece el respeto debido a la persona humana» (*Ibid.*, nº 4).

«Descongelar los embriones «sobrantes» para reanimarlos y luego quitarles la vida en la obtención de sus células madre como material de experimentación es una acción gravemente ilícita que no puede ser justificada por ninguna finalidad supuestamente terapéutica» (*Por una ciencia al servicio de la vida humana* (25-Mayo-2004), nº 3.3).

3. «Es previsible un aumento del número de embriones congelados y la reproducción agravada de una situación que ya había creado una cierta alarma social» (*Ibid.*, nº 3.2).

4. La investigación con células madre procedentes de adultos es una alternativa real. Esta fructífera vía de investigación no implica problema ético alguno, y ha conseguido ya resultados que la Iglesia alienta y ve con esperanza.

5. Estos experimentos llevan implícita la aplicación de sus resultados a la clonación con fines terapéuticos. «La verdad es que la clonación reproductiva y la clonación “terapéutica” o “de investigación” no son dos tipos diferentes de clonación: implican el mismo proceso técnico de clonación y difieren únicamente en los objetivos que persiguen» (*La Santa Sede a la ONU sobre la Clonación, Osservatore Romano* (ed. inglesa) 17-Oct-2004, nº 7). Tanto una como otra atentan gravemente contra la dignidad de la persona.

La **conclusión** es clara: «por muy noble que sea el fin perseguido, es inaceptable moralmente la producción, manipulación y destrucción de embriones humanos. Nunca se puede instrumentalizar al ser humano. La ciencia y la técnica requieren la ética para no degradar sino promover la dignidad humana» (*Nota sobre la utilización de embriones humanos en la investigación sobre células madre* (19-Diciembre-2002), nº 5).

Recordar estas exigencias éticas de la ciencia no supone ni recelo ni oposición ante el progreso científico. Es garantizar que la ciencia esté siempre al servicio del hombre y de su verdadero progreso.

MONS. CARMELO BOROBIA ISASA Y EL SACERDOTE ÁNGEL RUBIO CASTRO HAN SIDO NOMBRADOS OBISPOS AUXILIARES DE TOLEDO

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que a las 12,00 horas del, jueves 21 de octubre, la Santa Sede ha hecho público que el Papa Juan Pablo II ha nombrado Obispos Auxiliares de la Archidiócesis de Toledo a Mons. Joaquín Carmelo Borobia Isasa, trasladándole de la diócesis de Tarazona y asignándole la sede titular de Rubicón, y al sacerdote Ángel Rubio Castro, Delegado Episcopal para la Vida Consagrada de la Archidiócesis de Toledo, asignándole la sede titular de Vergi.

Mons. Joaquín Carmelo Borobia Isasa continuará gobernando la diócesis de Tarazona en calidad de Administrador Apostólico hasta que tome posesión de su nuevo cargo como Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Toledo.

Mons. Carmelo Borobia Isasa

Mons. Carmelo Borobia Isasa nació en Cortes (Navarra), Archidiócesis de Pamplona y Tudela, el 16 de agosto de 1935. Estudió Humanidades y Filosofía en los Seminarios de Alcorisa (Teruel) y Zaragoza (1946-1953). Terminó los estudios de Teología en el Seminario de Pamplona, licenciándose más tarde en Filosofía en la Universidad Pontificia de Salamanca (1959). Obtuvo la Diplomatura en Liturgia en el “Anselmianum”, de Roma (1968). Es doctor en Teología (1970) por la Pontificia Universidad Santo Tomás, “Angelicum”, de Roma, con la tesis “La liturgia en la teología de Santo Tomás”.

Fue ordenado sacerdote en Zaragoza el 19 de julio de 1959. Ha desempeñado los siguientes cargos: de 1960 a 1961 coadjutor de Cadreita (Navarra); de 1961 a 1964, capellán del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; de 1964 a 1970, capellán-becario de la Iglesia de Montserrat de Roma; de 1970 a 1978, oficial en la Secretaría de Estado del Vaticano; de 1978 a 1990 Secretario General del Arzobispo de Zaragoza.

Fue nombrado Obispo Titular de Elo y Auxiliar del Arzobispo de Zaragoza el 19 de abril de 1990. Fue ordenado Obispo en la Basílica de Ntra. Sra. del Pilar, de Zaragoza, el 9 de junio de 1990. Fue nombrado Obispo de Tarazona en 1996. En la Conferencia Episcopal Española ha sido miembro de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, de Liturgia y de Patrimonio Cultural.

Ángel Rubio Castro

El sacerdote Ángel Rubio Castro nació en Guadalupe (Cáceres), Archidiócesis de Toledo, el 8 de abril de 1939. Entró en el Seminario Menor diocesano de Talavera de la Reina (Toledo) desde donde pasó al Seminario Mayor “San Ildefonso” de Toledo para realizar los estudios eclesiásticos. Fue ordenado sacerdote en Toledo el 26 de julio de 1964.

Obtuvo la licenciatura en Teología en Madrid por la Universidad Pontificia de Comillas y en Salamanca la Diplomatura en Catequética por el Instituto Superior de Pastoral. Es doctor en Catequética por la Pontificia Universidad de Salamanca, con una tesis sobre San Enrique de Ossó y Cervelló. Además de la mencionada tesis doctoral es autor de varias publicaciones catequéticas divulgativas y de preparación para los sacramentos.

Ha desempeñado los siguientes cargos: de 1964 a 1973, coadjutor de la parroquia de Santiago el Mayor de Toledo; 1971, Secretario de la Visita Pastoral; 1972, director del Secretariado Diocesano de Catequesis; en 1973 es nombrado capellán y profesor de la Universidad Laboral de Toledo, profesor en el Seminario Mayor de Toledo y beneficiado de la Santa Iglesia Catedral Primada de Toledo; de 1977 a 1997 fue Vicario Episcopal de Enseñanza y Catequesis; de 1982 a 1991 profesor de Religión en el Colegio diocesano “Ntra. Sra. de los Infantes”; en 1983, capellán de las Religiosas Dominicanas de Jesús y María; de 1997 a 2000 es designado subdelegado diocesano de Misiones y en el año 2000 delegado diocesano de Eventos y Peregrinaciones.

En la actualidad es profesor de “Catequética” (desde 1973) y de Pedagogía General y Religiosa (desde 2000) en el Instituto Teológico de Toledo. También desde el año 2000 es Canónigo de la Santa Iglesia Catedral primada de Toledo y Delegado Episcopal para la Vida Consagrada.

MONS. JOAQUÍN M^a LÓPEZ DE ANDÚJAR HA SIDO NOMBRADO OBISPO DE GETAFE

Era Obispo auxiliar de esta diócesis desde mayo de 2001 y desde febrero de 2004 era el Administrador diocesano

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que a las 12 horas del, viernes 29 de octubre de 2004, la Santa Sede ha hecho público que el Papa Juan Pablo II ha nombrado Obispo de la diócesis de Getafe a Mons. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo.

La diócesis de Getafe estaba vacante desde que el 24 de febrero de 2004 fallecía repentinamente su hasta entonces titular, Mons. Francisco José Pérez y Fernández-Golfín, primer Obispo de Getafe. Mons. López de Andújar era Obispo auxiliar de Getafe desde mayo de 2001 y a la muerte de Mons. Pérez y Fernández-Golfín fue elegido Administrador diocesano de Getafe.

Madrileño de 62 años

Nació en Madrid el 13 de septiembre de 1942. Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario Hispanoamericano y en el Seminario Conciliar de Madrid. El 30 de

noviembre de 1968 fue ordenado presbítero. Es bachiller en Teología, licenciado en Derecho Civil y ha cursado un bienio de Teología Catequética.

En los primeros ocho años de su ministerio sacerdotal fue Coadjutor en dos parroquias de la archidiócesis de Madrid. Entre 1977 y 1984 fue Ecónomo de la parroquia «Ntra. Sra. de Africa» de la capital de España y entre 1978 y 1984, Arcipreste de «San Roque», también en Madrid. Entre 1984 y 1991, fue Vicario Episcopal de la Vª Vicaría Episcopal Territorial de Madrid.

Getafe, la séptima diócesis más populosa de España

Desde 1991 era el Vicario General de la diócesis de Getafe, creada ese mismo año y que, en la actualidad, supera el millón doscientos mil habitantes. Getafe es la séptima diócesis más poblada de España.

Responsable del Diaconado permanente

Fue nombrado Obispo auxiliar de Getafe el 19 de marzo de 2001, recibiendo la ordenación episcopal el 6 de mayo siguiente. En la CEE pertenece a la Comisión Episcopal del Clero y es el responsable del Comité para el diaconado permanente.

SANTA SEDE**SANTO PADRE****ÁNGELUS**

Domingo 3 de octubre de 2004

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. En este primer domingo de octubre, mes dedicado de modo especial a la Virgen del Rosario, os invito a rezar esta hermosa oración, imitando también en esto a los nuevos beatos.

2. Saludo a los pastores y a los fieles de lengua francesa, sobre todo a los que han venido de las diócesis de origen de los nuevos beatos, así como a los representantes de la sociedad civil, a los hermanos trapenses y a las Religiosas del Santísimo Sacramento. Quiera Dios que los beatos contribuyan a dar nuevo impulso a vuestras comunidades eclesiales, cuya renovación espiritual pude constatar en Lourdes.

3. Saludo cordialmente a los obispos, sacerdotes y fieles, así como a las autoridades, venidos de Argentina a la beatificación de la madre Ludovica de Angelis y muy especialmente a las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia. Al invitaros a imitar las virtudes de la nueva beata, recuerdo su devoción al santo rosario, que ella siempre tenía entre sus manos.

4. Con gran alegría saludo a los peregrinos de lengua alemana, especialmente a los numerosos fieles procedentes de Austria y de la diócesis de Münster, que han venido a Roma para la beatificación del emperador Carlos I y de Anna Katharina Emmerick. Saludo en particular a las delegaciones oficiales de Austria, Liechtenstein y Luxemburgo, así como al archiduque Otto, hijo del emperador Carlos, con su numerosa familia.

Que el amor de Jesús os acompañe siempre.

Nos dirigimos ahora a María santísima, que precede a todos en el camino de la fe y de la santidad.

ÁNGELUS

Domingo 10 de octubre de 2004

1. Se ha inaugurado hoy en Guadalajara, México, el Congreso eucarístico internacional, que tiene por tema: «La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio». Me uno espiritualmente a este importante acontecimiento eclesial, con el que comienza también el Año de la Eucaristía.

Para este Año especial, he dirigido a toda la Iglesia una carta apostólica que inicia con estas palabras: «Mane nobiscum Domine, Quédate con nosotros, Señor» (cf. Lc 24, 29). Que esta invocación resuene en todas las comunidades cristianas: que los fieles, reconociendo a Cristo resucitado «en la fracción del pan» (Lc 24, 35), estén dispuestos a dar testimonio de él con caridad activa.

2. La Cáritas diocesana es una expresión privilegiada de la caridad en la Iglesia local. En Roma, la Cáritas está celebrando el vigésimo quinto aniversario de su fundación. Doy gracias a Dios por los numerosos frutos de bien madurados durante estos años y animo a la comunidad eclesial a proseguir en la obra formativa y en las actividades de servicio a los pobres y a los necesitados.

3. Encomendamos estas intenciones a la intercesión de María santísima, «Mujer eucarística» (Ecclesia de Eucharistia, cap. VI).

Envío mi saludo a los participantes en la Semana social de los católicos italianos, que se ha celebrado durante estos días en Bolonia sobre el tema: «Democracia, nuevos escenarios, nuevos poderes». Ojalá que la reflexión de este importante congreso ofrezca nuevos estímulos a la comunidad eclesial de Italia para un testimonio cada vez más incisivo en todos los ámbitos de la vida del país.

El próximo domingo, por la tarde, en comunión espiritual con cuantos en Guadalajara (México) concluirán el Congreso eucarístico internacional, presidiré en San Pedro una solemne celebración para la apertura del Año de la Eucaristía en toda la Iglesia. Invito a los fieles a participar en gran número en este importante acontecimiento eclesial, para rendir un homenaje común a Cristo, luz y vida del nuevo milenio.

ÁNGELUS

Domingo 17 de octubre de 2004

1. En la ciudad mexicana de Guadalajara se concluye hoy el Congreso eucarístico internacional. Durante ocho días la Eucaristía ha sido celebrada y adorada como «luz y vida del nuevo milenio». «Luz», porque en el misterio eucarístico se irradia la presencia de Cristo, luz del mundo; «vida», porque en la Eucaristía Jesús se nos ha entregado a sí mismo, Pan de la vida.

Esta tarde, en la basílica de San Pedro, presidiré una celebración eucarística, en unión espiritual con la gran asamblea de Guadalajara. De este modo, daré solemne inicio al Año de la Eucaristía, que durará hasta octubre de 2005.

2. En la línea del concilio Vaticano II y del gran jubileo del año 2000, el Año de la Eucaristía quiere ser un tiempo fuerte de encuentro con Cristo, presente en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. En este misterio él actualiza sacramentalmente su sacrificio pascual, con el que ha redimido a la humanidad de la esclavitud del pecado y ha instaurado el reino divino de amor, de justicia y de paz.

De la Pascua de Cristo nace la Iglesia, y por eso «vive de la Eucaristía», como recuerdo en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (cf. n. 1).

3. Invoquemos juntos a la Virgen María, para que ayude al pueblo cristiano a vivir este Año de la Eucaristía como un tiempo de profunda conversión a Cristo y de intenso compromiso en el anuncio de su mensaje de salvación.

ÁNGELUS

Domingo 24 de octubre de 2004

1. Hoy se celebra la Jornada mundial de las misiones, dedicada a la oración y al apoyo concreto a las misiones. En este día, además, todos los creyentes están invitados a reavivar su responsabilidad en el anuncio del Evangelio a todas las gentes. Doy las gracias al cardenal prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos y a las Obras misionales pontificias que, en mi nombre, organizan esta Jornada, y estímulo las iniciativas diocesanas y parroquiales encaminadas a este objetivo.

2. Dirijo un saludo muy cordial y un profundo agradecimiento a todos los misioneros y las misioneras comprometidos en las fronteras de la evangelización. Les aseguro un recuerdo especial en la oración. De modo particular, pienso en los que han coronado con el sacrificio de su vida el testimonio de Cristo y el servicio al hombre.

3. Que María santísima, Reina de las misiones, obtenga para toda la Iglesia el don de numerosas vocaciones a la vida misionera.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de octubre de 2004

La reina y esposa

1. El dulce retrato femenino que nos acaban de presentar constituye el segundo cuadro del díptico del que se compone el salmo 44, un canto nupcial sereno y gozoso, que leemos en la liturgia de las Vísperas. Así, después de contemplar al rey que celebra sus bodas (cf. vv. 2-10), ahora nuestros ojos se fijan en la figura de la reina esposa (cf. vv. 11-18). Esta perspectiva nupcial nos permite dedicar el salmo a todas las parejas que viven con intensidad y vitalidad interior su matrimonio, signo de un «gran misterio», como sugiere san Pablo, el del amor del Padre a la humanidad y de Cristo a su Iglesia (cf. Ef 5, 32). Sin embargo, el salmo abre también otro horizonte.

En efecto, entra en escena el rey judío y, precisamente en esta perspectiva, la tradición judía sucesiva ha visto en él un perfil del Mesías davídico, mientras que el cristianismo ha transformado el himno en un canto en honor de Cristo.

2. Con todo, ahora, nuestra atención se fija en el perfil de la reina que el poeta de corte, autor del salmo (cf. Sal 44, 2), traza con gran delicadeza y sentimiento. La indicación de la ciudad fenicia de Tiro (cf. v. 13) hace suponer que se trata de una princesa extranjera. Así asume un significado particular la invitación a olvidar el pueblo y la casa paterna (cf. v. 11), de la que la princesa se tuvo que alejar.

La vocación nupcial es un acontecimiento trascendental en la vida y cambia la existencia, como ya se constata en el libro del Génesis: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y vendrán a ser una sola carne» (Gn 2, 24). La reina esposa avanza ahora, con su séquito nupcial que lleva los dones, hacia el rey, prendado de su belleza (cf. Sal 44, 12-13).

3. Es notable la insistencia con que el salmista exalta a la mujer: está «llena de esplendor» (v. 14), y esa magnificencia se manifiesta en su vestido nupcial, recamado en oro y enriquecido con preciosos brocados (cf. vv. 14-15).

La Biblia ama la belleza como reflejo del esplendor de Dios mismo; incluso los vestidos pueden ser signo de una luz interior resplandeciente, del candor del alma.

El pensamiento se remonta, por un lado, a las páginas admirables del Cantar de los cantares (cf. capítulos 4 y 5) y, por otro, a la página del Apocalipsis donde se describen «las bodas del Cordero», es decir, de Cristo, con la comunidad de los redimidos, destacando el valor simbólico de los vestidos nupciales: «Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha engalanado y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura. El lino son las buenas acciones de los santos» (Ap 19, 7-8).

4. Además de la belleza, se exalta la alegría que reina en el jubiloso «séquito de vírgenes», o sea, las damas que acompañan a la esposa «entre alegría y algazara» (cf. Sal 44, 15-16). La alegría genuina, mucho más profunda que la meramente externa, es expresión de amor, que participa en el bien de la persona amada con serenidad de corazón.

Ahora bien, según los augurios con que concluye el salmo, se vislumbra otra realidad radicalmente intrínseca al matrimonio: la fecundidad. En efecto, se habla de «hijos» y de «generaciones» (cf. vv. 17-18). El futuro, no sólo de la dinastía sino también de la humanidad, se realiza precisamente porque la pareja ofrece al mundo nuevas criaturas.

Se trata de un tema importante en nuestros días, en el Occidente a menudo incapaz de garantizar su futuro mediante la generación y la tutela de nuevas criaturas, que prosigan la civilización de los pueblos y realicen la historia de la salvación.

5. Muchos Padres de la Iglesia, como es sabido, han interpretado el retrato de la reina aplicándolo a María, desde la exhortación inicial: «Escucha, hija, mira, inclina el oído...» (v. 11). Así sucedió, por ejemplo, en la Homilía sobre la Madre de Dios de Crisipo de Jerusalén, un monje capadocio de los fundadores del monasterio de San Eutimio, en Palestina, que, después de su ordenación sacerdotal, fue guardián de la santa cruz en la basílica de la Anástasis en Jerusalén.

«A ti se dirige mi discurso -dice, hablando a María-, a ti que debes convertirte en esposa del gran rey; mi discurso se dirige a ti, que estás a punto de concebir al Verbo de Dios, del modo que él conoce. (...) «Escucha, hija, mira, inclina el oído». En efecto, se cumple el gozoso anuncio de la redención del mundo. Inclina el oído y lo que vas a escuchar te elevará el corazón. (...) «Olvida tu pueblo y la casa paterna»: no prestes atención a tu parentesco terreno, pues tú te transformarás en una reina celestial. Y escucha -dice- cuánto te ama el Creador y Señor de todo. En efecto, dice, «prendado está el rey de tu belleza»: el Padre mismo te tomará por esposa; el Espíritu dispondrá todas las condiciones que sean necesarias para este desposorio. (...) No creas que vas a dar a luz a un niño humano, «porque él es tu Señor y tú lo adorarás». Tu Creador se ha hecho hijo tuyo; lo concebirás y, juntamente con los demás, lo adorarás como a tu Señor» (Testi mariani del primo millennio, I, Roma 1998, pp. 605-606).

Queridísimos hermanos, mañana la Iglesia celebrará la fiesta de la Virgen del Rosario. Os invito a valorar esta oración, tan arraigada en la tradición del pueblo cristiano. Haced del rosario vuestra oración de cada día.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 13 de octubre de 2004

Dios salvador

1. Estamos ante el solemne himno de bendición que abre la carta a los Efesios, una página de gran densidad teológica y espiritual, expresión admirable de la fe y quizá de la liturgia de la Iglesia de los tiempos apostólicos.

Cuatro veces, en todas las semanas en las que se articula la liturgia de las Vísperas, se propone el himno para que el fiel pueda contemplar y gustar este grandioso icono de Cristo, centro de la espiritualidad y del culto cristiano, pero también principio de unidad y de sentido del universo y de toda la historia. La bendición se eleva de la humanidad al Padre que está en los cielos (cf. v. 3), a partir de la obra salvífica del Hijo.

2. Ella inicia en el eterno proyecto divino, que Cristo está llamado a realizar. En este designio brilla ante todo nuestra elección para ser «santos e irreprochables», no tanto en el ámbito ritual -como parecerían sugerir estos adjetivos utilizados en el Antiguo Testamento para el culto sacrificial-, cuanto «por el amor» (cf. v. 4). Por tanto, se trata de una santidad y de una pureza moral, existencial, interior.

Sin embargo, el Padre tiene en la mente una meta ulterior para nosotros: a través de Cristo nos destina a acoger el don de la dignidad filial, convirtiéndonos en hijos en el Hijo y en hermanos de Jesús (cf. Rm 8, 15. 23; 9, 4; Ga 4, 5). Este don de la gracia se infunde por medio de «su querido Hijo», el Unigénito por excelencia (cf. vv. 5-6).

3. Por este camino el Padre obra en nosotros una transformación radical: una liberación plena del mal, «la redención mediante la sangre» de Cristo, «el perdón de los pecados» a través del «tesoro de su gracia» (cf. v. 7). La inmolación de Cristo en la cruz, acto supremo de amor y de solidaridad, irradia sobre nosotros una onda sobreabundante de luz, de «sabiduría y prudencia» (cf. v. 8). Somos criaturas transfiguradas: cancelado nuestro pecado, conocemos de modo pleno al Señor. Y al ser el conocimiento, en el lenguaje bíblico, expresión de amor, nos introduce más profundamente en el «misterio» de la voluntad divina (cf. v. 9).

4. Un «misterio», o sea, un proyecto trascendente y perfecto, cuyo contenido es un admirable plan salvífico: «recapitular en Cristo todas las cosas, del cielo y de la tierra» (v. 10). El texto griego sugiere que Cristo se ha convertido en kefálaion, es decir, es el punto cardinal, el eje central en el que converge y adquiere sentido todo el ser creado. El mismo vocablo griego remite a otro, apreciado en las cartas a los Efesios y a los Colosenses: kefalé, «cabeza», que indica la función que cumple Cristo en el cuerpo de la Iglesia.

Ahora la mirada es más amplia y cósmica, además de incluir la dimensión eclesial más específica de la obra de Cristo. Él ha reconciliado «en sí todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1, 20).

5. Concluyamos nuestra reflexión con una oración de alabanza y de acción de gracias por la redención que Cristo ha obrado en nosotros. Lo hacemos con las palabras de un texto conservado en un antiguo papiro del siglo IV.

«Nosotros te invocamos, Señor Dios. Tú lo sabes todo, nada se te escapa, Maestro de verdad. Has creado el universo y velas sobre cada ser. Tú guías por el camino de la verdad a aquellos que estaban en tinieblas y en sombras de muerte. Tú quieres salvar a todos los hombres y darles a conocer la verdad. Todos juntos te ofrecemos alabanzas e himnos de acción de gracias». El orante prosigue: «Nos has redimido, con la sangre preciosa e inmaculada de tu único Hijo, de todo extravío y de la esclavitud. Nos has liberado del demonio y nos has concedido gloria y libertad. Estábamos muertos y nos has hecho renacer, alma y cuerpo, en el Espíritu. Estábamos manchados y nos has purificado. Te pedimos, pues, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo: confírmanos en nuestra vocación, en la adoración y en la fidelidad». La oración concluye con la invocación: «Oh Señor benévolo, fortalécenos, con tu fuerza. Ilumina nuestra alma con tu consuelo... Concédenos mirar, buscar y contemplar los bienes del cielo y no los de la tierra. Así, por la fuerza de tu gracia, se dará gloria a la potestad omnipotente, santísima y digna de toda alabanza, en Cristo Jesús, el Hijo predilecto, con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén» (A. Hamman, Preghiere dei primi cristiani, Milán 1955, pp. 92-94).

A vosotros, queridos jóvenes, enfermos y recién casados, os exhorto a imitar el ejemplo de la Virgen María, mujer eucarística. Al comienzo del Año de la Eucaristía, esforzaos como ella por seguir a Jesús, camino, verdad y vida.

¡Adorad frecuentemente la Santísima Eucaristía!

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 20 de octubre de 2004

Vanidad de las riquezas

1. Nuestra meditación sobre el salmo 48 se articulará en dos etapas, precisamente como hace la *liturgia de las Vísperas*, que nos lo propone en dos tiempos. Comentaremos ahora de modo esencial su primera parte, en la que la reflexión se inspira en una situación de malestar, como en el salmo 72. El justo debe afrontar «días aciagos», porque lo «cercan y lo acechan los malvados», quienes «se jactan de sus inmensas riquezas» (cf. Sal 48, 6-7).

La conclusión a la que llega el justo se formula como una especie de proverbio, que se encontrará también al final de todo el salmo. Sintetiza de modo límpido el mensaje dominante de la composición poética: «El hombre no comprende en la opulencia, sino que parece como los animales» (v. 13). En otros términos, las «inmensas riquezas» no son una ventaja, ¡al contrario! Es mejor ser pobre y estar unido a Dios.

2. En el proverbio parece resonar la voz austera de un antiguo sabio bíblico, el *Eclesiastés* o *Qohélet*, cuando describe el destino aparentemente igual de toda criatura viviente, el de la muerte, que hace completamente vano el aferrarse frenéticamente a las cosas terrenas: «Como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, como ha venido; y nada podrá sacar de sus fatigas que pueda llevar en la mano... Porque el hombre y la bestia tienen la misma suerte: muere el uno como la otra... Todos caminan hacia una misma meta» (Qo 5, 14; 3, 19. 20).

3. Una torpeza profunda se apodera del hombre cuando se ilusiona con evitar la muerte afanándose en acumular bienes materiales: por ello el salmista habla de un «no comprender» de índole casi irracional.

Sea como fuere, todas las culturas y todas las espiritualidades han analizado este tema, que Jesús expone en su esencia de modo definitivo cuando declara: «Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes» (Lc 12, 15). Él narra también la famosa parábola del rico necio, que acumula bienes en exceso, sin imaginar que la muerte le está tendiendo una emboscada (cf. Lc 12, 16-21).

4. La primera parte del salmo está centrada por completo precisamente en esta ilusión que conquista el corazón del rico. Este está convencido de que puede «comprarse» también la muerte, casi intentando corromperla, un poco como ha hecho para obtener todas las demás cosas, o sea, el éxito, el triunfo sobre los demás en el ámbito social y político, la prevaricación impune, la saciedad, las comodidades, los placeres.

Pero el salmista no duda en considerar necia esta pretensión. Recurre a un vocablo que tiene un valor también financiero, «rescate»: «Nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate. Es tan caro el rescate de la vida, que nunca les bastará para vivir perpetuamente sin bajar a la fosa» (vv. 8-10).

5. El rico, aferrado a su inmensa fortuna, está convencido de lograr dominar también la muerte, así como ha mandado en todo y a todos con el dinero. Pero por ingente que sea la suma que esté dispuesto a ofrecer, su destino último será inexorable. En efecto, al igual que todos los hombres y mujeres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, deberá encaminarse a la tumba, lo mismo que les ha sucedido a los potentes, y deberá dejar en la tierra el oro tan amado, los bienes materiales tan idolatrados (cf. vv. 11-12).

Jesús dirigirá a sus oyentes esta pregunta inquietante: «¿Qué puede dar el hombre a cambio de su vida?» (Mt 16, 26). Ningún cambio es posible, porque la vida es don de Dios, que «tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre» (Jb 12, 10).

6. Entre los Padres que han comentado el salmo 48 merece una atención particular san Ambrosio, que ensancha su sentido según una visión más amplia, en concreto, a partir de la invitación inicial del salmista: «Oíd esto, todas las naciones; escuchadlo, habitantes del orbe».

El antiguo obispo de Milán comenta: «Reconocemos aquí, precisamente al inicio, la voz del Señor salvador que llama a los pueblos a la Iglesia, para que renuncien al pecado, se conviertan en seguidores de la verdad y reconozcan la ventaja de la fe». Por lo demás, «todos los corazones de las diversas generaciones humanas estaban contaminados por el veneno de la serpiente y la conciencia humana, esclava del pecado, no era capaz de apartarse de él». Por eso el Señor, «por iniciativa suya, promete el perdón en la generosidad de su misericordia, para que el culpable ya no tenga miedo, sino que, con plena conciencia, se alegre de ofrecer ahora sus servicios de siervo al Señor bueno, que ha sabido perdonar los pecados y premiar las virtudes» (*Commento a dodici Salmi, n. 1: SAEMO, VIII, Milán-Roma 1980, p. 253*).

7. En estas palabras del salmo se siente resonar la invitación evangélica: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo» (Mt 11, 28-29). San Ambrosio continúa: «Como uno que vendrá a visitar a los enfermos, como un médico que vendrá a curar nuestras llagas dolorosas, así él nos ofrece la curación, para que los hombres lo sientan bien y todos corran con confiada solicitud a recibir el remedio de la curación... Llama a todos los pueblos al manantial de la sabiduría y del conocimiento, promete a todos la redención, para que nadie viva en la angustia, nadie viva en la desesperación» (n. 2: *ib.*, pp. 253-255).

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 27 de octubre de 2004

La riqueza humana no salva

1. La *liturgia de Vísperas*, en su desarrollo progresivo, nos vuelve a presentar el salmo 48, de estilo sapiencial, cuya segunda parte (cf. vv. 14-21) se acaba de proclamar. Al igual que la anterior (cf. vv. 1-13), que ya hemos comentado, también esta sección del salmo condena la falsa esperanza engendrada por la idolatría de la riqueza. Se trata de una de las tentaciones constantes de la humanidad: aferrándose al dinero, al que se considera dotado de una fuerza invencible, los hombres se engañan creyendo que pueden «comprar también la muerte», alejándola de sí.

2. En realidad, la muerte irrumpe con su capacidad de demoler cualquier ilusión, eliminando todos los obstáculos, humillando toda confianza en sí mismo (cf. v. 14) y encaminando a ricos y pobres, soberanos y súbditos, necios y sabios, al más allá. Es eficaz la imagen que el salmista utiliza, presentando la muerte como un pastor que guía con mano firme al rebaño de las criaturas corruptibles (cf. v. 15). Por consiguiente, el salmo 48 nos propone una meditación realista y severa sobre la muerte, meta ineludible fundamental de la existencia humana.

A menudo, de todos los modos posibles tratamos de ignorar esta realidad, esforzándonos por no pensar en ella. Pero este esfuerzo, además de inútil, es inoportuno. En efecto, la reflexión sobre la muerte resulta benéfica, porque relativiza muchas realidades secundarias a las que, por desgracia, hemos atribuido un carácter absoluto, como la riqueza, el éxito, el poder... Por eso, un sabio del Antiguo Testamento, el *Sirácida*, advierte: «En todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado» (*Si 7, 36*).

3. Pero en nuestro salmo hay un viraje decisivo. El dinero no logra «rescatarnos» de la muerte (cf. *Sal 48, 8-9*); sin embargo, alguien puede redimirnos de ese horizonte oscuro y dramático. En efecto, dice el salmista: «Pero a mí Dios me salva, me saca de las garras del abismo» (v. 16).

Así se abre, para el justo, un horizonte de esperanza e inmortalidad. A la pregunta planteada al inicio del salmo (¿Por qué habré de temer?: v. 6), se le da respuesta ahora: «No te preocupes si se enriquece un hombre» (v. 17).

4. El justo, pobre y humillado en la historia, cuando llega a la última frontera de la vida, carece de bienes, no tiene nada que ofrecer como «rescate» para detener la muerte y evitar su gélido abrazo. Pero he aquí la gran sorpresa: Dios mismo paga el rescate y arranca de las manos de la muerte a su fiel, porque él es el único que puede derrotar a la muerte, inexorable para las criaturas humanas.

Por eso, el salmista invita a «no temer» y a no envidiar al rico, cada vez más arrogante en su gloria (cf. *ib.*), porque, al llegar a la muerte, se verá despojado de todo,

no podrá llevar consigo ni oro ni plata, ni fama ni éxito (cf. vv. 18-19). En cambio, el fiel no será abandonado por el Señor, que le señalará «el sendero de la vida, lo saciará de gozo en su presencia, de alegría perpetua a su derecha» (cf. *Sal* 15, 11).

5. Así, podríamos poner, como conclusión de la meditación sapiencial del salmo 48, las palabras de Jesús, que nos describe el auténtico tesoro que desafía a la muerte:

«No amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonad más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (*Mt* 6, 19-21).

6. En armonía con las palabras de Cristo, san Ambrosio, en su *Comentario al salmo 48*, reafirma de modo neto y firme la inconsistencia de las riquezas: «Son cosas caducas y se van con más rapidez de la que llegaron. Un tesoro de este tipo no es más que un sueño. Te despiertas y ya ha desaparecido, porque el hombre que logra superar la borrachera de este mundo y vivir la sobriedad de las virtudes, desprecia todas estas cosas y no da valor alguno al dinero» (*Commento a dodici salmi*, n. 23: SAEMO VIII, Milán-Roma 1980, p. 275).

7. El obispo de Milán invita, por consiguiente, a no dejarse atraer ingenuamente por las riquezas y por la gloria humana: «No tengas miedo, ni siquiera cuando veas que se ha agigantado la gloria de algún linaje poderoso. Mirando a fondo con atención, te parecerá vacía si no tiene una brizna de la plenitud de la fe». De hecho, antes de la venida de Cristo, el hombre se encontraba arruinado y vacío: «La ruinosa caída del antiguo Adán nos vació, pero la gracia de Cristo nos llenó. Él se vació a sí mismo para llenarnos a nosotros y para que en la carne del hombre habitara la plenitud de la virtud». San Ambrosio concluye que, precisamente por eso, ahora podemos exclamar, con san Juan: «De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia» (*Jn* 1, 16) (cf. *ib.*).

Cada día acompaño con mi oración a la querida población iraquí, que se esfuerza por reconstruir las instituciones de su país.

Al mismo tiempo, animo a los cristianos a continuar ofreciendo con generosidad su contribución fundamental para la reconciliación de los corazones.

Manifiesto, finalmente, mi afectuosa participación en el dolor de las familias y de las víctimas y en los sufrimientos de los rehenes y de todos los inocentes afectados por la ciega barbarie del terrorismo.

CARTA APOSTÓLICA «MANE NOBISCUM DOMINE» DEL SUMO PONTÍFICE JUAN PABLO II AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA

OCTUBRE 2004–OCTUBRE 2005

INTRODUCCIÓN

1. «Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída» (cf. Lc 24,29). Ésta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo «ardía» su corazón (cf. *ibíd.* 32) mientras él les hablaba «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y «se les abrieron los ojos» (cf. *ibíd.* 31). Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría su espíritu al deseo de la plena luz. «Quédate con nosotros», suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el «pan partido», ante el cual se habían abierto sus ojos.

2. El icono de los discípulos de Emaús viene bien para orientar un Año en que la Iglesia estará dedicada especialmente a vivir el misterio de la Santísima Eucaristía. En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la luz de la Palabra se añade la que brota del «Pan de vida», con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de «estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf. Mt 28,20).

3. La «fracción del pan» —como al principio se llamaba a la Eucaristía— ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia. Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos el misterio de su muerte y resurrección. En ella se le recibe a Él en persona, como «pan vivo que ha bajado del cielo» (Jn 6,51), y con Él se nos da la prenda de la vida eterna, merced a la cual se degusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste. Varias veces, y recientemente en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, siguiendo la enseñanza de los Padres, de los Concilios Ecuménicos y también de mis Predecesores, he invitado a la Iglesia a reflexionar sobre la Eucaristía. Por tanto, en este documento no pretendo repetir las enseñanzas ya expuestas, a las que me remito para que se profundicen y asimilen. No obstante, he considerado que sería de gran

ayuda, precisamente para lograr este objetivo, un Año entero dedicado a este admirable Sacramento.

4. Como es sabido, el Año de la Eucaristía abarca desde octubre de 2004 a octubre de 2005. Dos acontecimientos me han brindado una ocasión propicia para esta iniciativa, y marcarán su comienzo y su final: el Congreso Eucarístico Internacional, en programa del 10 al 17 de octubre de 2004 en Guadalajara (México), y la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se tendrá en el Vaticano del 2 al 29 de octubre de 2005 sobre el tema «La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia». Otra consideración me ha inducido a dar este paso: durante este año se celebrará la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Colonia del 16 al 21 de agosto de 2005. La Eucaristía es el centro vital en torno al cual deseo que se reúnan los jóvenes para alimentar su fe y su entusiasmo. Ya desde hace tiempo pensaba en una iniciativa eucarística de este tipo. En efecto, la Eucaristía representa una etapa natural de la trayectoria pastoral que he marcado a la Iglesia, especialmente desde los años de preparación del Jubileo, y que he retomado en los años sucesivos.

5. En esta Carta apostólica me propongo subrayar la continuidad de dicha trayectoria, para que sea más fácil a todos comprender su alcance espiritual. Por lo que se refiere al desarrollo concreto del Año de la Eucaristía, cuento con la solicitud personal de los Pastores de las Iglesias particulares, a los cuales la devoción a tan gran Misterio inspirará diversas actividades. Además, mis Hermanos Obispos comprenderán fácilmente que esta iniciativa, al poco de concluir el Año del Rosario, se sitúa en un nivel espiritual tan profundo que en modo alguno interfiere en los programas pastorales de cada Iglesia. Más aún, puede iluminarlos con provecho, anclándolos, por así decir, en el Misterio que es la raíz y el secreto de la vida espiritual tanto de los fieles, como de toda iniciativa eclesial. Por tanto, no pretendo interrumpir el «camino» pastoral que está siguiendo cada Iglesia, sino acentuar en él la dimensión eucarística propia de toda la vida cristiana. Por mi parte, deseo ofrecer con esta Carta algunas orientaciones de fondo, confiando en que el Pueblo de Dios, en sus diferentes sectores, acoja mi propuesta con diligente docilidad y fervido amor.

I. EN LA LÍNEA DEL CONCILIO Y DEL JUBILEO

Con la mirada puesta en Cristo

6. Hace diez años, con la *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), tuve el gozo de indicar a la Iglesia el camino de preparación para el *Gran Jubileo del Año 2000*. Consideré que esta ocasión histórica se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así un panorama que, junto con perspectivas

alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba muy convencido —y lo estoy todavía, ¡más que nunca!— de trabajar «a largo plazo» para la humanidad.

En efecto, Cristo no sólo es el centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad. Todo se recapitula en Él (cf. *Ef* 1,10; *Col* 1,15-20). Hemos de recordar el vigor con el cual el Concilio Ecuménico Vaticano II, citando al Papa Pablo VI, afirmó que Cristo «es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones»^[1]. La enseñanza del Concilio profundizó en el conocimiento de la naturaleza de la Iglesia, abriendo el ánimo de los creyentes a una mejor comprensión, tanto de los misterios de la fe como de las realidades terrenas a la luz de Cristo. En Él, Verbo hecho carne, se revela no sólo el misterio de Dios, sino también el misterio del hombre mismo^[2]. En Él, el hombre encuentra redención y plenitud.

7. Al inicio de mi Pontificado, en la Encíclica *Redemptor hominis*, expuse ampliamente esta temática que he retomado en otras ocasiones. El Jubileo fue el momento propicio para llamar la atención de los creyentes sobre esta verdad fundamental. La preparación de aquel gran acontecimiento fue totalmente trinitaria y cristocéntrica. En dicho planteamiento no se podía olvidar la Eucaristía. Al disponernos hoy a celebrar un Año de la Eucaristía, me es grato recordar que ya en la *Tertio millennio adveniente* escribí: «El Dos mil será un año intensamente eucarístico: en el *sacramento de la Eucaristía* el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina»^[3]. El Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Roma concretó este aspecto del Gran Jubileo. Vale la pena recordar también que, en plena preparación del Jubileo, en la Carta apostólica *Dies Domini* propuse a la consideración de los creyentes el tema del «Domingo» como día del Señor resucitado y día especial de la Iglesia. Invité entonces a todos a redescubrir el corazón del domingo en la Celebración eucarística^[4].

Contemplar con María el rostro de Cristo

8. La herencia del Gran Jubileo se recogió en cierto modo en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este documento de carácter programático sugerí una perspectiva de compromiso pastoral basado en la contemplación del rostro de Cristo, en el marco de una pedagogía eclesial capaz de aspirar a un «alto grado» de santidad, al que se llega especialmente mediante el arte de la oración^[5]. Tampoco podía faltar en esta perspectiva el compromiso litúrgico y, de modo particular, *la atención a la vida eucarística*. Escribí entonces: «En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día

especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana»^[6]. En el contexto de la educación a la oración, invité también a cultivar la Liturgia de las Horas, con la que la Iglesia santifica el curso del día y la sucesión del tiempo en la articulación propia del año litúrgico.

9. Posteriormente, con la convocatoria del Año del Rosario y la publicación de la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, mediante la reiterada propuesta del Rosario, volví a proponer la contemplación del rostro de Cristo *desde la perspectiva mariana*. Efectivamente, esta oración tradicional, tan recomendada por el Magisterio y tan arraigada en el Pueblo de Dios, tiene un carácter marcadamente bíblico y evangélico, centrado sobre todo en el nombre y el rostro de Jesús, contemplando sus misterios y repitiendo las avemarías. Su ritmo repetitivo es *una especie de pedagogía del amor*, orientada a promover el mismo amor que María tiene por su Hijo. Por eso, madurando ulteriormente un itinerario multiseccular, he querido que esta forma privilegiada de contemplación completara su estructura de verdadero «compendio del Evangelio», integrando en ella los misterios de la luz^[7]. Y, ¿no corresponde a la Santísima Eucaristía estar en el vértice de los misterios de luz?

Del Año del Rosario al Año de la Eucaristía

10. Justo en el corazón del *Año del Rosario* promulgué la Encíclica *Eccelesia de Eucharistia*, en la cual ilustré el misterio de la Eucaristía en su relación inseparable y vital con la Iglesia. Exhorté a todos a celebrar el Sacrificio eucarístico con el esmero que se merece, dando a Jesús presente en la Eucaristía, incluso fuera de la Misa, un culto de adoración digno de un Misterio tan grande. Recordé sobre todo la exigencia de una espiritualidad eucarística, presentando el modelo de María como «mujer eucarística»^[8].

El Año de la Eucaristía tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de *culminación de todo el camino recorrido*. Podrían decirse muchas cosas para vivir bien este Año. Me limitaré a indicar algunas perspectivas que pueden ayudar a que todos adopten actitudes claras y fecundas.

II. LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE LUZ

«Les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24,27)

11. El relato de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos de Emaús nos ayuda a enfocar un primer aspecto del misterio eucarístico que nunca debe faltar en la devoción del Pueblo de Dios: *¡La Eucaristía misterio de luz!* ¿En qué sentido puede decirse esto y qué implica para la espiritualidad y la vida cristiana?

Jesús se presentó a sí mismo como la «luz del mundo» (Jn 8,12), y esta característica resulta evidente en aquellos momentos de su vida, como la Transfigu-

ración y la Resurrección, en los que resplandece claramente su gloria divina. En la Eucaristía, sin embargo, la gloria de Cristo está velada. El Sacramento eucarístico es un «*mysterium fidei*» por excelencia. Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina. En una feliz intuición, el célebre icono de la Trinidad de Rublëv pone la Eucaristía de manera significativa en el centro de la vida trinitaria.

12. La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos «mesas», la de la Palabra y la del Pan. Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de la dimensión propiamente eucarística: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6,55). Sabemos que esto fue lo que puso en crisis a gran parte de los oyentes, llevando a Pedro a hacerse portavoz de la fe de los otros Apóstoles y de la Iglesia de todos los tiempos: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). En la narración de los discípulos de Emaús Cristo mismo interviene para enseñar, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas», cómo «toda la Escritura» lleva al misterio de su persona (cf. Lc 24,27). Sus palabras hacen «arder» los corazones de los discípulos, los sacan de la oscuridad de la tristeza y desesperación y suscitan en ellos el deseo de permanecer con Él: «Quédate con nosotros, Señor» (cf. Lc 24,29).

13. Los Padres del Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, establecieron que la «mesa de la Palabra» abriera más ampliamente los tesoros de la Escritura a los fieles^[9]. Por eso permitieron que la Celebración litúrgica, especialmente las lecturas bíblicas, se hiciera en una lengua conocida por todos. Es Cristo mismo quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura^[10]. Al mismo tiempo, recomendaron encarecidamente la homilía como parte de la Liturgia misma, destinada a ilustrar la Palabra de Dios y actualizarla para la vida cristiana.^[11] Cuarenta años después del Concilio, el *Año de la Eucaristía* puede ser una buena ocasión para que las comunidades cristianas *hagan una revisión sobre este punto*. En efecto, no basta que los fragmentos bíblicos se proclamen en una lengua conocida si la proclamación no se hace con el cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine.

«Lo reconocieron al partir el pan» (Lc 24,35)

14. Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la «fracción del pan». Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos «hablan». La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente.

Como he subrayado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, es importante que no se olvide ningún aspecto de este Sacramento. En efecto, el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad *es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio*. «La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones»^[12].

15. No hay duda de que el aspecto más evidente de la Eucaristía es el de *banquete*. La Eucaristía nació la noche del Jueves Santo en el contexto de la cena pascual. Por tanto, conlleva en su estructura *el sentido del convite*: «Tomad, comed... Tomó luego una copa y... se la dio diciendo: Bebed de ella todos...» (Mt 26,26.27). Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

Sin embargo, no se puede olvidar que el banquete eucarístico tiene también un sentido profunda y primordialmente *sacrificial*^[13]. En él Cristo nos presenta *el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota*. Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Santa Misa es su «memorial», como nos recuerda la Liturgia con la aclamación después de la consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...». Al mismo tiempo, mientras actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia. Este aspecto «escatológico» da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza.

«Yo estoy con vosotros todos los días» (Mt 28,20)

16. Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: *el misterio de la presencia «real»*. Junto con toda la tradición de la Iglesia, nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente Jesús. Una presencia –como explicó muy claramente el Papa Pablo VI– que se llama «real» no por exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre^[14]. Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos –banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica– un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo.

Celebrar, adorar, contemplar

17. ¡Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser *celebrado bien*. Es necesario que la Santa Misa sea el centro de la vida cristiana y que en cada comunidad se haga lo posible por celebrarla decorosamente, según las normas establecidas, con la participación del pueblo, la colaboración de los diversos ministros en el ejercicio de las funciones previstas para ellos, y cuidando también el

aspecto sacro que debe caracterizar la *música litúrgica*. Un objetivo concreto de este *Año de la Eucaristía* podría ser estudiar a fondo en cada comunidad parroquial la *Ordenación General del Misal Romano*. El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los «signos» es seguir con fidelidad el proceso del año litúrgico. Los Pastores deben dedicarse a la *catequesis «mistagógica»*, tan valorada por los Padres de la Iglesia, la cual ayuda a descubrir el sentido de los gestos y palabras de la Liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio y a centrar en él toda su vida.

18. Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, *la conciencia viva de la presencia real de Cristo*, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse. A este respecto, las normas recuerdan –y yo mismo lo he recordado recientemente^[15]– el relieve que se debe dar a los momentos de silencio, tanto en la celebración como en la adoración eucarística. En una palabra, es necesario que la manera de tratar la Eucaristía por parte de los ministros y de los fieles exprese el máximo respeto^[16]. La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como *un polo de atracción* para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su corazón. «¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!» (Sal 33 [34],9).

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo. Profundicemos nuestra contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la Palabra de Dios y en la experiencia de tantos místicos antiguos y recientes. El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, que he recomendado en la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, hecha según la escuela de María y en su compañía^[17].

Que este año se viva con particular fervor la solemnidad del *Corpus Christi* con la tradicional procesión. Que la fe en Dios que, encarnándose, se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y particularmente por nuestras calles y en nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición.

III. LA EUCARISTÍA FUENTE Y EPIFANÍA DE COMUNIÓN

«Permaneced en mí, y yo en vosotros» (Jn 15,4)

19. Cuando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara «con» ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor. Mediante el sacramento de la Eucaristía encontró el modo de quedarse «en» ellos. Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. «Permaneced en mí, y yo en vosotros» (Jn 15,4). Esta relación de íntima y recíproca «permanencia» *nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra*.

¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el «hambre» de su Palabra (cf. *Am* 8,11), un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para «saciar» de Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo.

Un solo pan, un solo cuerpo

20. Pero la especial intimidad que se da en la «comunión» eucarística no puede comprenderse adecuadamente ni experimentarse plenamente fuera de la comunión eclesial. Esto lo he subrayado repetidamente en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. La Iglesia es el cuerpo de Cristo: se camina «con Cristo» en la medida en que se está en relación «con su cuerpo». Para crear y fomentar esta unidad Cristo envía el Espíritu Santo. Y Él mismo la promueve mediante su presencia eucarística. En efecto, es precisamente el único Pan eucarístico el que nos hace un solo cuerpo. El apóstol Pablo lo afirma: «Un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (*I Co* 10,17). En el misterio eucarístico Jesús edifica la Iglesia como comunión, según el supremo modelo expresado en la *oración sacerdotal*: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn* 17,21).

21. La Eucaristía es fuente de la unidad eclesial y, a la vez, su máxima *manifestación*. La Eucaristía es *epifanía de comunión*. Por ello la Iglesia establece ciertas condiciones para poder participar de manera plena en la Celebración eucarística^[18]. Son exigencias que deben hacernos tomar conciencia cada vez más clara de *cuán exigente es la comunión que Jesús nos pide*. Es comunión *jerárquica*, basada en la conciencia de las distintas funciones y ministerios, recordada también continuamente en la plegaria eucarística al mencionar al Papa y al Obispo diocesano. Es comunión *fraterna*, cultivada por una «espiritualidad de comunión» que nos mueve a sentimientos recíprocos de apertura, afecto, comprensión y perdón^[19].

«Un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32)

22. En cada Santa Misa nos sentimos interpelados por el ideal de comunión que el libro de los Hechos de los Apóstoles presenta como modelo para la Iglesia de todos los tiempos. La Iglesia congregada alrededor de los Apóstoles, convocada por la Palabra de Dios, es capaz de compartir no sólo lo que concierne los bienes espirituales, sino también los bienes materiales (cf. *Hch* 2,42- 47; 4,32-35). En este *Año de la Eucaristía* el Señor nos invita a acercarnos lo más posible a este ideal. Que se vivan con particular intensidad los momentos ya sugeridos por la liturgia para la «Misa estacional», que el Obispo celebra en la catedral con sus presbíteros y diáconos, y con la participación de todo el Pueblo de Dios. Ésta es la principal «manifestación» de la Iglesia^[20]. Pero será bueno promover *otras ocasiones significativas* también en las parroquias, para que se acreciente el sentido de la comunión, encontrando en la Celebración eucarística un renovado fervor.

El Día del Señor

23. Es de desear vivamente que en este año se haga un especial esfuerzo por redescubrir y vivir plenamente el Domingo como día del Señor y día de la Iglesia. Sería motivo de satisfacción si se meditase de nuevo lo que ya escribí en la Carta apostólica *Dies Domini*. «En efecto, precisamente en la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. *Jn* 20,19). En aquel pequeño núcleo de discípulos, primicia de la Iglesia, estaba en cierto modo presente el Pueblo de Dios de todos los tiempos»^[21].

Que los sacerdotes en su trabajo pastoral presten, durante este año de gracia, *una atención todavía mayor a la Misa dominical*, como celebración en la que los fieles de una parroquia se reúnen en comunidad, constatando cómo participan también ordinariamente los diversos grupos, movimientos y asociaciones presentes en la parroquia.

IV. LA EUCARISTÍA, PRINCIPIO Y PROYECTO DE «MISIÓN» **«Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén» (Lc 24,33)**

24. Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, «se levantaron al momento» (Lc 24,33) para ir a comunicar lo que habían visto y oído. Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano *la exigencia de evangelizar y dar testimonio*. Lo subrayé precisamente en la *homilía* en que anuncié el *Año de la Eucaristía*, refiriéndome a las palabras de Pablo: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamareis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (1Co 11,26). El Apóstol relaciona íntimamente el banquete y el anuncio: entrar en comunión con Cristo en el memorial de la Pascua significa experimentar al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado en el rito^[22]. La despedida al finalizar la Misa es como *una consigna* que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.

25. La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su *proyecto*. En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita. ¿Por qué no ver en esto la *consigna especial* que podría surgir del *Año de la Eucaristía*?

Acción de gracias

26. Un elemento fundamental de este «proyecto» aparece ya en el sentido mismo de la palabra «eucaristía»: acción de gracias. En Jesús, en su sacrificio, en su «sí»

incondicional a la voluntad del Padre, está el «sí», el «gracias», el «amén» de toda la humanidad. La Iglesia está llamada a recordar a los hombres esta gran verdad. Es urgente hacerlo sobre todo en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre. Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive —en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida—, significa, además, testimoniar que *la realidad humana no se justifica sin referirla al Creador*: «Sin el Creador la criatura se diluye»^[23]. Esta referencia trascendente, que nos obliga a un continuo «dar gracias» —justamente a una actitud eucarística— por lo todo lo que tenemos y somos, no perjudica la legítima autonomía de las realidades terrenas^[24] sino que la sitúa en su auténtico fundamento, marcando al mismo tiempo sus propios límites.

En este *Año de la Eucaristía* los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta. La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con ocasión del Jubileo, esto no se debe a las «raíces cristianas», sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces. Quien aprende a decir «gracias» como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador.

El camino de la solidaridad

27. La Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad. En la celebración eucarística la Iglesia renueva continuamente su conciencia de ser «signo e instrumento» no sólo de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano^[25]. La Misa, aun cuando se celebre de manera oculta o en lugares recónditos de la tierra, tiene siempre un carácter de universalidad. El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida. La imagen lacerante de nuestro mundo, que ha comenzado el nuevo Milenio con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como *una gran escuela de paz*, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión.

Al servicio de los últimos

28. Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de*

una sociedad más equitativa y fraterna. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el «lavatorio de los pies» (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. 1 Co 11,17-22.27-34).

¿Por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobreza de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.

CONCLUSIÓN

29.O Sacrum Convivium, in quo Christus sumitur! El *Año de la Eucaristía* nace de la conmoción de la Iglesia ante este gran Misterio. Una conmoción que me embarga continuamente. De ella surgió la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Considero como una grande gracia del vigésimo séptimo año de ministerio petrino que estoy a punto de iniciar, el poder invitar ahora a toda la Iglesia a contemplar, alabar y adorar de manera especial este inefable Sacramento. Que el *Año de la Eucaristía* sea para todos una excelente ocasión para tomar conciencia del tesoro incomparable que Cristo ha confiado a su Iglesia. Que sea estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor.

En esta perspectiva se podrán realizar muchas iniciativas, según el criterio de los Pastores de las Iglesias particulares. A este respecto, la *Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos* ofrecerá propuestas y sugerencias útiles. Pero no pido que se hagan cosas extraordinarias, sino que todas las iniciativas se orienten a una mayor interioridad. Aunque el fruto de este Año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas *la celebración de la Misa dominical* e incrementar *la adoración eucarística fuera de la Misa*, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo. No obstante, es bueno apuntar hacia arriba, sin conformarse con medidas mediocres, porque sabemos que podemos contar siempre con la ayuda Dios.

30. A vosotros, queridos *Hermanos en el Episcopado*, os confío este Año, con la seguridad de que acogeréis mi invitación con todo vuestro ardor apostólico.

Vosotros, *sacerdotes*, que repetís cada día las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que se realiza en vuestras manos, dejasos interpelar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez, y haciendo oración frecuentemente ante el Sagrario.

Que sea un Año de gracia para vosotros, *diáconos*, entregados al ministerio de la Palabra y al servicio del Altar. También vosotros, *lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión*, tomad conciencia viva del don recibido con las funciones que se os han confiado para una celebración digna de la Eucaristía.

Me dirijo el particular a vosotros, *futuros sacerdotes*: en la vida del Seminario tratad de experimentar la delicia, no sólo de participar cada día en la Santa Misa, sino también de dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía.

Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida.

Todos vosotros, *fieles*, descubrid nuevamente el don de la Eucaristía como luz y fuerza para vuestra vida cotidiana en el mundo, en el ejercicio de la respectiva profesión y en las más diversas situaciones. Descubridlo sobre todo para vivir plenamente la belleza y la misión de la *familia*.

En fin, espero mucho de vosotros, *jóvenes*, y os renuevo la cita en Colonia para la *Jornada Mundial de la Juventud*. El tema elegido —«Venimos a adorarlo» (*Mt* 2,2)— es particularmente adecuado para sugeriros la actitud apropiada para vivir este año eucarístico. Llevad al encuentro con Jesús oculto bajo las especies eucarísticas todo el entusiasmo de vuestra edad, de vuestra esperanza, de vuestra capacidad de amar.

31. Tenemos ante nuestros ojos los ejemplos de los Santos, que han encontrado en la Eucaristía el alimento para su camino de perfección. Cuántas veces han derramado lágrimas de conmoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo «nupcial» ante el Sacramento del altar. Que nos ayude sobre todo la Santísima Virgen, que encarnó con toda su existencia la lógica de la Eucaristía. «La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio». \l «_ftn26#_ftn26» \o «» [26] El Pan eucarístico que recibimos es la carne inmaculada del Hijo: «*Ave verum corpus natum de Maria Virgine*». Que en este Año de gracia, con la ayuda de María, la Iglesia reciba un nuevo impulso para su misión y reconozca cada vez más en la Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su vida.

Que llegue a todos, como portadora de gracia y gozo, mi Bendición.

Vaticano, 7 de octubre, memoria de Nuestra Señora del Rosario, del año 2004, vigésimo sexto de Pontificado.

NOTAS

- [1] Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 45.
- [2] Cf. *ibid.*, 22.
- [3] N. 55: AAS 87 (1995), 38.
- [4] Cf. n.32-34: AAS 90 (1998), 732-734.
- [5] Cf. n.30-32: AAS 93 (2001), 287-289.
- [6] *Ibid.*, 35: *I.c.*, 290-291.
- [7] Cf. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), 19.21: AAS 95 (2003), 18-20.
- [8] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.
- [9] Cf. n.51.
- [10] Cf. *ibid.*, 7.
- [11] Cf. *ibid.*, 52.
- [12] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 10: AAS 95 (2003), 439.
- [13] Cf. *ibid.*; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004), 38: *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 7.
- [14] Cf. Enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965), 39: AAS 57 (1965), 764; S. Congregación de Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, sobre el culto del misterio eucarístico (25 mayo 1967), 9: AAS 59 (1967), 547.
- [15] Cf. Mensaje *Spiritus et Sponsa*, en el XL aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia (4 diciembre 2003), 13: AAS 96 (2004), 425.
- [16] Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004): *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 5-15.
- [17] Cf. *ibid.* 137: *I.c.*, p.11.
- [18] Cf. Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 44: AAS 95 (2003), 462; *Código de Derecho Canónico*, can. 908; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 702; Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directorium Oecumenicum* (25 marzo 1993), 122-125, 129-131: AAS 85 (1993), 1086-1089; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Ad esequendam* (18 mayo 2001): AAS 93 (2001), 786.
- [19] Cf. Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43: AAS 93 (2001), 297.
- [20] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 41.
- [21] N. 33: AAS 90 (1998), 733.
- [22] Cf. *Homilía en la solemnidad del «Corpus Christi»* (10 junio 2004), 1: *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 18 junio 2004, p.3.
- [23] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.
- [24] Cf. *ibid.*
- [25] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.
- [26] Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.

DISCURSO DEL PAPA JUAN PABLO II EN CONEXIÓN TELEVISIVA POR SATÉLITE A LOS SACERDOTES REUNIDOS EN MALTA

Jueves 21 de octubre de 2004

*Señor cardenal;
venerados hermanos en el episcopado;
amadísimos sacerdotes:*

1. De buen grado me uno idealmente a vosotros, que habéis acudido a Malta para participar en un significativo encuentro espiritual. Os saludo con afecto y, a través de vosotros, saludo a las comunidades de las que provenís. Os habéis reunido en Malta, isla que conserva la memoria viva del paso de san Pablo. Conquistado por Jesús, se convirtió en humilde y valiente servidor del Evangelio hasta afirmar con vigor: “Estoy crucificado con Cristo: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga 2, 20*).

2. Todo sacerdote, llamado por la Providencia divina a ayudar a los hombres y a las mujeres, a los jóvenes y a los adultos a seguir las huellas del Maestro divino, puede reconocer en estas palabras de san Pablo su programa. La Iglesia necesita presbíteros santos, que sean a su vez “forjadores de santos para el nuevo milenio”.

Queridos hermanos, el Señor os invita a ser sus apóstoles ante todo *con la santidad de vuestra vida*. A vosotros os corresponde hacer que en todo lugar resuene la fuerza de la palabra de verdad del Evangelio, la única que puede cambiar a fondo el corazón del ser humano y darle la paz.

3. Queridos sacerdotes, si os dejáis conquistar por Cristo como el apóstol san Pablo, también vosotros seréis capaces de proclamar por los caminos del mundo *la infinita misericordia del Padre celestial*, “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (*1 Tm 2, 4*). Así llegaréis a ser maestros creíbles de vida evangélica y profetas de esperanza.

En un mundo inquieto y dividido, marcado por la violencia y los conflictos, hay quien se pregunta si aún es posible hablar de esperanza. Pero precisamente en este momento es indispensable presentar con valentía *la verdadera y plena esperanza del hombre*, que es Cristo nuestro Señor.

4. El modelo celestial en el que debéis inspiraros sigue siendo siempre la Virgen María. Al ángel Gabriel la humilde muchacha de Nazaret le manifestó su plena disponibilidad a cumplir la voluntad divina: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (*Lc 1, 38*).

Confirmó después el *fiat* inicial en cada momento de su vida hasta el Calvario, donde Jesús poco antes de morir la encomendó a Juan: “Ahí tienes a tu madre” (*Jn*

19, 27). Desde aquel día María se convirtió en la madre de todos los creyentes; de modo especial en vuestra madre, queridos sacerdotes, para acompañaros cada día a lo largo del camino.

5. Recurrid constantemente a ella en vuestro ministerio. La Virgen os ayudará a presentar a los niños y a los jóvenes, a las familias y a los enfermos, a los empresarios y a los obreros, a los intelectuales y a los políticos, en otras palabras, a toda la humanidad, el fruto bendito de su vientre, el Redentor crucificado y resucitado. Ojalá que todos lo acojan, lo amen y le sean fieles hasta el final de su existencia.

A todos imparto con afecto mi bendición.

CELEBRACIÓN DE LA SANTA MISA, ADORACIÓN Y BENDICIÓN EUCARÍSTICA CON OCASIÓN DEL COMIENZO DEL AÑO DE LA EUCARISTÍA

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

*Altar de la Confesión de la Basílica de San Pedro
Domingo 17 de octubre de 2004*

1. “Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Reunidos ante la Eucaristía, experimentamos con particular intensidad en este momento la verdad de la promesa de Cristo: ¡*Él está con nosotros!*

Os saludo a todos los que estáis en Guadalajara para participar en la conclusión del Congreso Eucarístico Internacional. En particular, al Cardenal Jozef Tomko, Legado mío, al Cardenal Juan Sandoval Íñiguez, Arzobispo de Guadalajara, a los Señores Cardenales, Arzobispos, Obispos y Sacerdotes de México y de otros muchos Países que están presentes.

Saludo también a todos los fieles de Guadalajara, de México y de otras partes del mundo, unidos a nosotros en la adoración del Misterio eucarístico.

2. La conexión televisiva entre la Basílica de San Pedro, corazón de la cristiandad, y Guadalajara, sede del Congreso, es como *un puente tendido entre los continentes* y hace que nuestro encuentro de oración sea como una “*Statio Orbis*” ideal, a la cual

se unen los creyentes de todo el orbe. El punto de encuentro es Jesús mismo, realmente presente en la Santísima Eucaristía con su misterio de muerte y resurrección, en el cual se unen el cielo y la tierra, y se encuentran los pueblos y culturas diversas. Cristo es “nuestra paz, haciendo de los dos un sólo pueblo” (*Ef* 2,14).

3. “*La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio*”. El tema del Congreso nos invita a considerar el Misterio eucarístico, no sólo en sí mismo, sino también en relación a los problemas de nuestro tiempo.

¡*Misterio de luz!* De luz tiene necesidad el corazón del hombre, oprimido por el pecado, a veces desorientado y cansado, probado por sufrimientos de todo tipo. El mundo tiene necesidad de luz, en la búsqueda difícil de una paz que parece lejana al comienzo de un milenio perturbado y humillado por la violencia, el terrorismo y la guerra.

¡*La Eucaristía es luz!* En la Palabra de Dios constantemente proclamada, en el pan y en el vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, *es precisamente Él, el Señor Resucitado*, quien abre la mente y el corazón y se deja reconocer, como sucedió a los dos discípulos de Emaús “al partir el pan” (cf *Lc* 24,25). En este gesto convivial revivimos el sacrificio de la Cruz, experimentamos el amor infinito de Dios y sentimos la llamada a difundir la luz de Cristo entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

4. ¡*Misterio de vida!* ¿Qué aspiración puede ser más grande que la vida? Y sin embargo sobre este anhelo humano universal se ciernen *sombras amenazadoras*: la sombra de una cultura que niega el respeto de la vida en cada una de sus fases; la sombra de una indiferencia que condena a tantas personas a un destino de hambre y subdesarrollo; la sombra de una búsqueda científica que a veces está al servicio del egoísmo del más fuerte.

Queridos hermanos y hermanas: debemos sentirnos interpelados por las necesidades de tantos hermanos. No podemos cerrar el corazón a sus peticiones de ayuda. Y tampoco podemos olvidar que “no sólo de pan vive el hombre” (cf *Mt* 4,4). Necesitamos el “pan vivo bajado del cielo” (*Jn* 6,51). Este pan es Jesús. Alimentarnos de él significa recibir la vida misma de Dios (cf. *Jn* 10,10), abriéndonos a la lógica del amor y del compartir.

5. He querido que este Año estuviera *dedicado particularmente a la Eucaristía*. En realidad, todos los días, y especialmente el domingo, día de la resurrección de Cristo, la Iglesia vive de este misterio. Pero en este *Año de la Eucaristía* se invita a la comunidad cristiana a tomar conciencia más viva del mismo con una celebración más sentida, con una adoración prolongada y fervorosa, con un mayor compromiso de fraternidad y de servicio a los más necesitados. La Eucaristía es fuente y epifanía de *comunión*. Es principio y proyecto de *misión* (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. III y IV).

Siguiendo el ejemplo de María, “mujer eucarística” (*Ecclesia de Eucharistia*, cap. VI), la comunidad cristiana ha de vivir de este misterio. Consolidada por el “pan de vida eterna”, ha de ser presencia de luz y de vida, fermento de evangelización y de solidaridad.

6. *Mane nobiscum, Domine!* Como los dos discípulos del Evangelio, te imploramos, Señor Jesús: *quédate con nosotros!*

Tú, divino Caminante, experto de nuestras calzadas y conocedor de nuestro corazón, no nos dejes prisioneros de las sombras de la noche.

Ampáranos en el cansancio, perdona nuestros pecados, orienta nuestros pasos por la vía del bien.

Bendice a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a las familias y particularmente a los enfermos. Bendice a los sacerdotes y a las personas consagradas. Bendice a toda la humanidad.

En la Eucaristía te has hecho “remedio de inmortalidad”: danos el gusto de una vida plena, que nos ayude a caminar sobre esta tierra como peregrinos seguros y alegres, mirando siempre hacia la meta de la vida sin fin.

Quédate con nosotros, Señor! Quédate con nosotros! Amén.

* * * *

Al final de la homilía, Juan Pablo II pronunció las siguientes palabras:

Tengo ahora el gozo de comunicar que el *próximo Congreso Eucarístico Internacional se celebrará en Québec en el año dos mil ocho.*

Que este anuncio suscite en los fieles un fuerte empeño e vivir más intensamente el presente *Año de la Eucaristía.*

DISCURSO DEL PAPA JUAN PABLO II A LOS MIEMBROS DE LA COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL

Jueves 7 de octubre de 2004

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado; reverendos e ilustres profesores:

1. Con la sesión plenaria que se está celebrando durante estos días iniciáis los trabajos de un nuevo “quinquenio” de la Comisión teológica internacional, el séptimo desde su fundación. Me es muy grato recibirlos en esta ocasión, en el momento en que comenzáis un período de reflexión teológica, que deseo sea fecundo para el bien de toda la Iglesia. Saludo especialmente al presidente de la Comisión, el señor cardenal Joseph Ratzinger, al que agradezco profundamente los sentimientos expresados en su discurso de saludo.

2. Los temas elegidos para el estudio de la Comisión durante los próximos años son del máximo interés. Ante todo, la cuestión del destino de los niños que mueren sin el bautismo. No se trata simplemente de un problema teológico aislado. Muchos otros temas fundamentales se entrelazan íntimamente con este: la voluntad salvífica universal de Dios, la mediación única y universal de Jesucristo, el papel de la Iglesia, sacramento universal de salvación, la teología de los sacramentos, el sentido de la doctrina sobre el pecado original... Os corresponde a vosotros escrutar el *nexus* entre todos estos misterios, con vistas a ofrecer una síntesis teológica que pueda servir de ayuda para una praxis pastoral más coherente e iluminada.

3. No es de menor importancia el segundo tema, el de la ley moral natural. Como sabéis, ya hablé sobre este argumento en las cartas encíclicas *Veritatis splendor* y *Fides et ratio*. Ha sido siempre una convicción de la Iglesia que Dios ha dado al hombre la capacidad de llegar con la luz de su razón al conocimiento de verdades fundamentales sobre su vida y su destino y, en concreto, sobre las normas de su recto obrar. Subrayar ante nuestros contemporáneos esta posibilidad es de gran importancia para el diálogo con todos los hombres de buena voluntad y para la convivencia en los niveles más diversos sobre una base ética común. La revelación cristiana no hace inútil esta búsqueda, antes bien, nos impulsa a ella iluminando su camino con la luz de Cristo, en quien todo tiene consistencia (cf. *Col 1, 17*).

Vuestra experiencia en varios países de la tierra y vuestro conocimiento de los problemas teológicos os ayudarán a hacer vuestra reflexión concreta y orgánica.

4. Encomiendo a la intercesión de María santísima vuestros trabajos, pidiendo al Señor que vuestra sesión plenaria esté animada por un intenso espíritu de oración y de comunión fraterna, bajo la luz de la Sabiduría que viene de lo alto.

Al expresaros mi confianza, os exhorto a perseverar en la reflexión sobre los temas indicados y os acompaño con mi bendición.

MISA DE BEATIFICACIÓN DE CINCO SIERVOS DE DIOS

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Plaza de San Pedro. Domingo 3 de octubre de 2004

1. "*Verbum Domini manet in aeternum*", "*La palabra del Señor permanece eternamente*". La exclamación del Aleluya nos remite a los fundamentos mismos de nuestra fe. Ante el devenir del tiempo y los continuos cambios de la historia, la revelación que Dios nos ha ofrecido en Cristo permanece estable para siempre y abre sobre nuestro camino terreno un horizonte de eternidad. Es lo que experimentaron de modo singular los cinco nuevos beatos: Pierre Vigne, Joseph-Marie Cassant, Anna Katharina Emmerick, María Ludovica De Angelis y Carlos de Austria. Se dejaron guiar por la palabra de Dios como por un faro luminoso y seguro, que jamás dejó de iluminar su camino.

2. Contemplando a Cristo presente en la Eucaristía y la pasión salvífica, el padre *Pierre Vigne* se convirtió en un verdadero discípulo y un misionero fiel a la Iglesia. Que su ejemplo infunda en los fieles el deseo de obtener del amor a la Eucaristía y de la adoración al santísimo Sacramento la audacia para la misión. Pidámosle que toque el corazón de los jóvenes para que, si son llamados por Dios, acepten consagrarse totalmente a él en el sacerdocio o en la vida religiosa. Que la Iglesia en Francia encuentre en el padre Vigne un modelo, para que surjan de nuevo sembradores del Evangelio.

3. El monje *Joseph-Marie* puso siempre su confianza en Dios, en la contemplación del misterio de la Pasión y en la unión con Cristo presente en la Eucaristía. Así se impregnaba del amor de Dios, abandonándose a él, "la única felicidad de la tierra", y desapegándose de los bienes del mundo en el silencio de la trapa. En medio de las pruebas, con la mirada fija en Cristo, ofrecía sus sufrimientos al Señor por la Iglesia. Ojalá que nuestros contemporáneos, en especial los contemplativos y los enfermos, siguiendo su ejemplo, descubran el misterio de la oración, que eleva el mundo a Dios y da fuerza en las pruebas.

4. "Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio" (2 *Tm* 1, 7). Estas palabras de san Pablo nos invitan a colaborar en la construcción del reino de Dios, desde la perspectiva de la fe. Bien se pueden aplicar a la vida de la beata *Ludovica de Angelis*, cuya existencia estuvo consagrada totalmente a la gloria de Dios y al servicio de sus semejantes.

En su figura destacan un corazón de madre, sus cualidades de líder y la audacia propia de los santos. Con los niños enfermos tuvo un amor concreto y generoso, afrontando sacrificios para aliviarlos; con sus colaboradores en el hospital de La Plata fue modelo de alegría y responsabilidad, creando un ambiente de familia; para sus hermanas de comunidad fue un auténtico ejemplo como Hija de Nuestra Señora de la Misericordia. En todo estuvo sostenida por la oración, haciendo de su vida una comunicación continua con el Señor.

5. La beata *Anna Katharina Emmerick* contempló “la dolorosa pasión de nuestro Señor Jesucristo” y la experimentó en su cuerpo. El hecho de que la hija de pobres campesinos, que buscó con empeño la cercanía de Dios, se convirtiera en la conocida “mística de Münster” es obra de la gracia divina. En medio de su pobreza material poseía una *profunda vida interior*. Como nos impresiona su paciencia para soportar la debilidad corporal, así también nos impresiona la *fuerza de carácter* de la nueva beata y su *solidez en la fe*.

Para ello sacaba la fuerza de la santísima Eucaristía. Su ejemplo abrió los corazones de pobres y ricos, de personas sencillas e instruidas, con vistas a una entrega amorosa a Jesucristo. Aún hoy transmite a todos el mensaje salvífico: *Con las llagas de Cristo hemos sido curados* (cf. *1 P 2, 24*).

6. La tarea fundamental del cristiano consiste en buscar en todo la voluntad de Dios, descubrirla y cumplirla. *Carlos de Austria, jefe de Estado y cristiano*, afrontó diariamente este desafío. Era *amigo de la paz*. A sus ojos la guerra era “algo horrible”. Asumió el gobierno en medio de la tormenta de la primera guerra mundial, y se esforzó por promover las iniciativas de paz de mi predecesor Benedicto XV.

Desde el principio, el emperador Carlos concibió su cargo de soberano como un servicio santo a su pueblo. Su principal aspiración fue *seguir la vocación del cristiano a la santidad también en su actividad política*. Por eso, para él era importante la asistencia social. Que sea un modelo para todos nosotros, particularmente para aquellos que hoy tienen la responsabilidad política en Europa.

7. Juntamente con toda la Iglesia, alabamos y damos gracias al Señor por las maravillas que realizó en estos siervos buenos y fieles del Evangelio. María santísima, a quien durante este mes de octubre invocamos de modo particular con la oración del rosario, nos ayude a convertirnos también nosotros en apóstoles generosos y valientes del Evangelio. Amén.

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PEREGRINOS QUE PARTICIPARON EN LA BEATIFICACIÓN

Lunes 4 de octubre de 2004

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Me alegra encontrarme de nuevo con vosotros al día siguiente de la solemne liturgia de beatificación. Queremos reflexionar juntos una vez más sobre la actualidad del mensaje y de la espiritualidad de estos cinco nuevos beatos.

2. La vida de los beatos Pierre Vigne y Joseph-Marie Cassant nos exhorta a dirigirnos amorosamente al Señor Jesús, Cabeza de la Iglesia, presente en el

sacramento de la Eucaristía. Ambos contemplaron durante mucho tiempo este misterio en el silencio de la oración y encontraron en este alimento espiritual el deseo de seguir a Cristo así como la gracia de la conversión. Ojalá que su ejemplo y su intercesión ayuden a las comunidades cristianas de hoy a poner la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida de la Iglesia, en el centro de su existencia. Que ella suscite el impulso misionero que el mundo necesita para escuchar la buena nueva.

3. La existencia de la madre Ludovica De Angelis estuvo consagrada a la gloria de Dios y al servicio de los hermanos. Los largos años pasados en el Hospital de niños de La Plata -centro que hoy lleva su nombre- tuvieron como programa: “Hacer el bien a todos, no importa a quién”. En esta tarea se desvivió por atender a los niños enfermos, trabajando con competencia con el personal sanitario y siendo como superiora de la comunidad ejemplar para sus hermanas. Su vida fue un continuo camino hacia la santidad, presentándose a nuestra consideración como intercesora y testimonio de caridad.

4. La “mística de Münster”, en profunda compenetración con el Redentor sufriente, cumplió la misión del Apóstol de completar lo que aún falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *Col 1, 24*). Que, por intercesión de la beata Anna Katharina, el Señor abra vuestro corazón a las necesidades interiores y exteriores del prójimo. Que el ejemplo de la beata refuerce en todos la virtud de la paciencia y el espíritu de sacrificio.

Carlos de Austria quiso cumplir siempre la voluntad de Dios. La fe fue para él el criterio en su responsabilidad como soberano y padre de familia. Siguiendo su ejemplo, que la fe en Dios marque también la orientación de vuestra vida. Que los nuevos beatos os acompañen en vuestra peregrinación hacia la patria celestial.

5. Me alegra saludar a los obispos y a los representantes de las autoridades civiles, así como a los hermanos trapenses, a las Hermanas del Santísimo Sacramento, y a todos los peregrinos de lengua francesa presentes esta mañana. Que los nuevos beatos os ayuden a dar siempre gracias a Dios.

Saludo a los obispos, sacerdotes y fieles, y con especial afecto a las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, que participan en esta audiencia. Encomiendo a todos a la intercesión de los nuevos beatos.

Dirijo un saludo cordial a los obispos, a los sacerdotes y a los religiosos, así como a los numerosos fieles de los países de lengua alemana. Dios os conserve en su gracia.

Amadísimos hermanos y hermanas, invocando la celestial intercesión de la Virgen María y de los nuevos beatos, os bendigo de corazón juntamente con vuestras comunidades de procedencia y con vuestros seres queridos.

IGLESIA UNIVERSAL

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS

AÑO DE LA EUCHARISTÍA. SUGERENCIAS Y PROPUESTAS

INTRODUCCIÓN

A sólo un año de la conclusión del Año del Rosario, surge una nueva iniciativa del Santo Padre: El Año de la Eucaristía (octubre de 2004 - octubre de 2005). Las dos iniciativas están en la misma línea. Se colocan, de hecho, en el marco de la orientación pastoral que el Papa ha dado a toda la Iglesia con la Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte, colocando en el centro del empeño eclesial la contemplación del rostro de Cristo en la línea del Concilio Vaticano II y del Gran Jubileo (cf. Mane nobiscum Domine, cap. I).

En efecto, con la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, el Papa nos ha invitado a contemplar a Cristo a través de los ojos y del corazón de María. Ha llegado después la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, que nos ha conducido a aquello que es la «fuente» y «culmen» de toda la vida cristiana, invitándonos a un renovado fervor en la celebración y en la adoración de la Eucaristía. En conexión con la Encíclica, la Instrucción *Redemptionis Sacramentum* ha recordado el deber de todos de asegurar una liturgia eucarística digna de tan gran Misterio.

Ahora, el Año de la Eucaristía introducido y orientado por la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine* (7 octubre de 2004), nos brinda una importante ocasión pastoral para que toda la comunidad cristiana sea posteriormente sensibilizada a hacer de este admirable Sacrificio y Sacramento, el corazón de su vida.

Para el desarrollo de este Año, el Santo Padre ha dejado la iniciativa a las Iglesias particulares. Ha pedido también a la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos que ofrezca «sugerencias y propuestas» (cf. *Mane nobiscum Domine*, 29), que pudieran ser útiles para quienes, como pastores y agentes de pastoral a cualquier nivel, serán llamados a dar su contribución.

De aquí el carácter de este subsidio. No pretende ser exhaustivo, sino que se limita a dar, con un carácter esencial, sugerencias de acción. A veces simplemente se mencionan ámbitos y temas que no deben ser olvidados. Un capítulo con líneas de «espiritualidad» eucarística se espera que pueda ser útil, al menos como estímulo, en el marco de las iniciativas de catequesis y formación. Es importante pues, que la Eucaristía sea acogida no solamente en los aspectos de la celebración, sino también como proyecto de vida, como fundamento de una auténtica «espiritualidad eucarística».

Mientras agradecemos al Santo Padre por este otro «regalo», confiamos el éxito de este Año a la intercesión de la Madre de Dios. En su escuela de «mujer eucarística» se reaviva el «asombro» frente al Misterio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, y toda la Iglesia viva de ella con ardor creciente.

SUMARIO*1. Marco de referencia*

La fe en la Eucaristía

La celebración de la Eucaristía y el culto eucarístico fuera de la Misa

La espiritualidad eucarística

María: icono de la Iglesia “eucarística”

Los santos, testimonio de vida eucarística

2. Contextos culturales

Domingo

Vigilia pascual y comunión pascual

Jueves Santo

Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Celebración eucarística y Liturgia de las Horas

Adoración eucarística

Procesiones eucarísticas

Congresos eucarísticos

3. Líneas de espiritualidad eucarística

Escucha de la Palabra

Conversión

Memoria

Sacrificio

Acción de gracias

Presencia de Cristo

Comunión y caridad

Silencio

Adoración

Gozo

Misión

4. Iniciativas y obligaciones pastorales

Conferencias episcopales

Diócesis

Parroquias

Santuarios

Monasterios, Comunidades Religiosas, Institutos

Seminarios y Casas de formación

Asociaciones, Movimientos, Confraternidades

5. Itinerarios culturales

Investigación histórica

Edificios, monumentos, bibliotecas

Arte, música sacra, literatura

CONCLUSIÓN

DOCUMENTOS CITADOS Y ABREVIACIONES***Concilio Ecuménico Vaticano II***

Constitución Sacrosanctum Concilium (= SC).

Constitución Lumen Gentium.

Constitución Dei Verbum.

Libros litúrgicos

Missale Romanum, Institutio generalis Missalis Romani, *Ed. typica tertia, Typis Vaticanis 2002* (= IGMR).

Missale Romanum, Ordo Lectionum Missae, *Ed. typica altera, Libreria Ed. Vaticana 1981*.

Rituale Romanum, De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam, *Ed. typica, Typis Polyglottis Vaticanis, reimpressio emendata 1974* (= De sacra communione).

Caeremoniale Episcoporum, *Ed. typica, Libreria Editrice Vaticana 1984*.

Rituale Romanum, De Benedictionibus, *Ed. typica, Typis Polyglottis Vaticanis 1985*.

Liturgia Horarum, Institutio generalis de Liturgia Horarum, *Ed. typica altera, Libreria Ed. Vaticana 1985* (= IGLH).

Ordo initiationis christianae adultorum, *Ed. typica, Typis Polyglottis Vaticanis 1972*.

Collectio Missarum de Beata Maria Virgine, *Ed. typica, Libreria Editrice Vaticana 1987*.

Ordo coronandi imaginem B. Mariae Virginis, *Ed. typica, Typis Polyglottis Vaticanis 1981*.

Documentos de Juan Pablo II

Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia (17 de abril de 2003).

Carta Apostólica Mane nobiscum Domine (7 de octubre de 2004).

Carta Apostólica Dies Domini (31 de mayo de 1998).

Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte (6 de enero de 2001).

Carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae (16 de octubre de 2002).

Carta Apostólica Spiritus et Sponsa (4 de diciembre de 2003).

Quirógrafo para el centenario del Motu Proprio “Tra le sollecitudini” sobre la música sacra (22 de noviembre de 2003).

Exhortación Apostólica postsinodal Vita consecrata (25 de marzo de 1996).

Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2004.

Otros documentos

Pablo VI, Carta Encíclica Mysterium fidei (3 de septiembre de 1965).

Pablo VI, Exhortación Apostólica Gaudete in Domino (9 de mayo de 1975).

Código de Derecho Canónico (= CDC).

Catecismo de la Iglesia Católica, Libreria Ed. Vaticana, 1992 (= CIC).

S. Congregación de los Ritos, Instrucción Eucharisticum mysterium (25 de mayo de 1967).

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción Redemptionis Sacramentum (25 de marzo de 2004).

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Directorio sobre piedad popular y liturgia. Principios y orientaciones, Ciudad del Vaticano 2002 (= Directorio piedad popular).

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Carta circular sobre la preparación y la celebración de las fiestas pascales (16 de enero de 1988) (= Carta fiestas pascales).

Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Instrucción Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio (19 de mayo de 2002).

S. Congregación para la Educación Católica, Instrucción sobre la formación litúrgica en los Seminarios (3 de junio de 1979).

1. MARCO DE REFERENCIA

1. El panorama abierto por el Año de la Eucaristía exige y promueve un trabajo de envergadura, que conjuga todas las dimensiones del vivir en Cristo en la Iglesia. La Eucaristía, de hecho, no es un «tema» entre los demás, sino que es el corazón mismo de la vida cristiana. «La celebración de la Misa, en cuanto acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente constituido, constituye el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia universal, para la Iglesia local y para los fieles particulares. En la Misa, de hecho, tiene lugar el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo en Cristo y del culto que los hombres rinden al Padre adorándolo por medio de Cristo Hijo de Dios en el Espíritu Santo. En ella, conmemora además la Iglesia a lo largo del año los misterios de la redención con el fin de hacerlos presentes en cierto modo. Todas las demás acciones sagradas y toda actividad de la vida cristiana están en estrecha relación con la Mis, derivan de ella y a ella están ordenadas» (Institutio generalis Missalis Romani = IGMR, 16).

Por lo tanto, el énfasis eucarístico que marca este Año especial se concreta y diversifica en actividades fundamentales de la vida de la Iglesia, considerada en su conjunto o en los miembros particulares. El mismo Santo Padre ha subrayado esta clave de lectura, colocando la iniciativa dentro del plan pastoral general, que ha sido propuesto a la Iglesia en términos cristológico-trinitarios en los años de preparación al Gran Jubileo, y ha ido recalando progresivamente en los años sucesivos a partir de la Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte. «El Año de la Eucaristía tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de culminación de todo el camino recorrido» (Mane nobiscum Domine, 10).

Sobre esta base, la programación de iniciativas durante este Año debería tener en cuenta los diversos ámbitos y ofrecer estímulos de vario tipo. En este capítulo nos proponemos evocar, de modo muy sintético, algunas «perspectivas» teológico-pastorales que marcan una especie de marco de referencia para las sugerencias y propuestas que siguen.

La fe en la Eucaristía

2. Siendo «Misterio de la fe» (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, cap. I), la Eucaristía se comprende a la luz de la Revelación bíblica y de la Tradición eclesial. Al mismo tiempo, la referencia a éstas últimas es necesaria para que la Eucaristía pueda expresar su característica de «misterio de la luz» (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. II), haciéndonos recorrer, de alguna forma, el “camino de fe” descrito en el pasaje evangélico de los dos «discípulos de Emaús», que el Santo Padre ha elegido como «icono» para el Año de la Eucaristía. En efecto, la Eucaristía es misterio de luz porque la misma «fracción del pan» proyecta una luz sobre el misterio de Dios-Trinidad: precisamente en el evento pascual de la muerte y resurrección de Cristo y, consecuentemente, en su “memorial” eucarístico, Dios se revela en sumo grado como Dios-Amor.

El Año de la Eucaristía, por tanto, se propone ante todo como un período de una catequesis más intensa acerca de la Eucaristía creída por la Iglesia. Tal catequesis tendrá presente:

- la Sagrada Escritura, de los textos que atañen a la “preparación” del Misterio en el Antiguo Testamento a los textos del Nuevo Testamento que tienen relación tanto con la institución de la Eucaristía como con sus diferentes dimensiones (cf. por ejemplo, los textos señalados en el Leccionario para la misa votiva de la Santísima Eucaristía).
- la Tradición: de los Padres de la Iglesia al sucesivo desarrollo teológico-magisterial, con particular atención al Concilio Vaticano II, incluyendo los recientes documentos del Magisterio. Los itinerarios catequéticos elaborados por las Iglesias particulares encontrarán, para todo esto, un punto de referencia seguro e iluminador en el Catecismo de la Iglesia Católica;
- la mistagogía, o sea, la introducción profundizada en el misterio celebrado a través de la explicación de los ritos y de las plegarias del *Ordo Missae* y del *De sacra communione et de cultu mysterii eucharistici extra Missam*;
- las riquezas ofrecidas por la historia de la espiritualidad, evidenciando en particular cómo la Eucaristía creída y celebrada ha encontrado una expresión en la vida de los santos (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 62);
- el arte sagrado como testimonio de fe en el misterio eucarístico.

La celebración de la Eucaristía y el culto eucarístico fuera de la Misa

3. Recibida de Cristo, quien la ha instituido, la Eucaristía es celebrada por la Iglesia en la forma establecida por ella (cf. *IGMR* y *Praenotanda al Ordo Lectionum*

Missae). El culto eucarístico fuera de la Misa está íntimamente unido a la celebración eucarística y ordenado a ella.

«Un objetivo concreto de este *Año de la Eucaristía* podría ser estudiar a fondo en cada comunidad parroquial la *Ordenación general del Misal Romano*. El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los santos “signos” es seguir con fidelidad el proceso del Año litúrgico» (Mane nobiscum Domine, 17).

A modo de una simple indicación «temática» para los agentes pastorales, se señalan a continuación algunos aspectos sobre los que se ha invitado en este Año a «examinarse» de modo especial, con miras a una digna celebración y una adoración más ferviente del Misterio eucarístico. Además de los documentos fundamentales arriba mencionados, no dejará de servir de ayuda la reciente Instrucción *Redemptionis Sacramentum*. Hay que tener presentes:

- los lugares de la celebración: iglesia, altar, ambón, sede...;
- la asamblea litúrgica: sentido y modalidad de su participación “plena, consciente, activa” (cf. SC, 14);
- las diferentes funciones: el sacerdote que actúa in persona Christi, los diáconos, los demás ministerios y servicios;
- la dinámica de la celebración: del pan de la Palabra al pan de la Eucaristía (cf. Ordo Lectionum Missae, 10);
- Los tiempos de la celebración eucarística: domingo, días festivos, año litúrgico;
- la relación entre la Eucaristía y los demás sacramentos, sacramentales, exequias...
- la participación interior y exterior: en particular el respeto de los «momentos» de silencio;
- el canto y la música;
- la observancia de las normas litúrgicas;
- la comunión de los enfermos y el viático (cf. De sacra communione);
- la adoración al Santísimo Sacramento, la oración personal;
- las procesiones eucarísticas.

Un examen de estos puntos sería especialmente aconsejable en el Año de la Eucaristía. Ciertamente, en la vida pastoral de las diversas comunidades no se puede llegar con facilidad a metas más altas, pero es necesario tender a ello. «Aunque el fruto de este Año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas la celebración de la misa dominical e incrementar la adoración eucarística fuera de la misa, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo. No obstante, es bueno apuntar hacia arriba, sin conformarse con medidas mediocres, porque sabemos que podemos contar siempre con la ayuda de Dios» (Mane nobiscum Domine, 29).

La espiritualidad eucarística

4. En la Carta Apostólica *Spiritus et Sponsa* con motivo del XL aniversario de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, el Papa ha expresado el deseo de que se

desarrolle en la Iglesia una «espiritualidad litúrgica». Es la perspectiva de una liturgia que nutre y orienta la existencia, plasmando el actuar del creyente como auténtico «culto espiritual» (cf. Rom 12, 1). Sin el cultivo de una «espiritualidad litúrgica», la práctica litúrgica fácilmente se reduce a «ritualismo» y vuelve vana la gracia que brota de la celebración.

Esto vale de modo especial para la Eucaristía: «La Iglesia vive de la Eucaristía». En verdad, la celebración eucarística está en función del vivir en Cristo, en la Iglesia, por la potencia del Espíritu Santo. Es necesario, por tanto, cuidar el movimiento que va de la Eucaristía celebrada a la Eucaristía *vivida*: del misterio creído a la vida renovada. Por esto el presente subsidio ofrece también un capítulo de líneas de espiritualidad eucarística. En este marco inicial de referencia será útil añadir algunos puntos particularmente significativos:

- la Eucaristía es *culmen et fons* de la vida espiritual en cuanto tal, más allá de los variados caminos de la espiritualidad;

- el regular alimento eucarístico sostiene la correspondencia a la gracia de los diversos tipos de vocaciones y estados de vida (ministros ordenados, esposos y padres, personas consagradas...) e ilumina las diferentes situaciones de la existencia (alegrías y dolores, problemas y proyectos, enfermedades y pruebas);

- la caridad, la concordia, el amor fraterno son fruto de la Eucaristía y vuelven visible la unión con Cristo realizada en el sacramento; al mismo tiempo, el ejercicio de la caridad en estado de gracia es la condición para que se pueda celebrar con plenitud la Eucaristía: ella es «manantial», pero también «epifanía» de la comunión (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. III);

- la presencia de Cristo en nosotros y entre nosotros hace brotar el testimonio en la vida cotidiana, fomenta la construcción de la ciudad terrena: la Eucaristía es principio y proyecto de misión (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. IV).

María: icono de la Iglesia “eucarística”

5. «Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia». Así exhorta el cap. VI de la Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, en la cual Juan Pablo II subraya la profunda relación que María mantiene con la Eucaristía y con la Iglesia que vive del Sacramento del Altar. El encuentro con el «Dios con nosotros y por nosotros» incluye a la Virgen María.

El Año de la Eucaristía constituye una ocasión propicia también para profundizar este aspecto del Misterio. Para vivir profundamente el sentido de la celebración eucarística y hacer que deje una huella en nuestra vida, no hay mejor manera que dejarse «educar» por María, la «mujer eucarística».

Es importante, para tal fin, recordar lo que el Papa ha dicho en *Rosarium Virginis Mariae* n. 15, a propósito de la «conformación con Cristo con María» Ella «nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como ‘respirar’ sus sentimientos». Por otra parte «escribe también el Papa en *Ecclesia de Eucharistia*»

en la celebración eucarística, en cierto modo, nosotros recibimos siempre, con el memorial de la muerte de Cristo, también el don de María, que nos ha sido hecho por el Crucificado en la persona de Juan (*He ahí a tu madre: Jn 19, 27*): «Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros “a ejemplo de Juan” a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas» (*Ecclesia de Eucharistia*, 57).

Son temas que merecen ser objeto de especial meditación este Año (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31).

Sobre la celebración de la Eucaristía en comunión con María, extendiendo las actitudes culturales que resplandecen ejemplarmente en ella, véase *Collectio Missarum de Beata Maria Virgine, Praenotanda*, n. 12-18.

Los santos, testimonio de vida eucarística

6. En *Novo Millennio Ineunte*, n. 30, el Papa invita a enfocar todo el camino pastoral de la Iglesia hacia la «santidad». Esto puede valer de forma particular para un Año basado totalmente en la espiritualidad eucarística. La Eucaristía nos hace santos, y no puede existir santidad que no esté basada en la vida eucarística. «El que me come vivirá por mí» (*Jn 6, 57*).

Esta verdad es testificada por el «sensus fidei» de todo el pueblo de Dios. Sin embargo los santos son testigos privilegiados, ya que en ellos resplandece el misterio pascual de Cristo. Ha escrito Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucharistia*, n. 62: «Sigamos, queridos hermanos y hermanas, la enseñanza de los Santos, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística. Con ellos la teología de la Eucaristía adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida, nos “contagia” y, por así decir, nos “enciende” ». Es algo que vale para todos los santos.

Algunos de ellos han vivido esta dimensión con especial intensidad y con especiales dones del Espíritu, enfervorizando a los hermanos con su mismo amor por la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). Los ejemplos podrían ser innumerables: desde San Ignacio de Antioquía a San Ambrosio, de San Bernardo a Santo Tomás de Aquino, de San Pascual Bailón a San Alfonso María de Liguori, de Santa Catalina de Siena a Santa Teresa de Ávila, de San Pedro Julián Eymard a San Pío de Pietrelcina, hasta los “mártires de la Eucaristía”, antiguos y modernos, de San Tarcisio a San Nicolás Pieck y compañeros, a San Pedro Maldonado.

El Año de la Eucaristía ofrecerá ocasiones para redescubrir estos «testimonios», los más conocidos en la Iglesia universal y los que son más recordados en las Iglesias particulares. Es de desear que la misma investigación teológica se interese por ellos, ya que la vida de los santos es un significativo «locus theologicus»: a través de los santos «Dios nos habla» (cf. *Lumen Gentium*, 50) y su experiencia espiritual (cf. *Dei Verbum*, 8), garantizada por el discernimiento eclesial, arroja luz sobre el Misterio.

Caminando a su luz y tras sus huellas será más fácil asegurar que este Año de gracia sea verdaderamente fecundo.

2. CONTEXTOS CULTUALES

7. Estando en el centro de la economía sacramental, como vértice de la iniciación cristiana, la Eucaristía ilumina los demás sacramentos y es su punto de convergencia. La misma forma ritual prevé o prescribe «excepto para la penitencia» que los sacramentos sean o puedan ser insertados en la celebración de la Eucaristía (cf. *Praenotanda* de los diversos *Ordines*; *Redemptionis Sacramentum*, 75-76). La Liturgia de las Horas puede ser armonizada con la celebración eucarística (cf. *IGLH*, 93-97).

También los sacramentales, como la bendición abacial, la profesión religiosa, la consagración de las vírgenes, el conferir los ministerios instituidos o ministerios extraordinarios, las exequias, se desarrollan normalmente durante la Misa. La dedicación de la iglesia y del altar tienen lugar dentro de la celebración de la Eucaristía.

Existen también otras bendiciones que se pueden hacer durante la Misa (cf. *Ordo coronandi imaginem B.M. Virginis*; *De Benedictionibus*, 28).

Si bien es cierto que hay otras bendiciones, actos de culto o prácticas de devoción que no conviene que se inserten en la Misa (cf. *De Benedictionibus*, 28; *De sacra communione*, 83; *Redemptionis Sacramentum*, 75-79; *Directorio piedad popular*, 13, 204), es verdad también que no existe oración cristiana sin referencia a la Eucaristía, máxima plegaria de la Iglesia, indispensable para los cristianos. Las múltiples formas de oración privada, así como las diversas expresiones de piedad popular, realizan de hecho su sentido genuino al preparar para la celebración Eucarística o al extender sus efectos en la vida.

De modo indicativo se recuerdan a continuación algunos días, tiempos y formas de oración que hacen referencia a la Eucaristía.

Domingo

8. El domingo es «la fiesta primordial», «el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico» (*SC*, 106). «Considerando globalmente sus significados y sus implicaciones, es como una síntesis de la vida cristiana y una condición para vivirlo bien» (*Dies Domini*, 81).

Es en efecto el día de Cristo Resucitado, y por tanto trae consigo la memoria de lo que es el fundamento mismo de la fe cristiana (cf. 1Cor 15, 14-19). «Aunque el domingo es el día de la resurrección, no es sólo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino que es celebración de la presencia viva del Resucitado en medio de los suyos. Para que esta presencia sea anunciada y vivida de manera adecuada no basta que los discípulos de Cristo oren individualmente y recuerden en su interior, en lo recóndito de su corazón, la muerte y resurrección de Cristo. (...) Por eso es importante que se reúnan, para expresar así plenamente la identidad misma de la Iglesia, la

ekklesia, asamblea convocada por el Señor resucitado» (*Dies Domini*, 31). La celebración eucarística es, de hecho, el corazón del domingo.

El nexo entre la manifestación del Resucitado y la Eucaristía está especialmente puesto en evidencia en la narración de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35), guiados por Cristo mismo para entrar íntimamente en su misterio a través de la escucha de la Palabra y la comunión del «Pan partido» (cf. *Mane nobiscum Domine*). Los gestos realizados por Jesús: «Él tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio» (Lc 24,30), son los mismos que Él efectuó en la Última Cena y que incesantemente realiza, por medio del sacerdote, en nuestras eucaristías.

El carácter propio de la Misa dominical y la importancia que ésta reviste para la vida cristiana exigen que se prepare con especial cuidado, de modo que se experimente como una *epifanía de la Iglesia* (cf. *Dies Domini*, 34-36; *Ecclesia de Eucharistia*, 41, *Novo Millennio Ineunte*, 36) y se distinga como celebración alegre y melodiosa, activa y participada (cf. *Dies Domini*, 50-51).

Reavivar en todas las comunidades la celebración de la Eucaristía dominical debería ser la primera tarea de este Año especial. Si al menos se logra esto, junto con el incremento de la adoración eucarística fuera de la Misa, el Año de la Eucaristía habrá conseguido ya un importante fruto (cf. *Mane nobiscum Domine*, 23 y 29).

Vigilia pascual y comunión pascual

9. La Vigilia pascual es el corazón del año litúrgico. En ella, la celebración de la Eucaristía es el «punto culminante, porque es el sacramento pascual por excelencia, memorial del sacrificio de la cruz, presencia de Cristo resucitado, consumación de la iniciación cristiana y pregustación de la Pascua eterna» (*Carta fiestas pascuales*, 90).

Al recomendar no celebrar deprisa la liturgia eucarística durante la Vigilia pascual, sino tener cuidado de que todos los ritos y palabras alcancen la máxima fuerza de expresión, especialmente la comunión eucarística, momento de plena participación en el misterio celebrado en esta noche santa, es de desear —remitiendo a los ordinarios de los diferentes lugares la estimación de la oportunidad y las circunstancias, en el pleno respeto de las normas litúrgicas: cf. *Redemptionis Sacramentum*, n. 100-107— que se alcance la plenitud del signo eucarístico recibiendo en la Vigilia pascual la comunión bajo las especies del pan y del vino (cf. *Carta fiestas pascuales*, 91 y 92).

Tanto la octava de pascua como las misas dominicales del tiempo pascual son especialmente significativas para los neófitos (cf. *Ordo initiationis christianae adultorum*, 37-40 y 235-239). Es costumbre que los niños hagan la Primera Comunión en estos domingos (cf. *Carta fiestas pascuales*, 103). Se recomienda que, especialmente durante la octava de Pascua, se lleve la Santa Comunión a los enfermos (*Carta fiestas pascuales*, 104).

Durante el tiempo pascual, los pastores recuerden el significado del precepto de la Iglesia de recibir la Santa Comunión en este período (cf. *CDC*, 920), procurando que tal precepto no se perciba de modo minimalista, sino como el punto firme e

imprescindible de una participación eucarística que atañe a toda la vida y se expresa regularmente al menos todos los domingos.

Jueves Santo

10. Es conocido el valor de la Misa crismal, que, según la tradición, se celebra el Jueves de la Semana Santa (por motivos pastorales puede anticiparse a otro día, pero cercano a la Pascua: cf. *Caeremoniale Episcoporum*, 275). Además de llamar a los presbíteros de las diferentes partes de la diócesis a concelebrar con el Obispo, se debe invitar también con insistencia a los fieles a participar en esta Misa y a recibir el sacramento de la Eucaristía durante la celebración (cf. *Carta fiestas pascales*, 35).

Para recordar, sobre todo a los sacerdotes, el misterio eucarístico del Jueves Santo, desde el inicio de su pontificado, el Santo Padre Juan Pablo II ha enviado una *Carta a los sacerdotes* (en 2003 la Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*).

Dado el significado especial que reviste este día (cf. *Caeremoniale Episcoporum*, 97), toda la atención debe dirigirse principalmente a los misterios conmemorados en la Misa «en la cena del Señor»: la institución de la Eucaristía, la institución del sacerdocio ministerial y el mandato del Señor de la caridad fraterna.

Se pueden encontrar oportunas indicaciones litúrgicas y pastorales acerca de la Misa vespertina del Jueves Santo, la procesión eucarística al término de la misma y la adoración del Santísimo Sacramento en la citada *Carta circular sobre la preparación y celebración de las fiestas pascales*, n. 44-57 y en el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, n. 141.

Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

11. Esta fiesta, «extendida en 1264 por el papa Urbano IV a toda la Iglesia latina, por una parte constituyó una respuesta de fe y de culto a doctrinas heréticas sobre el misterio de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y por otra fue la coronación de un movimiento de ardiente devoción hacia el augustísimo Sacramento del altar» (*Directorio piedad popular*, 160).

La fiesta del *Corpus Domini* inspiró nuevas formas de piedad eucarística en el pueblo de Dios, mantenidas hasta hoy (cf. *Directorio piedad popular*, 160-163). Entre ellas la procesión, que constituye la forma tipo de las procesiones eucarísticas: extiende la celebración de la Eucaristía de modo que el pueblo cristiano «da testimonio público de fe y de piedad hacia el Santísimo Sacramento» (*De sacra communione*, 101; cf. *CIC*, 944). Por tanto, «que este año se viva con particular fervor la solemnidad del *Corpus Christi* con la tradicional procesión. Que la fe en Dios que, encarnándose, se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y particularmente por nuestras calles y en nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición» (*Mane nobiscum Domine*, 18).

También la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús podría tener un marcado acento eucarístico.

Celebración eucarística y Liturgia de las Horas

12. «La Liturgia de las Horas extiende a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofrecen en el misterio eucarístico, “centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana”.

La celebración eucarística halla una preparación magnífica en la Liturgia de las Horas, ya que esta suscita y acrecienta muy bien las disposiciones que son necesarias para celebrar la Eucaristía, como la fe, la esperanza, la caridad, la devoción y el espíritu de abnegación» (*IGLH*, 12).

En la celebración comunitaria, cuando las circunstancias lo aconsejen, se puede hacer una unión más estrecha entre la Misa y una de las Horas del Oficio –laudes matutinas, hora media, vísperas–, según las indicaciones de la normativa vigente (cf. *IGLH*, 93-97).

Adoración eucarística

13. La reserva del Cuerpo de Cristo para la comunión de los enfermos llevó a los fieles a la loable costumbre de recogerse en oración para adorar a Cristo realmente presente en el Sacramento conservado en el sagrario. Recomendada por la Iglesia a los Pastores y fieles, la adoración ante el Santísimo es altamente expresiva de la unión que existe entre la celebración del Sacrificio del Señor y su presencia permanente en la Hostia consagrada (cf. *De sacra communione*, 79-100; *Ecclesia de Eucharistia*, 25; *Mysterium fidei*; *Redemptionis Sacramentum*, 129-141).

El quedarse en oración junto al Señor Jesús, vivo y verdadero en el Santo Sacramento, madura la unión con Él: nos predispone a la fructuosa celebración de la Eucaristía y aumenta en nosotros las actitudes culturales y existenciales que ella misma suscita.

Se expresa, según la tradición de la Iglesia, de diversos modos:

- la simple visita al santísimo Sacramento reservado en el sagrario: breve encuentro con Cristo, motivado por la fe en su presencia y caracterizado por la oración silenciosa;
- la adoración ante el santísimo Sacramento expuesto, según las normas litúrgicas, en la custodia o en la píxide, de forma prolongada o breve;
- la denominada Adoración perpetua, las Cuarenta Horas, u otras formas que comprometen a toda una comunidad religiosa, a una asociación eucarística o a una comunidad parroquial, y dan ocasión a numerosas expresiones de piedad eucarística (cf. *Directorio piedad popular*, 165).

14. *Adoración y Sagrada Escritura.* «Durante la exposición, las preces, cantos y lecturas, deben organizarse de manera que los fieles, atentos a la oración, se dediquen a Cristo, el Señor. Para alimentar la oración íntima, háganse lecturas de la Sagrada Escritura con homilía, o breves exhortaciones, que lleven a una mayor estima del misterio eucarístico. Conviene también que los fieles respondan con cantos a la palabra de Dios. En momentos oportunos debe guardarse un silencio sagrado» (*De sacra communione*, 95).

15. Adoración y Liturgia de las Horas. «Ante el Santísimo Sacramento, expuesto durante un tiempo prolongado, puede celebrarse también alguna parte de la Liturgia de las Horas, especialmente las Horas principales; por su medio las alabanzas y acciones de gracias que se tributan a Dios en la celebración de la Eucaristía se amplían a las diferentes horas del día, y las súplicas de la Iglesia se dirigen a Cristo y por él al Padre en nombre de todo el mundo» (*De sacra communione*, 96).

16. Adoración y Rosario. Posteriormente, la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* nos ha ayudado a superar una visión del Rosario como oración simplemente mariana, para valorar su sentido eminentemente cristológico: contemplar los misterios de Cristo con los ojos y el corazón de María, en comunión con Ella y a ejemplo suyo.

Si bien es verdad que durante la exposición del Santísimo Sacramento no se deben realizar otras prácticas devocionales en honor de la Virgen María y de los Santos (cf. *Directorio piedad popular*, 165), sin embargo, se comprende por qué el Magisterio no excluye el Rosario: es, en efecto, por razón de este carácter que es preciso poner en evidencia y desarrollar. Precisamente con miras al Año de la Eucaristía, el Papa ha escrito: «El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, que he recomendado en la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, realizada según la escuela de María y en su compañía» (*Mane nobiscum Domine* 18; cf. *Redemptionis Sacramentum*, 137; *Directorio piedad popular*, 165). Por tanto, deben redescubrirse y promoverse en la práctica pastoral los elementos ofrecidos en *Rosarium Virginis Mariae* cap. III. La lectura de un texto bíblico, el silencio meditativo, la cláusula cristológica después del nombre de Jesús al centro del *Ave Maria*, el *Gloria* cantado, una apropiada oración conclusiva dirigida a Cristo, también en forma de letanías, favorecen la índole contemplativa propia de la oración ante al Santísimo custodiado en el sagrario o expuesto. Recitar el rosario deprisa, sin espacios para la meditación, o con una insuficiente orientación cristológica no ayuda a encontrarse con Cristo en el Sacramento del altar.

En cuanto a las letanías de la Virgen, que son un acto cultural en sí mismo no necesariamente ligado al Rosario (cf. *Directorio piedad popular*, 203), pueden sustituirse más oportunamente por letanías dirigidas directamente a Cristo (por ejemplo, las letanías del Corazón de Jesús, de la Sangre de Cristo).

17. Bendición eucarística. Las procesiones y adoraciones eucarísticas se concluyen ordinariamente, cuando está presente un sacerdote o diácono, con la bendición con el Santísimo. Los demás ministros o personas encargadas de la exposición, una vez terminada, reponen el Sacramento en el sagrario (cf. *De sacra communione*, 91).

Ya que la bendición con el Santísimo Sacramento no es una forma de piedad eucarística en sí misma, debe ser precedida por una breve exposición, con un tiempo conveniente de oración y silencio. «Se prohíbe la exposición hecha únicamente para dar la bendición» (*De sacra communione*, 89).

Procesiones eucarísticas

18. La procesión eucarística por las calles de la ciudad terrena ayuda a los fieles a sentirse pueblo de Dios que camina con su Señor, proclamando la fe en el “Dios con nosotros y para nosotros” (cf. *Redemptionis Sacramentum*, 142-144; *Directorio piedad popular*, 162-163). Esto vale sobretodo para la procesión eucarística por excelencia, aquella del *Corpus Christi*.

Es necesario que en las procesiones se observen las normas que garantizan la dignidad y la reverencia hacia el Santísimo y regulan el desarrollo, de modo que la decoración de las calles, el homenaje de las flores, los cantos y las oraciones sean una manifestación de fe en el Señor y de alabanza a Él (cf. *De sacra communione*, 101-108).

Congresos eucarísticos

19. Signo de fe y de caridad, manifestación especialmente particular del culto eucarístico, los congresos eucarísticos «se han de mirar como una *statio*, a la cual alguna comunidad invita a toda la Iglesia, o una Iglesia local invita a otras Iglesias de la región o de la nación, o aun de todo el mundo para profundizar juntamente el misterio de la Eucaristía bajo algún aspecto particular y venerarlo públicamente con el vínculo de la caridad y de la unidad» (*De sacra communione*, 109).

Para el resultado exitoso del congreso considérense las indicaciones dadas para su preparación y desarrollo en *De sacra communione*, nn. 110-112.

3. LÍNEAS DE ESPIRITUALIDAD EUCARÍSTICA

20. Un tratado de espiritualidad eucarística exigiría mucho más de cuanto nos proponemos ofrecer en estas páginas. En efecto, nos limitaremos a dar unas ideas, con la esperanza de que sean las Iglesias particulares las que afronten el tema, dando estímulos y contenidos más amplios para iniciativas específicas de catequesis y formación. Es importante, en efecto, que la Eucaristía sea acogida no solamente en los aspectos de la celebración, sino también como proyecto de vida; es importante que esté a la base de una auténtica «espiritualidad eucarística».

El Año de la Eucaristía es tiempo propicio para dilatar la mirada más allá de los aspectos típicamente celebrativos. Precisamente por ser el corazón de la vida cristiana, la Eucaristía no termina entre las paredes de la iglesia, sino que exige transformar la vida diaria de quien participa de ella. El sacramento del Cuerpo de Cristo se prodiga en favor de la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Las actitudes eucarísticas a las que hemos sido educados por la celebración deben ser cultivadas en la vida espiritual, teniendo en cuenta la vocación y el estado de vida de cada uno. La Eucaristía en verdad es alimento esencial para todos los creyentes en Cristo, sin distinción de edad o condición.

Las consideraciones que ofrecemos aquí trazan varias pistas de reflexión a partir de algunas expresiones de la misma liturgia tomadas del texto latino del Misal. Se

quiere así subrayar cómo la espiritualidad litúrgica se caracteriza por su anclaje en los signos, ritos y palabras de la celebración y puede encontrar en ellos alimento seguro y abundante.

21. *Escucha de la Palabra*

Verbum Domini.

Como conclusión de las lecturas de la Sagrada Escritura, la expresión *Verbum Domini* –Palabra de Dios– nos recuerda la importancia de lo que sale de la boca de Dios. Nos lo hace sentir no como un texto «lejano», sino que por ser inspirado, es palabra viva con la cual Dios nos interpela: nos encontramos en el contexto de un verdadero «diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza» (*Dies Domini*, 41).

La liturgia de la Palabra es una parte constitutiva de la Eucaristía (cf. SC, 56; *Dies Domini*, 39-41). Nos recogemos en asamblea litúrgica para escuchar lo que el Señor quiere decirnos: a todos y a cada uno. Él habla aquí y ahora, a nosotros que lo escuchamos con fe, creyendo que Él solo tiene palabras de vida eterna, que su palabra es lámpara para nuestros pasos.

Participar en la Eucaristía quiere decir escuchar al Señor con el fin de poner en práctica cuanto nos manifiesta, nos pide, desea de nuestra vida. El fruto de la escucha de Dios que nos habla cuando en la Iglesia se leen las Sagradas Escrituras (cf. SC, 7) madura en el vivir cotidiano (cf. *Mane nobiscum Domine*, 13).

La actitud de escucha es el principio de la vida espiritual. Creer en Cristo es escuchar su palabra y ponerla en práctica. Es docilidad a la voz del Espíritu Santo, el Maestro interior que nos guía a la verdad completa, no solamente a la verdad del conocer sino también a la verdad del practicar.

Para escuchar al Señor en la liturgia de la Palabra, es necesario tener afinado el oído del corazón. A ello nos prepara la lectura personal de las Sagradas Escrituras, en tiempos y ocasiones programados y no dejados a eventuales recortes de tiempo. Y a fin de que lo que se ha escuchado en la celebración eucarística no desaparezca de la mente y del corazón al salir de la iglesia, es necesario encontrar modos para extender la escucha de Dios, que nos hace llegar su voz de mil maneras a través de las circunstancias de la vida cotidiana.

22. *Conversión*

Agnoscamus peccata nostra ut apti simus ad sacra mysteria celebranda.
Kyrie eleison, Christe eleison

Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris, qui tollis peccata mundi, miserere nobis
Agnus Dei qui tollis peccata mundi: miserere nobis

Domine non sum dignus ut intres...

Como se ve en los textos citados, la dimensión penitencial está muy presente en la celebración eucarística. Emerge no sólo al inicio del acto penitencial, con sus

variadas fórmulas de invocación de la misericordia, sino también en la súplica a Cristo en el canto del Gloria, en el canto del Agnus Dei durante la fracción del Pan, en la plegaria que dirigimos al Señor antes de participar en el convivio eucarístico.

La Eucaristía estimula a la conversión y purifica el corazón penitente, consciente de las propias miserias y deseoso del perdón de Dios, aunque sin sustituir a la confesión sacramental, única forma ordinaria, para los pecados graves, de recibir la reconciliación con Dios y con la Iglesia.

Tal actitud del espíritu debe extenderse durante nuestras jornadas, sostenida por el examen de conciencia, es decir, confrontar pensamientos, palabras, obras y omisiones con el Evangelio de Jesús.

Ver con transparencia nuestras miserias nos libera de la autocomplacencia, nos mantiene en la verdad delante de Dios, nos lleva a confesar la misericordia del Padre que está en los cielos, nos muestra el camino que nos espera, nos conduce al sacramento de la Penitencia. Posteriormente nos abre a la alabanza y acción de gracias. Nos ayuda, finalmente, a ser benévolos con el prójimo, a compadecerlo en sus fragilidades y perdonarlo. Es preciso tomar en serio la invitación de Jesús de reconciliarnos con el hermano antes de llevar la ofrenda al altar (cf. Mt 5, 23-24), y la llamada de Pablo a examinar nuestra conciencia antes de participar en la Eucaristía (cada uno se examine a sí mismo y después coma el pan y beba el cáliz: 1Cor 11,28). Sin el cultivo de estas actitudes, se desatiende una de las dimensiones profundas de la Eucaristía.

23. *Memoria*

Memores igitur, Domine, eiusdem Filii tui salutiferae passionis necnon mirabilis resurrectionis et ascensionis in caelum (Plegaria eucarística III).

«Si los cristianos celebran la Eucaristía desde los orígenes, y de forma que, en su sustancia, no ha cambiado a través de la gran diversidad de épocas y de liturgias, sucede porque sabemos que estamos sujetos al mandato del Señor, dado la víspera de su pasión: «haced esto en memoria mía» (1Co 11,24-25) » (CIC, 1356).

La Eucaristía es, en sentido específico, «memorial» de la muerte y resurrección del Señor. Celebrando la Eucaristía, la Iglesia hace memoria de Cristo, de lo que ha hecho y dicho, de su encarnación, muerte, resurrección, ascensión al cielo. En Él hace memoria de la entera historia de la salvación, prefigurada en la antigua alianza.

Hace memoria de aquello que Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— ha hecho y hace por la humanidad entera, de la creación a la «recreación» en Cristo, en la espera de su retorno al fin de los tiempos para recapitular en sí todas las cosas.

El «memorial» eucarístico, pasando de la celebración a nuestras actitudes vitales, nos lleva a hacer memoria agradecida de todos los dones recibidos de Dios en Cristo. De él brota una vida distinguida por la «gratitud», por el sentido de «gratuidad» y al mismo tiempo por el sentido de «responsabilidad».

En efecto, recordar lo que Dios ha hecho y hace por nosotros, nutre el camino espiritual. La oración del *Padre nuestro* nos recuerda que somos hijos del Padre que

está en el cielo, hermanos de Jesús, marcados por el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones.

Recordar los dones de la naturaleza (la vida, la salud, la familia...) mantiene viva la gratitud y el esfuerzo por valorarlos.

Recordar los dones de la gracia (bautismo y demás sacramentos; las virtudes cristianas...) mantiene vivo, junto con la gratitud, el empeño por no frustrar estos “talentos”, sino más bien, hacerlos fructificar.

24. Sacrificio

Hoc est Corpus meum. Hic est calix Sanguinis mei novi et aeterni testamenti.

Te igitur, clementissime Pater, per Iesum Christum, Filium tuum, Dominum nostrum, supplices rogamus ac petimus, uti accepta habeas et benedicas haec dona, haec munera, haec sancta sacrificia illibata.

Memento, Domine, ...omnium circumstantium, quorum tibi fides cognita est et nota devotio, pro quibus tibi offerimus: vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis.

Hanc igitur oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae (Plegaria eucarística I).

Offerimus tibi, gratias referentes, hoc sacrificium vivum et sanctum (Plegaria eucarística III)

La Eucaristía es sacramento del sacrificio pascual de Cristo. Desde la encarnación en el seno de la Virgen hasta el último aliento sobre la cruz, la vida de Jesús es un holocausto incesante, una entrega perseverante a los designios del Padre. El momento culminante es el sacrificio de Cristo sobre el Calvario: «La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado (*1 Cor, 5,7*)» (*Lumen Gentium, 3; CIC, 1364*).

Este único y eterno sacrificio se hace realmente presente en el sacramento del altar. En verdad «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio» (*CIC, 1367*).

A ello la Iglesia asocia su sacrificio, para llegar a ser un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo, del cual es signo la comunión sacramental (cf. *Ecclesia de Eucharistia, 11-16*). Participar de la Eucaristía, obedecer el Evangelio que escuchamos, comer el Cuerpo y beber la Sangre del Señor quiere decir hacer de nuestra vida un sacrificio agradable a Dios: *por Cristo, con Cristo y en Cristo*.

Así como la acción ritual de la Eucaristía está fundada en el sacrificio ofrecido por Cristo una vez por todas en los días de su existencia terrena (cf. *Heb 5, 7-9*) y lo representa sacramentalmente, así también nuestra participación en la celebración debe llevar consigo el ofrecimiento de nuestra existencia. En la Eucaristía la Iglesia ofrece el sacrificio de Cristo ofreciéndose con Él. (cf. *SC, 48; IGMR, 79, f; Ecclesia de Eucharistia, 13*).

La dimensión sacrificial de la Eucaristía empeña la vida entera. De aquí parte la espiritualidad del sacrificio, del don de sí, de la gratuidad, de la oblación exigida por la vida cristiana.

En el pan y en el vino que llevamos al altar se significa nuestra existencia: el sufrimiento y el empeño por vivir como Cristo y según el mandamiento dado a sus discípulos.

En la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo se significa nuestro «Presente» para dejar que Él piense, hable y actúe en nosotros.

La espiritualidad eucarística del sacrificio debería impregnar nuestras jornadas: el trabajo, las relaciones, las miles de cosas que hacemos, el empeño por practicar la vocación de esposos, padres, hijos; la entrega al ministerio para quien es obispo, presbítero o diácono; el testimonio de las personas consagradas; el sentido «cristiano» del dolor físico y del sufrimiento moral; la responsabilidad de construir la ciudad terrena, en las dimensiones diversas que comporta, a la luz de los valores evangélicos.

25. *Acción de gracias*

Vere dignum et iustum est, aequum et salutare, nos semper et ubique gratias agere.

La víspera de su pasión, la tarde en que instituyó el sacramento de su sacrificio pascual, Cristo tomó el pan, *dio gracias*, lo partió y lo dio a los discípulos... La acción de gracias de Jesús revive en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas.

El término «eucaristía», en lengua griega, significa precisamente acción de gracias (cf. *CIC*, 1328). Es una dimensión que emerge claramente en el diálogo que introduce la Plegaria eucarística: ante la invitación del sacerdote «Demos gracias al Señor nuestro Dios», los fieles responden «Es justo y necesario». El exordio de la Plegaria eucarística se caracteriza por una fórmula que expresa el sentido de la reunión de oración: «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Dios Padre... ».

Estas fórmulas, mientras dicen lo que cumplimos en la celebración, expresan una postura que no debería disminuir en nuestro espíritu de regenerados en Cristo: agradecer es propio de quien se siente gratuitamente amado, renovado, perdonado. *Es justo y necesario* dar gracias a Dios *siempre* (tiempo) y en *todo lugar* (espacio).

De aquí se irradia la espiritualidad de la acción de gracias por los dones recibidos de Dios (la vida, la salud, la familia, la vocación, el bautismo, etc).

Agradecer a Dios no sólo en las grandes ocasiones, sino «siempre»: los santos han dado gracias al Señor en la prueba, en la hora del martirio (san Cipriano ordenó a los suyos que entregaran veinticinco monedas de oro a su verdugo: *Actas del martirio*, 3-6, Oficio de lectura del 16 de septiembre), por la gracia de la cruz... Para quien vive el espíritu eucarístico toda circunstancia de la vida es una ocasión apropiada de agradecer a Dios (cf. *Mane nobiscum Domine*, 26).

Agradecer siempre y en «todo lugar»: en los ámbitos del vivir cotidiano, la casa, los puestos de trabajo, los hospitales, las escuelas...

La Eucaristía nos educa también a unirnos a la acción de gracias que sube de los creyentes extendidos por la tierra hasta Cristo, uniendo nuestro gracias al del mismo Cristo.

26. *Presencia de Cristo*

Dominus vobiscum.

Gloria tibi, Domine.

Laus, tibi Christe.

Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias

Ecce Agnus Dei... Domine, non sum dignus...

«En la celebración de la Misa se iluminan gradualmente los modos principales según los cuales Cristo está presente en su Iglesia: en primer lugar está presente en la asamblea de los fieles congregados en su nombre; está presente también en su palabra, cuando se lee y explica en la iglesia la sagrada Escritura; presente también en la persona del ministro; finalmente, sobre todo, está presente bajo las especies eucarísticas. En este Sacramento, en efecto, de modo enteramente singular, Cristo entero e íntegro, Dios y hombre, se halla presente sustancial y permanentemente. Esta presencia de Cristo bajo las especies «se dice real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia» (*Mysterium fidei*, 39) » (*De sacra communione*, 6).

«Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, la conciencia viva de la presencia real de Cristo, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse» (*Mane nobiscum Domine*, n. 18).

Signo visible de realidades invisibles, el sacramento contiene lo que significa. La Eucaristía es ante todo *opus Dei*: el Señor habla y obra, reza, aquí por nosotros, en virtud de la fuerza del Espíritu Santo (cf. *CIC*, 1373). La fe en la presencia real se expresa, por ejemplo, en los diálogos directos que dirigimos al Señor después de haber escuchado la Palabra: *Gloria a ti, Señor Jesús*, y antes de recibir su Cuerpo y su Sangre: *Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme*.

La celebración de la Eucaristía debería llevarnos a exclamar, como los apóstoles tras el encuentro con el Resucitado: «Hemos visto al Señor!» (*Jn* 20,25). La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo es comunión con el resucitado, medicina de inmortalidad y prenda de la gloria futura.

La presencia, el calor, la luz del Dios-con-nosotros deben permanecer en nosotros y manifestarse en toda nuestra vida. Hacer comunión con Cristo, nos ayuda a «ver» los signos de su divina presencia en el mundo y a «comunicarlos» a cuantos encontramos.

27. *Comunión y caridad*

Una voce dicentes.

Concede, ut, qui Corpore et Sanguine Filii tui reficimur, Spiritu eius Sancto repleti, unum corpus et unus spiritus inveniamur in Cristo (Plegaria eucarística III).

«Populo congregato»: con estas palabras inicia el *Ordo Missae*. El signo de la cruz al comienzo de la Misa, manifiesta que la Iglesia es el pueblo reunido en el nombre de la Trinidad.

El reunirnos todos, en un mismo lugar, para celebrar los santos misterios es responder al Padre celeste que llama a sus hijos para estrecharlos consigo por Cristo, en el amor del Espíritu Santo.

La Eucaristía no es una acción privada, sino la acción del mismo Cristo que asocia siempre a sí a la Iglesia, con un vínculo esponsal indisoluble (cf. *Mane nobiscum Domine*, cap. III).

En la liturgia de la Palabra escuchamos la misma Palabra divina, signo de comunión entre todos aquellos que la ponen en práctica.

En la liturgia eucarística presentamos, junto con el pan y el vino, la ofrenda de nuestra vida: es la común ofrenda de la Iglesia que en los santos misterios se dispone a hacer comunión con Cristo.

En virtud de la acción del Espíritu Santo, en la ofrenda de la Iglesia se hace presente el sacrificio de Cristo («Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad»): una única ofrenda espiritual agradable al Padre, por Cristo, con Él y en Él. El fruto de esta asociación al «sacrificio vivo y santo» está representado por la comunión sacramental: «para que fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, y llenos del Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu» (Plegaria eucarística III).

He aquí la fuente incesante de la comunión eclesial, ilustrada por san Juan con la imagen de la vid y los sarmientos, y por san Pablo con la imagen del cuerpo. La Eucaristía hace la Iglesia (cf. *Ecclesia de Eucharistia*), colmándola de la caridad de Dios y espoleándola a la caridad. Al presentar, juntamente con el pan y el vino, ofertas en dinero u otros dones para los pobres, se recuerda que la Eucaristía es compromiso de ser solidarios y de compartir los bienes. Con tal propósito el Santo Padre ha hecho un insistente llamado: «¿Por qué, pues, no hacer de este Año de la Eucaristía un tiempo en el que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? (*Mane nobiscum Domine*, 28).

La oración litúrgica, aunque implica individualmente a los participantes, está formulada siempre como «nosotros»: es la voz de la Esposa que alaba y suplica, *una voce dicentes*.

Las mismas actitudes que asumen los participantes, manifiestan la comunión entre los miembros de un único organismo. (*IGMR*, 32).

El saludo de la paz, antes de la comunión, (o antes de llevar las ofrendas al altar, como en el rito ambrosiano) es expresión de la comunión eclesial necesaria para hacer la comunión sacramental con Cristo. El fruto de la comunión es la edificación de la Iglesia, reflejo visible de la comunión trinitaria (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 34).

De aquí la espiritualidad de comunión (cf. *Novo Millennio Ineunte*, 43-45): requerida por la Eucaristía y suscitada por la celebración eucarística (cf. *Mane nobiscum Domine*, 20-21).

La comunión entre los esposos viene modelada, purificada, alimentada por la participación en la Eucaristía.

El ministerio de los pastores de la Iglesia y la docilidad de los fieles a su magisterio viene tonificado por la Eucaristía.

La comunión con los sufrimientos de Cristo se manifiesta en los fieles enfermos, por medio de la participación en la Eucaristía.

La reconciliación sacramental tras nuestras caídas, es coronada por la comunión eucarística.

La comunión entre muchos carismas, funciones, servicios, grupos y movimientos dentro de la Iglesia está asegurada por el santo misterio de la Eucaristía.

La comunión entre personas empeñadas en diversas actividades, servicios y asociaciones de una parroquia se manifiesta por la participación en la misma Eucaristía.

Las relaciones de paz, comprensión y concordia en la ciudad terrena son sostenidas por el sacramento de Dios con nosotros y para nosotros.

28. *Silencio*

Quiesce in Domino et expecta eum (Ps 37,7).

En el ritmo celebrativo, el silencio es necesario para el recogimiento, la interiorización y la oración interior (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18). No es vacío, ausencia, sino presencia, receptividad, reacción ante Dios que nos habla, aquí y ahora, y actúa en nosotros, aquí y ahora. «Descansa en el Señor y espera en él» recuerda el Salmo 37 (36),7.

alabanza, BEn verdad, la oración con sus diversos matices súplica, invocación, grito, lamento, agradecimiento- toma forma a partir del silencio.

Entre otros momentos, tiene particular importancia en la celebración de la Eucaristía el silencio después de haber escuchado la Palabra de Dios (cf. *Ordo Lectionum Missae*, 28; *IGMR*, 128, 130, 136) y, sobre todo, tras la comunión del Cuerpo y Sangre del Señor (cf. *IGMR*, 164).

Estos momentos de silencio, se prolongan, en cierto modo, fuera de la celebración, en recogida adoración, oración y contemplación delante del Santísimo Sacramento.

El mismo silencio de la tradición monástica, el de los tiempos de ejercicios espirituales, el de los días de retiro ¿no son, tal vez, el prolongamiento de aquellos momentos de silencio característicos de la celebración eucarística, para que pueda enraizar y dar fruto en nosotros la presencia del Señor?

Es por tanto necesario pasar de la experiencia litúrgica del silencio (cf. Carta Apostólica *Spiritus et Sponsa*, 13) a la espiritualidad del silencio, a la dimensión contemplativa de la vida. Si no está anclada en el silencio, la palabra puede desgastarse, transformarse en ruido, incluso en aturdimiento.

29. *Adoración*

Procedebant ante sedentem in trono et adorabant viventem in saecula saeculorum (Ap 4,10).

La postura que tomamos durante la celebración de la Eucaristía «de pie, sentados, de rodillas» reenvía a las actitudes del corazón. Hay una gama de vibraciones en la comunidad orante.

Si el estar en pie confiesa la libertad filial que nos ha donado el Cristo pascual, que nos ha liberado de la esclavitud del pecado, el estar sentados expresa la receptividad cordial de María, que sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra; y el estar de rodillas o *profundamente inclinados* indica el hacernos pequeños delante del Altísimo, delante del Señor (cf. *Fil 2,10*).

La genuflexión ante la Eucaristía, como la hacen el sacerdote y los fieles (cf. *IGMR*, 43), expresa la fe en la presencia real del Señor Jesús en el Sacramento del altar (*CIC*, 1387).

Reflejando aquí abajo, en los santos signos, la liturgia celebrada en el santuario del cielo, imitamos a los ancianos: que «se postran ante el que está sentado en el trono, adorando al que vive por los siglos de los siglos» (*Ap 4,10*).

Si en la celebración de la Eucaristía adoramos al Dios con nosotros y por nosotros, tal sentir del espíritu debe prolongarse y reconocerse también en todo lo que hacemos, pensamos, y obramos. La tentación, siempre insidiosa, al tratar las cosas de este mundo, es la de doblar nuestras rodillas ante los ídolos mundanos y no solamente a Dios.

Las palabras con las que Jesús contradice las sugerencias idolátricas del diablo, en el desierto, deben verificarse en nuestro hablar, pensar y actuar cotidiano: «Al Señor, tu Dios, adorarás y a Él solo darás culto» (*Mt 4,10*).

El doblar la rodilla ante la Eucaristía, adorando al Cordero que nos permite hacer la Pascua con Él, nos educa a no postrarnos ante ídolos contruidos por manos de hombre y nos sostiene en el obedecer con fidelidad, docilidad y veneración ante aquel que reconocemos como único Señor de la Iglesia y del mundo.

30. Alegría

Et ideo, choris angelicis sociatis, Te aludamus in gaudio confitentes: Sanctus Propter quod caelestia tibi atque terrestria Canticum novum concinunt adorando... (prefacio II de la Santísima Eucaristía).

«Por esencia, la alegría cristiana es participación en la gloria insondable, a la vez divina y humana, que se encuentra en el corazón del Cristo glorificado» (*Gaudete in Domino*, II), y esta participación en la alegría del Señor «no se puede dissociar de la celebración del misterio eucarístico» (*ibidem*, IV), de modo particular de la Eucaristía celebrada en el «dies Domini».

«El carácter festivo de la Eucaristía dominical expresa la alegría que Cristo transmite a su Iglesia por medio del don del Espíritu. La alegría es, precisamente, uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. *Rm 14,17; Gal 5, 22*) » (*Dies Domini*, 56).

Diversos son los elementos que en la Misa subrayan la alegría del encuentro con Cristo y con los hermanos, ya sea en las palabras (piénsese en el Gloria, el prefacio), ya sea en los gestos y en el clima festivo (la acogida, los ornamentos florales y el uso del adecuado acompañamiento musical, según lo permite el tiempo litúrgico).

Una expresión de la alegría del corazón es el canto, que no es simplemente un embellecimiento exterior de la celebración eucarística (cf. *IGMR*, 39, *Dies Domini*, 50; *Quirógrafo para el centenario del Motu Proprio “Tra le sollecitudini” sobre la música sacra*).

La asamblea celestial, con la que se une la asamblea eucarística celebrando los sagrados misterios, canta con alegría las alabanzas del Cordero inmolado que vive para siempre, porque con Él ya no hay más luto, ni llanto, ni lamento.

Cantar la Misa y no simplemente cantar en la Misa, nos permite experimentar que el Señor Jesús vine a hacer comunión con nosotros «para que su alegría esté en nosotros y nuestra alegría sea plena» (cf. *Jn* 15,11; Nos colmarás de alegría, Señor, con tu presencia!(16,24; 17,13).

El domingo se reviste de la alegría de la celebración eucarística, enseñándonos a alegrarnos siempre en el Señor; a gustar la alegría del encuentro fraterno y de la amistad; a compartir la alegría recibida como don (cf. *Dies Domini*, 55-58).

Sería un contrasentido para quien participa en la Eucaristía dejarse dominar por la tristeza. La alegría cristiana no niega el sufrimiento, las preocupaciones, el dolor; sería una ingenuidad. El llanto al sembrar nos enseña a vislumbrar la alegría de la siega. El sufrimiento del Viernes Santo espera el gozo de la mañana de Pascua.

La Eucaristía educa a gozar junto con los otros, sin retener para sí mismo la alegría recibida como don. El Dios con nosotros y para nosotros pone el sello de su presencia en nuestras tristezas, en nuestros dolores, en nuestros sufrimientos. Llamándonos a entrar en comunión con Él, nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que podamos nosotros también consolar a aquellos que se encuentran en cualquier tipo de aflicción (cf. 2 Cor 1,4).

31. Misión

Oratio universalis

Vere Sanctus es, Domine,

...quia per Filium tuum,...

Spiritus Sancti operante virtute,

...populum tibi congregare non desinis,

ut a solis ortu usque ad occasum

oblatio munda offeratur nomini tuo (Plegaria eucarística III).

Benedicat vos omnipotens Deus... Ite, missa est.

Formada por creyentes de toda lengua, pueblo y nación, la Iglesia es fruto de la misión que Jesús ha confiado a los Apóstoles y recibe constantemente el mandato misionero (cf. Mt 28, 16-20). «La Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la *fuentes* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo» (*Ecclesia de Eucharistia*, 22).

En la oración universal, en la Plegaria eucarística, en las oraciones de las misas por diversas necesidades, la intercesión de la Iglesia que celebra los santos misterios abraza el horizonte del mundo, las alegrías y tristezas de la humanidad, los sufrimientos y el grito de los pobres, el anhelo de justicia y de paz que recorre la tierra (cf. *Mane nobiscum Domine*, 27-28).

El rito con el que se concluye la celebración eucarística no es simplemente la comunicación del final de la acción litúrgica: la bendición, especialmente con las fórmulas solemnes que preceden a la despedida, nos recuerdan que salimos de la iglesia con el mandato de dar testimonio al mundo de que somos «cristianos». Lo recuerda Juan Pablo II: «La despedida al finalizar la Misa es *una consigna* que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad» (*Mane nobiscum Domine*, 24). El capítulo IV de la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine* trata, de hecho, de la Eucaristía presentada como principio y proyecto de misión.

El encuentro con Cristo no es un talento para esconder sino para hacerlo fructificar en obras y palabras. La evangelización y el testimonio misionero parten como fuerzas centrífugas del convivio eucarístico (cf. “http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jp-ii_apl_05071998_dies-domini_sp.html” *Dies Domini*, 45). La misión es llevar a Cristo, de manera creíble, a los ambientes de la vida, de trabajo, de fatiga, de sufrimiento, buscando que el espíritu del Evangelio sea levadura de la historia y “proyecto” de relaciones humanas que lleven la impronta de la solidaridad y de la paz. «¿Podría realizar la Iglesia su propia vocación sin cultivar una constante relación con la Eucaristía, sin nutrirse de este alimento que santifica, sin posarse sobre este apoyo indispensable para su acción misionera? Para evangelizar el mundo son necesarios apóstoles “expertos” en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía» (Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2004*, 3).

¿Cómo anunciar a Cristo sin volver, regularmente, a conocerlo en los santos misterios?

¿Cómo dar testimonio sin alimentarse de la fuente de la comunión eucarística con Él?

¿Cómo participar en la misión de la Iglesia, superando todo individualismo, sin cultivar el vínculo eucarístico que nos une con cada hermano de fe, incluso con cada hombre?

Se puede llamar a la Eucaristía con justicia el Pan de la misión: una bella figura, en este sentido, es el pan que se le da a Elías, para que continúe su misión, sin ceder ante las dificultades del camino: «con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el Horeb, el monte del Señor» (*1Re* 19,8).

4. INICIATIVAS Y COMPROMISOS PASTORALES

32. No cabe duda que cada Obispo, las Conferencias de Obispos, los Superiores religiosos darán indicaciones para el desarrollo fructuoso del Año de la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 5 y 29).

A modo orientativo se señalan algunas sugerencias y propuestas.

33. Conferencias de Obispos

- Preparar oportunos subsidios —especialmente donde las diócesis no puedan hacerlos— que den realce al Año de la Eucaristía, favorezcan la reflexión de sacerdotes y fieles, afrontando aquellas problemáticas doctrinales y pastorales que se sienten con mayor urgencia en los propios países (falta de sacerdotes, pérdida de la importancia cotidiana de la Misa para algunos sacerdotes, poca asistencia a la Misa dominical, abandono del culto eucarístico...).

- Considerar el tipo y la calidad de las transmisiones televisivas y radiofónicas de la celebración eucarística (cf. *Dies Domini*, 54) de gran utilidad para quienes se encuentran imposibilitados a participar en la Misa (corrección de las tomas, propiedad del comentario, belleza y dignidad de la celebración para no difundir praxis discutibles, excesiva espectacularidad, etc.).

- Prestar atención también a las otras formas de oración retransmitidas por radio o televisión (favorecer adoraciones en las iglesias, evitando que los fieles se contenten con seguir la adoración teletransmitida).

- Proponer iniciativas para la apertura y la clausura del Año de la Eucaristía en cada Diócesis.

- Invitar a profundizaciones a universidades, facultades, Institutos de estudios, Seminarios.

- Promover congresos eucarísticos nacionales.

- Interesar e implicar sobre todo a los sacerdotes con iniciativas a nivel nacional.

34. Diócesis

- Cuidar la apertura solemne y la clausura oficial del Año de la Eucaristía, en las fechas establecidas por la Iglesia universal, en la fecha conveniente a cada Diócesis: se aconseja una celebración «estacional» en la catedral - o en un lugar adecuado - presidida por el Obispo; si se cree oportuno, la celebración puede comenzar en una iglesia o lugar cercano al de la celebración, al que se llega en procesión cantando las letanías de los santos (cf. Por ejemplo *Caeremoniale Episcoporum*, 261).

- Valorar, en ciertos días y circunstancias del año litúrgico, la “Misa estacional” presidida por el Obispo como signo visible de comunión eucarística de la Iglesia particular (cf. *Mane nobiscum Domine*, 22).

- Invitar a las oficinas y a las comisiones diocesanas de alguno de los sectores de la pastoral (catequesis, liturgia, arte, música sacra, escuelas, enfermos, familia, clero, vida consagrada, jóvenes, movimientos...) a promover al menos una iniciativa específica durante el año.

- Promover congresos eucarísticos (tiempos de reflexión y de oración).

- Valorar los encuentros con el clero (participación en la Misa crismal, retiros mensuales, encuentros diocesanos o vicariales, ejercicios espirituales anuales, formación permanente) para profundizar en temas eucarísticos, a nivel espiritual y pastoral.

- Dar un acento eucarístico a la *Jornada mundial de oración por la santificación de los sacerdotes*, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.
- Promover el conocimiento de santos y santas, especialmente de aquellos que tienen alguna relación con la Diócesis, que se han distinguido por el amor a la Eucaristía, han predicado sobre el Misterio o han escrito sobre el mismo.
- Conocer el patrimonio de arte diocesano con alguna referencia eucarística - pinturas, esculturas, iconografía, altares, sagrarios, vasos sagrados...- custodiado en varias iglesias y en museos diocesanos. Dirigir muestras, lecturas guiadas, publicaciones.
- Incrementar la adoración perpetua del Santísimo Sacramento, señalando para tal fin algunas iglesias y capillas adecuadas; recordar su existencia donde ya las hay, procurando que sean abiertas sobretudo en horarios en que pueda asistir el mayor número de personas (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18).
- Sean especialmente invitados los jóvenes a poner el tema de la XX Jornada Mundial de la Juventud «Hemos venido a adorarle» (*Mt 2,2*) en relación con el Año de la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 30). Sería muy significativo un encuentro de adoración eucarística para los jóvenes a nivel diocesano cerca del Domingo de Ramos.
- Abrir secciones de interés eucarístico en los semanarios y revistas diocesanos, en las páginas de internet, en las emisoras radio-televisivas locales.

35. Parroquias

Acoger la invitación del Santo Padre es hacer lo posible, durante este Año, para dar a la Eucaristía dominical el puesto central que le compete en la vida parroquial, con razón llamada «comunidad eucarística» (cf. *SC*, 42; *Mane nobiscum Domine*, 23; *Dies Domini*, 35-36; *Eucharisticum mysterium*, 26).

A esta luz se sugieren algunas ideas:

- Donde sea necesario, reordenar o dar una disposición estable a los lugares de la celebración (altar, ambón, presbiterio) y a la reserva de la Eucaristía (sagrario, capilla de la adoración); dotarse de los libros litúrgicos; cuidar la autenticidad y la belleza de los signos (ornamentos, vasos sagrados, decoración).
- Incrementar, o si no lo hay, instituir el grupo litúrgico parroquial. Cuidado de los ministros instituidos y de los ministros extraordinarios de la Comunión, de los ministros, de la *schola cantorum*, etc.
- Dar una atención especial al canto litúrgico, teniendo en cuenta las indicaciones ofrecidas en el reciente *Quirógrafo* de Juan Pablo II sobre la música sacra.
- Programar durante algunos periodos del año - tiempo pascual, Cuaresma - encuentros formativos específicos sobre la Eucaristía en la vida de la Iglesia y del cristiano; ocasión particularmente propicia para adultos y niños es el tiempo de preparación para la Primera Comunión.
- Tomar en mano y dar a conocer la *Institutio generalis Missalis Romani* (cf. “

ii_apl_20041008_mane-nobiscum-domine_sp.html” *Mane nobiscum Domine*, 17) y los *Praenotanda* del *Ordo Lectionum Missae*; el documento *De sacra communione et cultu mysterii eucarsitici extra Missam*; la reciente encíclica *Ecclesia de Eucharistia* y la instrucción que le siguió *Redemptionis Sacramentum*.

- Enseñar a «estar en la iglesia»: qué se debe hacer al entrar en la iglesia, genuflexión o reverencia profunda ante el Santísimo Sacramento; clima de recogimiento; indicaciones para ayudar a una participación más interiorizada de la Misa, especialmente en algunos momentos (tiempos de silencio, oración personal después de la comunión) y para educar a la participación exterior (modo de aclamar o de pronunciar coralmente las partes comunes). Para la comunión bajo las dos especies aténganse a la normativa vigente (cf. *SC*, 55; *IGMR*, 281-287; *Redemptionis Sacramentum*, 100-107).

- Celebrar convenientemente el aniversario de la dedicación de la propia iglesia.

- Redescubrir la propia iglesia parroquial, conociendo el sentido de cuanto en ella habitualmente se ve: lectura guiada del altar, del ambón, del tabernáculo, iconografía, vidrieras, portales, etc. El aspecto visible de la iglesia favorece la contemplación del Invisible.

- Promover - indicando también la modalidad práctica - el culto eucarístico y la oración personal o comunitaria delante del Santísimo (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18): visita, adoración del Santísimo y bendición eucarística, Cuarenta horas, procesiones eucarísticas. Valorar de forma conveniente, al concluir la Misa de la Cena del Señor el Jueves Santo, el prolongarse de la adoración eucarística (cf. *Directorio piedad popular*, 141).

- Proponer en circunstancias especiales iniciativas específicas (adoraciones nocturnas).

- Verificar la regularidad y la dignidad de la distribución de la comunión a los enfermos.

- Dar a conocer la enseñanza de la Iglesia sobre el Viático.

- Acompañar la vida espiritual de quienes, participando en la santa Misa, no pueden recibir la comunión por vivir en situación irregular.

36. Santuarios

El Año de la Eucaristía interpela también a los santuarios, lugares que de por sí están llamados a ofrecer a los fieles los medios de la salvación, anunciando con celo la Palabra de Dios, favoreciendo convenientemente la vida litúrgica, de modo especial con la Eucaristía y con la celebración del sacramento de la Penitencia, y cultivando formas aprobadas de piedad popular (cf. *CDC*, 1234, §1; *Directorio piedad popular*, 261-278).

Este Año tendrán un interés especial para los fieles los santuarios erigidos con motivo de algún prodigio eucarístico y de piedad eucarística.

- Siendo la celebración eucarística el fulcro de las múltiples acciones de los santuarios (evangelización, caridad, cultura), será fructuoso:

- conducir a los peregrinos - partiendo de la devoción propia de cada santuario - a un profundo encuentro con Cristo;
- cuidar que el desarrollo de la celebración eucarística sea ejemplar.
- favorecer la participación de diversos grupos en la misma celebración eucarística, debidamente articulada y atenta -si es el caso- a la diversidad de lenguas, valorando también el canto gregoriano, al menos en la melodías más fáciles, sobre todo para el Ordinario de la Misa, especialmente el Credo y la oración del Señor (cf. *Directorio piedad popular*, 268).
- Asegurar la posibilidad de la oración delante del Santísimo Sacramento, cuidando el recogimiento y animando los momentos de adoración comunitaria. Facilitar con una adecuada señalización el lugar del sagrario (cf. *IGMR*, 314-317; *Redemptionis Sacramentum*, 130).
- Favorecer la práctica del sacramento de la Penitencia, asegurando, según las posibilidades, la disponibilidad de confesores en horarios adecuados a la gente (*Directorio piedad popular*, 267).

37. Monasterios, Comunidades religiosas e Institutos

Dado el estrecho vínculo entre Eucaristía y vida consagrada (cf. *Vita consecrata*, 95; Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, *Caminar desde Cristo*, 26), el Año de la Eucaristía debe resultar un estímulo más para profundizar en el corazón de la propia vocación y misión, personal y comunitariamente.

En todas las Reglas y Constituciones está prescrita o recomendada la Misa cotidiana y la devoción eucarística.

- El Año de la Eucaristía es una oportunidad para programar tiempos de reflexión y de revisión:
 - sobre la calidad de la celebración eucarística en comunidad;
 - sobre la fidelidad a las normas litúrgicas;
 - sobre la herencia eucarística de la tradición del propio Instituto como también sobre la situación presente;
 - sobre la devoción eucarística personal.
- Redescubrir en la vida y en los escritos de los propios fundadores-fundadoras la piedad eucarística practicada y enseñada por ellos.
- Preguntarse: ¿qué testimonio de vida ofrecen las personas de vida consagrada que trabajan en parroquias, hospitales, enfermerías, instituciones educativas y escolásticas, penitenciarias, centros de espiritualidad, asilos, santuarios, monasterios?
- Verificar si se sigue la orientación dada por el Magisterio en repetidas ocasiones (cf. *Dies Domini*, 36) de participar en la Misa dominical en la parroquia y de adaptarse bien con la pastoral de la Iglesia diocesana en la que viven.
- Incrementar horas de adoración al Santísimo Sacramento (cf. *Mane nobiscum Domine*, 18).

38. *Seminarios y casas de formación*

El Año especial de la Eucaristía interpela a las comunidades y casas de formación en las que se preparan los futuros sacerdotes diocesanos y religiosos, además de los diáconos (cf. *Mane nobiscum Domine*, 30).

La participación en la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, madura la respuesta vocacional y la abre a la misión específica que Dios confía a quienes Él mismo escoge como pastores de su pueblo (cf. Congregación para la Educación Católica, *Instrucción sobre la formación litúrgica en los Seminarios*, 8-27 y *Apéndice* 30-41).

Mientras sostiene el camino cotidiano de formación, la Eucaristía manifiesta a los seminaristas cuál es el centro de su futuro ministerio.

Anotaciones para considerar:

- Cultivar el vínculo entre formación teológica y experiencia espiritual del misterio eucarístico para una interiorización más profunda.

- Esmero en la participación interior y exterior a la celebración de la Misa.

- Conocimiento de la teología litúrgica destacada por los ritos y los textos de la celebración eucarística.

- Conocimiento también práctico de cuanto concierne al rito de la Misa y sobre todo el modo adecuado de celebrarla: función del espacio donde se celebra; el género de los diversos textos y el modo de pronunciarlos, las secuencias rituales, las partes del Misal, la normativa que regula la celebración eucarística en los días del año, las posibilidades legítimas de posibilidad de elección de fórmulas y formularios.

- Utilidad de una cierta familiaridad con la lengua latina y el canto gregoriano, para así poder orar y cantar el latín cuando hace falta, arraigándose en la tradición de la Iglesia orante.

- Incremento de la adoración eucarística, sea personal o comunitaria, en sus varias formas, incluida la exposición del Santísimo Sacramento.

- Conveniente colocación del Sagrario para favorecer la oración privada.

39. *Asociaciones, Movimientos, Fraternidades*

El espíritu de comunión, fraternidad, distribución que motiva la incorporación a una asociación está naturalmente ligado al misterio eucarístico.

Existen fraternidades y asociaciones explícitamente dedicadas a la Eucaristía, al Santísimo Sacramento, a la devoción eucarística.

La introducción de asociaciones, grupos y movimientos en la Iglesia, que contribuyen a su edificación y vitalidad, según sus carismas, se manifiesta con el encuentro ordinario en las misas dominicales de la parroquia (cf. *Mane nobiscum Domine*, 23; *Dies Domini*, 36).

El Año de la Eucaristía:

- Es una invitación a reflexionar, constatar, interiorizar, actualizar eventualmente los Estatutos tradicionales.

- Es una ocasión para una profundización catequético-mistagógica de la Eucaristía.

- Es un estímulo para dedicar más tiempo a la adoración eucarística, involucrando también otras a personas en un tipo de “apostolado” eucarístico.
- Es una invitación a enlazar la oración y el compromiso de caridad.

5. ITINERARIOS CULTURALES

40. Este capítulo es deliberadamente esquemático, pero no por ello de escaso significado. El motivo de la parquedad es sobre todo el hecho de que, moviéndonos en un plano cultural, nos encontramos inevitablemente con situaciones diversas en tantas Iglesias particulares esparcidas por el mundo, cada una de las cuales ha sido introducida en un determinado contexto, con sus riquezas, sus peculiaridades, su historia. Corresponde a las Iglesias particulares dar cuerpo a todo lo que aquí se ha recordado con simples menciones temáticas. No es difícil comprender lo importante que es que con ocasión de este Año de la Eucaristía se acoja también la Eucaristía como estímulo para descubrir lo mucho que ha sido capaz, y sigue siendo, de influir fuertemente en la cultura humana.

41. Investigación histórica

Se abren espacios de investigación para las Facultades Teológicas, para las Universidades Católicas y los Institutos de estudios superiores. Se sugiere en particular a las Facultades Teológicas como pista significativa que combine la profundización de los fundamentos bíblicos y doctrinales de la Eucaristía con la profundización de la vivencia cristiana, especialmente la vivencia de los Santos.

42. Edificios, monumentos, bibliotecas

Catedrales, monasterios, santuarios y no pocas iglesias representan ya por sí mismas un «bien cultural» y a menudo se califican como centros de irradiación de cultura. En esta perspectiva, el Año de la Eucaristía puede ofrecer un estímulo que ponga a la luz la temática eucarística que destaca del patrimonio cultural y artístico, a reflexionarla, a promover su conocimiento.

Pueden hacerse exposiciones, convenios y publicaciones de varios tipos valiéndose también de la colaboración de institutos y entes eclesiásticos y no eclesiásticos (Universidades, Facultades, Centros de estudio, Círculos culturales, Editoriales).

43. Arte, música sacra, literatura

El arte sacro con temática eucarística es testimonio de la fe creída y al mismo tiempo es transmisión de la misma al pueblo de Dios. Los ejemplos podrían ser muchísimos, desde las bien conocidas pinturas que se encuentran en las catacumbas romanas hasta las numerosas realizaciones sobre este tema, hechas en Oriente y en Occidente a lo largo de los siglos pasados.

El conocimiento de la tradición permite percibir los énfasis «eucarísticos» que han inspirado las producciones artísticas en las épocas que nos han precedido y compararlas con la producción contemporánea.

Nos limitamos a evocar algunos ámbitos temáticos:

En cuanto al *arte sacro*:

- Altares, sagrarios, capillas
- frescos, mosaicos, miniaturas, pinturas, esculturas, tapices, marcos
- vasos sagrados: cálices, píxides, patenas, custodias
- paramentos: vestiduras litúrgicas, baldaquinos, estandartes
- manufacturas y carros para las procesiones eucarísticas
- paramentos peculiares para el monumento del Santísimo Sacramento el Jueves

Santo

Sobre la *música sacra*:

- misas
- himnos
- secuencias
- motetes

Sobre la *literatura, el teatro, el cine*:

- poesía
- narraciones
- novelas
- representaciones
- películas
- documentales

44. En todos estos ámbitos, los encargados sabrán encontrar fácilmente los trayectos apropiados, y sería un gran éxito del Año de la Eucaristía si las investigaciones realizadas nos ayudaran a tener un mayor conocimiento y una mayor distribución de tesoros que pertenecen a la herencia común del cristianismo en los diversos continentes.

A esto se refiere el Papa en la *Mane nobiscum Domine* cuando habla de la Eucaristía como un mayor esfuerzo por testimoniar «la presencia de Dios en el mundo». Ante las orientaciones culturales que tienden a marginar la contribución cristiana, e incluso a borrar de la memoria su contribución histórica en la tierra tradicionalmente cristiana, el Papa ha escrito: «No tengamos miedo de hablar de Dios y de llevar los signos de la fe con la frente en alto. La “cultura de la Eucaristía” promueve una cultura de diálogo, en la que encuentra fuerza y alimento. Nos equivocamos al pensar que la referencia pública de la fe pueda ir en contra de la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o bien que eso pueda alentar actitudes de intolerancia. Si históricamente no han faltado errores en esta materia también entre los creyentes, como se ha reconocido en ocasión del Gran Jubileo, eso no debe ser adeudado a las raíces cristianas, sino a la incoherencia de los cristianos respecto a sus raíces» (*Mane nobiscum Domine*, 26).

CONCLUSIÓN

Un Año de gracia, de fervor, mistagógico

45. Como conclusión de estas páginas, después de tantas sugerencias y propuestas, conviene volver a lo que es más esencial, recordando que el Santo Padre, en la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, habla de un «Año de gracia». En efecto, todo lo que podamos hacer tendrá sentido si se ve desde la óptica del don de Dios. Las iniciativas no deberán ser más que senderos abiertos, para que la gracia, siempre dada por el Espíritu de Dios, fluya con abundancia, acogida por cada uno y por las comunidades. El *fiat* de la Santísima Virgen deberá marcar una vez más el *fiat* de toda la Iglesia, que continuamente, con el cuerpo y la Sangre de Cristo, recibe también el don de la maternidad de María: «¡He aquí tu Madre!» (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 57).

El éxito de este Año dependerá indudablemente de la profundidad de la oración. Estamos invitados a celebrar la Eucaristía, recibirla y adorarla con la fe de los Santos ¿Cómo olvidar, en este día en que la liturgia recuerda a Santa Teresa de Ávila, el fervor de la gran mística española, doctora de la Iglesia? A propósito de la comunión eucarística, ella escribe: «No hay que ir muy lejos para buscar al Señor. Hasta que el calor natural no haya consumido los accidentes del pan, el buen Jesús está en nosotros: ¡acerquémonos a Él!» (*Camino de perfección*, 8).

Este Año especial deberá por ello ayudarnos a encontrar a Jesús en la Eucaristía y a vivir de Él. A esto deberá tender también la *catequesis* «mistagógica», que el Papa pide a los Pastores como compromiso especial (cf. *Mane nobiscum Domine*, 17). Haciendo eco a su llamada, nos gustaría terminar con un típico fragmento de la “mistagogía” en Occidente, un trozo del *De Mysteriis* (n. 54) de San Ambrosio:

El Señor Jesús mismo proclama: «Esto es mi cuerpo». Antes de la bendición de las palabras celestes la palabra indica un elemento particular. Después de la consagración ya se refiere al cuerpo y la sangre de Jesús. El mismo lo llama su sangre. Antes de la consagración lo llama con otro nombre. Después de la consagración le dice sangre. Y tú dices: «Amén», es decir, «Así es». Lo que pronuncia la boca, lo afirma el espíritu. Lo que enuncia la palabra, lo siente el corazón.

En la sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a 15 de octubre del 2004, memoria de Santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia.

Francis Card. Arinze
Prefecto

Domenico Sorrentino
Arzobispo Secretario

LA IDENTIDAD CATÓLICA DE EUROPA

Amédée Grab

Presidente del Consejo

de Conferencias Episcopales de Europa

Para introducir los trabajos de estos días deseo presentar una reflexión sobre la identidad católica en Europa.

Se nos presentan dos importantes preguntas. ¿Cómo nos ven los demás? ¿Y cómo nos vemos nosotros? Las respuestas a estas preguntas nos ofrecen dos imágenes de la Iglesia que son obviamente diferentes, pero si la diferencia entre las dos es demasiado grande, debemos admitir que tenemos un enorme problema de comunicación. Los grandes profesores de la Edad Media decían siempre con razón: «Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur». En el lenguaje actual esto puede significar sencillamente que, si la comunicación no funciona, los responsables somos nosotros. Pero en nuestro continente existen también factores difíciles que no dependen de nosotros, obstáculos objetivos a la evangelización.

En la primera parte de mi intervención trato de describir brevemente cómo la Iglesia puede ser percibida desde fuera.

1. LA IGLESIA CATÓLICA EN EUROPA, VISTA DESDE FUERA

LA ESPIRITUALIDAD CATÓLICA EN EL CONTEXTO DE LA ENORME VARIEDAD DE «OFERTAS» RELIGIOSAS

Para muchos de nuestros contemporáneos, la vida sacramental de la Iglesia parece ser una entre las muchas «posibilidades» u opciones espirituales, en un mundo donde el «derecho a la elección» es considerado de una importancia fundamental. Debemos reconocer que la gran mayoría de nuestros conciudadanos en Europa no nos conocen de manera profunda y auténtica, sino más bien a un nivel superficial o con malentendidos. Es cierto que, incluso donde la práctica de la fe católica se ha debilitado, permanecen en muchas fiestas y tradiciones locales elementos de «nuestra cultura», pero con demasiada frecuencia las raíces y la razón de estas costumbres son desconocidas... A menudo somos vistos como algo anacrónico o como un elemento de folklore de la cultura del país donde vivimos.

LA IMAGEN DE UNA GRAN DISTANCIA QUE SIGUE SEPARANDO A LAS IGLESIAS CRISTIANAS

Para muchos fieles «practicantes», los pasos positivos realizados en el camino ecuménico son un hecho conocido y apreciado. Para quien está comprometido en la vida de la Iglesia, donde permanecen separaciones entre las comunidades cristianas

hay en general un fuerte deseo de un ulterior acercamiento. En cambio, para muchas personas alejadas de la vida cristiana, parece que nuestras divisiones son algo insuperable, especialmente cuando la prensa y la opinión pública insisten en meter el dedo en la llaga. Toda división dentro del mundo cristiano es un arma en las manos de quien tiene una actitud de incomprensión o es hostil hacia el cristianismo o la religión. En algunas situaciones es cierto que nos queda un largo camino para llegar a la unidad querida por Jesús -por ejemplo, en nuestras relaciones con las Iglesias ortodoxas en algunos países. Pero incluso aquí, como oímos en las palabras del Patriarca Alexei en Moscú cuando dio las gracias al Papa por la devolución del icono de la Madre de Dios, «theotokos» de Kazán, hay signos preciosos de la esperanza que nunca debemos perder.

CUESTIONES ÉTICAS (Y SOBRE TODO BIOÉTICAS) DESDE EL PUNTO DE VISTA CATÓLICO

Ya desde hace años se afirma que el siglo XXI será el siglo de la biotecnología, y por consiguiente también de la bioética. Es curioso, y en cierto modo también un consuelo, ver que la gente, aun cuando no está de acuerdo totalmente con las cuestiones éticas, quiere siempre conocer la posición de la Iglesia católica en esta materia. Incluso en este ámbito no somos con frecuencia comprendidos, y por lo tanto debemos tratar de hacernos entender mejor. Pero debemos reafirmar el hecho de que la Iglesia es una de las pocas instituciones que tiene una posición clara sobre la vida moral y sobre el valor de la vida. Esta situación nos proporciona muchas ocasiones para compartir con calma y serenidad la enseñanza del Evangelio y la tradición de la Iglesia.

EDUCACIÓN Y VALORES CRISTIANOS

En la tradición cristiana, la educación ha tenido siempre un puesto privilegiado, incluso en aquellas épocas en que, según algunos libros de historia, la luz de la razón se había casi apagado. En realidad no todos los historiadores reconocen la contribución de la Iglesia a las primeras universidades, o la aportación científica de los grandes monasterios y de sus escuelas. Nuestro continente ha visto una progresiva secularización del sistema educativo en muchos países; incluso allí donde no hubo represión comunista, las escuelas católicas tuvieron que luchar con frecuencia, o por su existencia, o por el derecho de decidir sobre el contenido del currículum. Hay quien ve las escuelas «religiosas» como una de las causas de las divisiones sociales y de las violencias, y por lo tanto querría suprimir la educación organizada según las líneas de las religiones y de las creencias religiosas. Por otra parte, muchos obispos han constatado en las últimas décadas una creciente preferencia por las escuelas de inspiración religiosa incluso cuando los padres no se cuentan entre los seguidores de la religión. Las escuelas católicas en algunos países tienen un alto porcentaje, a veces incluso una mayoría, de alumnos que no son católicos o cristianos. Este fenómeno puede ser interpretado de manera positiva y alentadora, pero deberíamos tratar siempre de comprender los verdaderos motivos para la opción de estos padres.

DEMOCRACIA Y TOLERANCIA - ¿CUÁL ES LA POSICIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA?

En los diferentes países y en las diferentes áreas culturales de Europa, como Iglesia, vivimos una pluralidad casi increíble de experiencias. En algunos países, una minoría de personas con convicciones muy fuertes y bien articuladas está convencida de que la Iglesia debería ser, ella misma, una democracia... Para otros, en situaciones diferentes, la Iglesia es demasiado, «esclava de la moda». La visión eclesiológica no nace en un desierto cultural: cada uno vive la pertenencia a la Iglesia universal condicionado por sus propias experiencias sociales y humanas. La mayoría de nosotros vivimos hoy en Europa la democracia de un modo u otro. En teoría, el desarrollo de la sociedad civil debería garantizar para todos los mismos derechos. Pero, frecuentemente oímos a personas influyentes que querrían impedir la participación de la Iglesia católica en la vida política y democrática. Vivirnos en una cultura que alaba la tolerancia, ¡pero la tolerancia no es ciertamente igual para todos! Se predica la tolerancia, pero no se tolera que la Iglesia hable públicamente. El intento de relegar la religión a la esfera privada está presente tanto en el oeste como en el este de Europa. Es una herencia tanto de la visión comunista como de cierta clase de liberalismo. Las reacciones negativas hacia la Iglesia y las demás comunidades religiosas están basadas en una imagen de la Iglesia y de la religión que está lejos de la verdad que nosotros conocemos. ¿Cómo reaccionar?

2. DOS GRANDES RIESGOS PARA NOSOTROS

EVITAR LA CRUZ - CRISTO DEBE PERMANECER SIEMPRE EN EL CENTRO DE NUESTRA PERSPECTIVA

Cuando hablamos del estado actual de la Iglesia, de nuestras dificultades y de nuestros proyectos, podemos dar la impresión de tener ciertos criterios de «éxito» o de «fracaso». Pero, ¿de dónde tomamos nuestros criterios? ¿De un mundo donde todos deben actuar según la ley del mercado? ¿De una visión de la vida dominada por el rendimiento y la eficacia? ¿Cuáles deben ser los criterios por los que los seguidores de Cristo pueden juzgar su propia contribución a la evangelización de Europa? Una cosa es cierta: si se mira a Cristo crucificado, se tiene claramente otro punto de vista interpretativo, donde el éxito no tiene casi nada que hacer con los conceptos de éxito normalmente utilizados en Europa hoy. Este es el gran reto de la carta apostólica «Novo millennio ineunte», que contiene la reflexión de Juan Pablo II sobre la experiencia del gran Jubileo del Año 2000. El Santo Padre nos ofrece una meditación sobre el encuentro entre el apóstol Felipe y algunos griegos que estaban en Jerusalén para la peregrinación pascual. «Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizá no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino en cierto modo hacérselo “ver”: ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?» (n. 16). El Santo Padre nos alienta a descubrir «orientaciones pastorales adaptadas a las

condiciones de cada comunidad», pero al mismo tiempo nos pide no perdernos en demasiados nuevos proyectos, en realidad el programa ya existe: «Se centra... en Cristo mismo» y «no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz» (n. 29). Con el Papa podemos y debemos decir que, en este nuevo milenio, «nuestra mirada se queda más que nunca fija en el rostro del Señor» (n. 16).

¿NOS SENTIMOS MIEMBROS DE NUESTRA CULTURA O ESTAMOS «EN COMPETICIÓN CON ELLA»?

«La síntesis entre cultura y fe no es solamente una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se convierte en cultura es una fe no aceptada plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente» (Juan Pablo II, «carta de fundación del Consejo Pontificio de la Cultura», 20 de mayo de 1982). Con tales palabras, el Santo Padre expresa su profunda convicción de que la Iglesia no debe cerrarse a nadie y no deber tener miedo ante la realidad de la cultura dominante. Al contrario, debe desarrollar un estilo de comunicación que permita un diálogo verdadero, en el que la verdad no se esconda sino que respandezca ante todos. La Iglesia católica, sobre todo en la parte occidental de Europa, ha estado obligada a enfrentarse a algunas cuestiones básicas y casi a reorientarse frente a tantos retos que han crecido en el corazón de la cultura en los últimos tres o cuatro siglos. Para las Iglesias del este de Europa, especialmente para la ortodoxia, esta confrontación con la modernidad secularizada se está convirtiendo en un problema decisivo. En los últimos años, representantes de Iglesias ortodoxas han empezado también a promover un diálogo entre, fe y cultura. El caso más claro... -y actualmente más problemático- de enfrentamiento entre religión y modernidad es el del Islam, que está viviendo un momento muy difícil desde el punto de vista de la coexistencia entre fe y cultura. Es un campo en el que un diálogo sereno entre cristianos y musulmanes podría aportar notables frutos y resolver situaciones hoy bloqueadas. Pero hay posiciones diferentes sobre este punto incluso dentro del cristianismo. Debemos darnos cuenta de que el fundamentalismo no se debe buscar sólo fuera de las Iglesias o de la Iglesia católica. ¿Cómo debemos comportarnos ante este reto que nace de un desprecio de todo lo que no está ya enteramente «convertido», por así decir?

- Hablar de la inculturación del Evangelio «no significa» abandonar el corazón del Evangelio; más bien es signo del deseo de compartir con nuestros contemporáneos lo que el Evangelio puede contribuir valiosamente a nuestra cultura.

- Hablar de la evangelización de la cultura «no quiere decir» imperialismo católico o proselitismo, sino que corresponde a la simple conciencia de los católicos de que sería una omisión grave el no ir a los espacios públicos y a las instituciones que son hoy equivalentes al Areópago de Atenas (cf. «Redemptoris missio», n. 37s.).

Somos plenamente ciudadanos de este mundo pero no exclusivamente. No nos bastan los valores de este mundo, pero no los odiamos, y no nos sentimos por encima

de nuestra cultura. Ella es nuestro contexto misionero, y cuanto más la comprendamos y la respetemos, tanto menos será problemático nuestro trabajo para esa cultura y para todos los que la viven...

NUESTRO RETO: SER AL MISMO TIEMPO CIUDADANOS DE DOS SOCIEDADES

Para la Providencia divina estamos reunidos en un país que ha dado a la Iglesia y al mundo el testimonio de un hombre singular, un verdadero europeo y un verdadero católico, pero al mismo tiempo un verdadero ciudadano de este reino. Estoy pensando en Santo Tomás Moro, honrado en los últimos años como patrono de todos los comprometidos en la vida política. Cuando el rey Enrique VIII le pidió que le fuera fiel, respondió con el sentido del humor que le acompañó hasta la muerte: «I am the King's good servant, but God's first» (Soy el siervo fiel del rey, pero ante todo de Dios). He aquí un cristiano católico que no despreció la cultura del país donde vivía: al contrario, la respetaba totalmente. Pero lo que vio con claridad es que, en ciertas situaciones de la vida, la transigencia es imposible. En último término, las órdenes del rey tenían que ceder el puesto a las del Rey del Universo. No creo que sea posible encontrar un modelo más digno para nuestro servicio de los católicos y de todos los demás ciudadanos de nuestro continente.

Santo Tomás Moro, ruega por nosotros.

(Intervención en la apertura de la Asamblea Plenaria del Consejo de Conferencias Episcopales Europeas celebrado en Leeds, del 30 de septiembre al 3 de octubre de 2004).

CRÓNICA DIOCESANA**MES DE OCTUBRE**

- Día 1.-** Celebración del Envío de los Catequistas en la Iglesia de santa María Madre.
- Día 4.-** Inauguración del Curso Académico 2004 – 2005, de los Seminarios Mayor y Menor y del Instituto Teológico “Divino Maestro” de Ourense. Eucaristía presidida por el Sr. Obispo. La lección inaugural corrió a cargo del Profesor de Historia de la Iglesia y Latín D. José Ramón Hernández Figueiredo y llevó por título “El Establecimiento de las Escuelas Pías en San Salvador de Celanova”
- Día 5.-** En Verín, presentación de la Programación Pastoral diocesana en los Arciprestazgos de Verín, Riós y Monterrey.
- Día 6.-** Inauguración del Congreso Xacobeo “Reliquias e vida no Camiño de Santiago dende a época Mozárabe”.
- En Xinzo de Limia, presentación de la Programación Pastoral diocesana en los Arciprestazgos de Xinzo, Cualedro y Rairiz de Veiga.
- En Vilanova dos Infantes, presentación de la Programación Pastoral diocesana en los Arciprestazgos de Calanova, Bande, A Merca y Ramirás.
- Día 7.-** En el Santuario de los Milagros, presentación de la Programación Pastoral diocesana en los Arciprestazgos de Maceda, Castro Caldelas, Allariz y Rabeda.
- Día 9.-** Profesión perpetua de Sor M^a Begoña Antolinez Cardeñoso, de la Congregación de las Hermanas Misioneras del Divino Maestro, en la casa Madre de Montealegre.
- Día 13.-** En Ribadavia, presentación de la Programación Pastoral diocesana en los Arciprestazgos de Ribadavia, Avión-Leiro, Cortegada y Castrelo de Miño.
- El mismo día en Carballiño, presentación de la Programación Pastoral diocesana en los Arciprestazgos de Carballiño, Maside y Cea.
- Día 14.-** En el Seminario Mayor, presentación de la Programación Pastoral diocesana en los Arciprestazgos de Terra de Aguiar, Chaos de Amoeiro y Toén.
- Día 17.-** Concesión a D. Julio Francisco Ogando Vázquez del Título de Caballero de la Gran Cruz de la Orden de San Silvestre, otorgada por S.S. Juan Pablo II.
- Día 20.-** En el Seminario Mayor de Ourense, presentación de la Programación Pastoral diocesana a los Arciprestazgos de la ciudad.

Día 23.- En el Monasterio de las HH. Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés, Profesión Perpetua de las HH. Sor Juanita de la Cruz y Sr. Yolanda de Nuestra Señora de los Ángeles.

Por la noche en la Iglesia de Santo Domingo Vigilia del DOMUND, en la que se celebró el acto de envío de D. Isaac Pereiro Pereiro y de D. José Luis Fernández Cadavid, que el próximo mes de noviembre continuarán su labor pastoral en la parroquia de santa María Madre de Jipijapa en la Archidiócesis de Portoviejo en el Ecuador, parroquia encomendada a nuestra diócesis hace más de 10 años.

Día 25.- Se firma en el Seminario Mayor un convenio entre Cáritas Diocesana y la Consellería de Política Territorial de la Xunta de Galicia por la que se restaurarán dos casas rectorales para la acogida de familias que exploten los diestros parroquiales según el programa de “Desenvolvemento Rural” de Cáritas.

Día 30.- En el Monasterio de Oseira comienzo de los actos de celebración del 75 aniversario de la restauración de la vida monástica en este cenobio Cisterciense, con una Eucaristía presidida por el Sr. Obispo de la Diócesis y los Srs. Abades de Dueñas y Oseira.

NUESTRA PORTADA:

Virgen del Rosario

Parroquia de Sta. Eufemia la Real del Norte - Sto. Domingo

Castro Canseco

Madera Policromada

Barroco. S. XVIII

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE

Teléfono: 988 36 61 41

Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.

Depósito Legal: OR-13/1958